

AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONFERENCIAS

LEIDAS EN LOS DIAS 2, 9, 16 Y 23 DE
MAYO CON MOTIVO DE LA CONMEMO-
RACION DEL CINCUENTENARIO DE LA
HEMEROTECA MUNICIPAL
(1918-1968)



MADRID

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

—
1968

±.2.G.

CONFERENCIAS

LEÍDAS CON MOTIVO DEL CINCUENTENARIO DE LA
HEMEROTECA MUNICIPAL

Depósito legal: M. 110 - 1969.

AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONFERENCIAS

LEIDAS EN LOS DIAS 2, 9, 16 Y 23 DE
MAYO CON MOTIVO DE LA CONMEMO-
RACION DEL CINCUENTENARIO DE LA
HEMEROTECA MUNICIPAL
(1918-1968)



MADRID, 1968

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

PROLOGO

Al cumplirse en el presente año 1968 el cincuentenario de la fundación —octubre de 1918— de la Hemeroteca Municipal de Madrid, me pareció de rigor proponer al Ayuntamiento de Madrid, en la persona de su Alcalde, el excelentísimo señor don Carlos Arias Navarro, la celebración de tan importante efemérides, de modo que quedara de ella constancia memorable, pues que la Hemeroteca Municipal de Madrid es una institución tan admirable en su conjunto de fondos como esencial al estudio de la Historia de la España contemporánea, y motivo de mucho interés para los curiosos lectores, ya que en ella se conservan diarios y revistas —muchos y muy importantes, españoles y extranjeros— a partir del siglo xvii. Diarios y revistas de las más variadas dedicaciones y tendencias: históricas, geográficas, políticas, económicas, científicas, literarias, costumbristas, etc.

Habiendo aprobado mi iniciativa el excelentísimo señor Alcalde, y aun estimulándome a llevarla a cabo

con ilimitada generosidad; puesto de acuerdo con el ilustrísimo señor don Antonio Aparisi Mocholí, Delegado de Educación y Cultura del excelentísimo Ayuntamiento, decidimos que la conmemoración comprendiera los siguientes actos:

a) Exposición, en el mismo local de la Hemeroteca, de un centenar de los más valiosos ejemplares de diarios y revistas, entre los miles en ella conservados.

b) Serie de cinco conferencias, por personalidades de gran relieve en el periodismo español, relativas a la historia de la Hemeroteca o al estudio de alguno de sus fondos más notables.

c) Concurso de artículos o reportajes aparecidos en la Prensa o leídos en la radio y televisión, con temas, para la difusión entre los lectores y oyentes, que estimularan el conocimiento de los fondos preciosos guardados en este excepcional centro de cultura. Para este concurso fueron establecidos tres premios, de 20.000, 15.000 y 10.000 pesetas.

El día 2 de mayo quedó inaugurada la Exposición, de valor excepcional, en la Sala Pompeyana de la Hemeroteca. Exposición que permaneció abierta hasta el día 12 de junio, y que recibió la atenta visita de varios miles de españoles y extranjeros, muchos de los cuales, impresionados por la importancia de los ejemplares expuestos, encargaron copias al Servicio de Microfilm establecido en la propia Hemeroteca.

La muerte del gran periodista y dramaturgo don Francisco Serrano Anguita, acaecida el 12 de febrero

de 1968, a quien se había encargado una de las conferencias conmemorativas, motivó que el curso divulgador quedara reducido a las cuatro en este volumen reunidas, que leyeron en el salón de Tapices del Ayuntamiento, a las veinte horas de los días 2, 9, 16 y 23 de mayo, don Antonio Díaz Cañabate (Cronista oficial de la Villa), ilustre escritor y periodista; don Eulogio Varela Hervías, que fué Director de la Hemeroteca entre los años 1944 y 1967, y Jefe Inspector del Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios Municipales; don José Altabella, profesor de la Escuela Oficial de Periodismo, y en la Escuela del Periodismo de la Iglesia, historiador notabilísimo del periodismo español, y don Tomás Borrás (Cronista oficial de la Villa), periodista de honor, dramaturgo y narrador admirable.

Contra cuanto parecían presumir los temas y premios establecidos para el concurso de artículos y reportajes, sólo concurrieron los cinco trabajos siguientes:

1. Artículo titulado *La Hemeroteca Municipal*, firmado por don Marino Gómez Santos, publicado en el diario de Madrid *ABC* el 17 de abril de 1968.
2. El artículo titulado *Horas con periódicos*, firmado por don Juan Sampelayo, publicado en el diario madrileño *Arriba* el 18 de febrero de 1968.
3. Reportaje titulado *Bodas de Oro de un Museo Periodístico*, firmado por don Juan Pérez Mateos, publicado, a través de los servicios especiales de la Agencia Efe, en *El Comercio*, de Gijón, y en *El Ideal Gallego*, de La Coruña, y en otros periódicos de España durante el mes de marzo de 1968.

4. Artículo titulado *La Hemeroteca Municipal cumple medio siglo*, firmado por don César de Navascués, y publicado en el diario madrileño *Pueblo* el 17 de abril de 1968.

5. Reportaje de dos artículos bajo el título común *En la Hemeroteca puede leerse...*, firmados por don José Román Orozco, y publicados en el diario *Madrid* los días 29 y 30 de enero de 1968.

El Jurado nombrado para otorgar los premios acordó dejar desierto el primero, y conceder el segundo a don Juan Sampelayo, y el tercero a don José Román Orozco. Premios que fueron entregados a sus ganadores por el excelentísimo señor Alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro, en el salón de Tapices del Ayuntamiento, a las veinte horas del 31 de mayo, en la sesión de clausura de los festejos de mayo en honor de San Isidro.

Don Antonio Yebra, admirable artista, pintó el cartel anunciador del cincuentenario y modeló en plata y en bronce la medalla conmemorativa de la efemérides.

He creído oportuno añadir, en el Apéndice de este libro, la *Breve historia de la Hemeroteca Municipal de Madrid*, de la que soy autor, por haber aparecido antes, pero en la muy limitada tirada de la revista *Villa de Madrid*, número 24.

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES,
Director de la Hemeroteca Municipal.

Junio de 1968.

MEMORIAS DE UN VENDEDOR DE PERIODICOS

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE

Es una tarde de primeros de abril. El señor Venancio sale de su casa. En el portal se encuentra con el señor Zacarías, zapatero remendón y portero de la finca. Está mano sobre mano, fumando un pitillo y mirando al techo. El señor Venancio, zumbón, le dice:

—Así me gustan a mí los hombres, que no pierdan comba en el trabajo. Se está usted matando, compadre.

El señor Zacarías, con mucha calma, responde:

—Pues, sí, señor, matándome estoy. Estoy dándole vueltas a las musarañas. Me traen a mí loco las musarañas. ¿Usted las conoce?

—No tengo ese gusto. Las he oído de mentar, pero no las trato.

—Hace usted mal. Las musarañas ayudan lo suyo a vivir Yo, de cuando en cuando, echo un párrafo con ellas.

—¡Vaya, vaya con las musarañas! ¿Y dónde están, que no las veo?

—No es fácil. Son invisibles. Son aire. Las musarañas son el aire de nuestros pensamientos.

—Señor Zacarías, siempre lo he dicho. Usted se ha equivocado de oficio. Usted ha debido ser periodista. Tiene usted todo el

aire de don Mariano de Cavia. ¿No conoció usted a don Mariano? Yo, sí. Eramos concurdaneos de la misma taberna. La de la Cruzada en la calle de ídem. Allí recalaba todos los anocheceres don Mariano. Ya había escrito su artículo para *El Imparcial*. Se sentaba en un rincón. Pedía una botella de vino. Se la trincaba poquito a poco. Y mientras tanto hacía lo que usted. Hablaba con las musarañas. A veces, porque ha de saber usted que era un señor muy llanote, charlaba conmigo. Me llamaba compañero. “¿Qué hay, compañero? ¿Cómo va el papel? ¿Se vende mucho?...” También conocí a Joaquín Dicenta. ¡Vaya tío el Dicenta! Era más bueno que el pan, pero cuando se calentaba con el morapio era temible. Tenía el genio al vivo, la lengua prñta y las manos más prontas todavía. Muy juerguista. Punto fuerte en casa de la Concha, en la calle de Arlabán, y en Los Grabieles, de la calle de Echegaray. De las musarañas, ni hablar. Dicenta no quería visiones llenas de aire, sino hembras de carne y hueso pa enamorarlas con su labia, que, ¡échele usted labia a don Joaquín pa engatusar mujeres!... Pues, sí, señor Zacarías, usted podía haber sido de los que escriben en los papeles.

—Las cosas de la vida, señor Venancio, el sino de las personas. Me faltó la escuela. ¡Si yo hubiera ido a la escuela! Pero mi padre, Dios le haya perdonao, era republicano federal, y decía que en la escuela sólo se aprendía el oscurantismo, y se negó a que fuera y él mismo me enseñó a leer y escribir y las cuatro reglas, y como era zapatero remendón, zapatero remendón fui yo. Eso sí, leer por mi cuenta he leído lo mío. Ha sido mi vicio.

—No diga usted eso. Leer no es un vicio. Es como si me dijera usted que una beata es una viciosa. Las letras son, como decía usted antes de las musarañas, el aire de nuestros pensamientos, lo que nos ayuda a vivir diferenciándonos de los animales. Pa mí la lectura ha sido mi vida. Me he ganao con ella los garbanzos y ahora mi hijo se gana las angulas también con ella. Setenta años justos y cabales de periodista, conque calcule usted. Empecé a vender papel a los diez años. Hace dos cumplí

ochenta y le traspasé el negocio a mi hijo. Setenta años vendiendo periódicos ya dan de sí. Pero, bueno, me voy, que las musarañas me van a poner tibio, porque estoy interrumpiendo el chismorreó que se traen con usted.

—Con ellas tengo tiempo de hablar de sobra, porque yo no me he jubilao como usted, pero ya trabajo na más que por cumplir con la parroquia antigua, que voy a cumplir los setenta y ocho el mes que viene. Siéntese y echaremos un párrafo.

Y el señor Venancio no se hizo rogar. Era parlanchín y no sabía lo que hacer con su tiempo ocioso.

—Pues, sí, señor, setenta años vendiendo periódicos. Mi padre era albañil y mi madre lavandera, de las del Manzanares. Eramos seis hermanos. El mayor, menda. A mi padre le tiraba el vino y a mi madre el agua. Y a mí me tiraba la calle a vender periódicos. Al amanecer, mi casa se ponía en pie. Mi padre se iba al tajo. Mi madre, al río. Mis hermanos, a la escuela, y yo, a pregonar el papel hasta las dos de la tarde. Ya sabía leer, pero que de corrido, y lo primerito que hacía era repasar los titulares de *El Liberal* y de *El Imparcial* pa enterarme de lo que había pasado en el mundo. Y no era curiosidad, era la necesidad de saber lo que iba a pregonar. Hoy esto del periodismo ha vario totalmente. Hoy apenas se pregona, porque habrá usted observao que apenas hay vendedores callejeros ambulantes. Hoy casi todo el papel se vende en los quioscos a la chita callando. Muy descansao, pero muy poco divertido. Los pregones de todas clases eran la alegría de los Madriles, el grito que animaba a los compradores. Había que tener salero pa gritar. Aunque me esté mal el decirlo, yo he nacido en la calle de Cabestreros, y lo primero que hizo mi madre, después de llevarme a la misa de la iglesia de la Paloma, fué darme a beber agua en la fuente de los machos que estaba orilla de mi casa. Según me dijo me bebí un trago como una persona mayor, y sentenció que iba a ser un hombre de provecho. El caso es que los de allá abajo, los que nacíamos de la plaza del Progreso para abajo, éramos los que dábamos al

pregón un dejo que daba gusto de oírlo y que era un alguí que entraba por los oídos y terminaba en el bolsillo pa sacudirse la perra chica que costaba el periódico. Había tres acontecimientos que no fallaban: el escándalo del Congreso, el crimen pasional y la cogida de un torero. La política, los toros y el amor había que airearlos, pero a modo, como un sargento de trompetas florea un toque. ¡*El Liberal*, con el retrato de la camarera asesinada por su chulanga! ¡*La Corres*, con el escándalo de Rodrigo Soriano en el Congreso! ¡*El Herald*o, con la cogida de *Bombita*! Y el floreo estaba en el tono de la voz. Y se gritaba corriendo como si tuviéramos mucha prisa que la noticia llegara a todas partes. Y llegaba, ya lo creo que llegaba. Había los vendedores que trabajaban los barrios apartados del centro y los que no salían de los alrededores de la Puerta del Sol. Yo era de éstos. Yo corría todas las calles céntricas cuarenta o cincuenta veces echando el bofe. ¿Y qué me importaba el bofe, si había bebido agua en la fuente de los machos de Cabestreros? ¡Menudo bofe tenía yo!

Me acuerdo de cuando La Cierva fué ministro de la Gobernación, me parece que por el año de mil novecientos siete. ¡La que armó! No se le ocurrió más que las tabernas tenían que cerrar a las doce de la noche y que no podían abrir los domingos y que los teatros tenían que terminar la función a las doce y media. Ya se acordará usted que entonces en Madrid se vivía más de noche que de día. Los periódicos la tomaron con La Cierva. Tuvo la mala suerte de que era diputado por Mula, provincia de Murcia, y ya puede usted figurarse el jugo que le sacaron los demonios de los periodistas a la mula y a la cierva. Se publicaba entonces un semanario, el *Gedeón*, que tenía la gracia por arrobas. Se vendía que te lo quitaban de las manos. Me acuerdo que el ministro de Hacienda de aquel Gobierno que presidía don Antonio Maura era don Guillermo Osma, muy aficionado a todo lo inglés y que tenía fama de que sus discursos en el Congreso eran muy pesados. ¿Y sabe usted cómo le llamaba el *Gedeón*? Lord William Latisbury. Y fui yo un día y pregoné: el *Gedeón* con el dis-

curso de Lord Latisbury; oiga usted, y vendí treinta manos en un santiamén. Me lo puede usted creer. Yo la gozaba. No me cambiaba por nadie. Me creía de verdad un periodista (así nos llamábamos muy ufanos), pero no de los que vendían periódicos, sino de los que los escribían.

Una vez estaba yo pregonando *El Imparcial* y *El Liberal*, que eran los dos que cortaban el bacalao. Acababa de salir el *A B C*, y a mí como no tenía el nombre metido en el magín se me resistía el pregonarlo. Y va se me acerca un señor muy apersonao y me dice:

—¿Tienes el *A B C*?

—Sí, señor —y se lo alargué.

—Entonces, ¿por qué no lo pregonas? Toma estos dos reales para que no se te olvide el chillarlo más veces que a los otros.

Y luego me enteré que aquel señor era don Torcuato Luca de Tena, el dueño de *A B C*. Me lo dijo un vejete que no vendía más que *El Motín*, un periódico anticlerical que hacía don José Nakens. *El Motín* se vendía poco, y el viejales se desesperaba. Y yo le aconsejaba: ¿Por qué no vende usted los demás periódicos? Y me contestaba furioso:

—¿Quién, yo? Pero ¿tú sabes quién soy yo? Soy un hijo espiritual de don Francisco Pi y Margall y firmé con él el pacto sinalagmático de la república federal, y un hombre sinalagmático, ¿crees tú que puede difundir por unos miserables céntimos la prensa que nos aprisiona, que nos ahoga, que hizo fracasar el pacto sinalagmático?

—Oiga usted, ¿y qué es eso de sinalagmático?

Por poco me pega.

—Macaco, ¿y tú quieres saber lo que es sinalagmático cuando no lo sabía ni el propio don Francisco Pi y Margall? Es decir, sí lo sabía. Lo sinalagmático es lo bilateral. ¿Te enteras?

Y yo dije que sí para que no se enfureciera más.

”Había otro vendedor de otro periódico, también anticlerical, que se llamaba *El Cencerro*, y para llamar más la atención llevaba

un cencerro que hacía sonar a tiempo que gritaba: “¡Contra los frailes que comen y no trabajan!”, y un chungón le dijo un día: “Y usted qué, ¿en qué trabaja?” El vendedor vociferó: “¡Yo no trabajo, pero tampoco como!” Y le arreó con el cencerro en la cabeza, que de poco se la parte.

”Un periódico con el que me defendí muy bien fué *La Hoja de Parra*, que lo dirigía Francisco Gómez Hidalgo y que era del género que entonces se llamaba sicalíptico. Colaboraba en él un dibujante que se firmaba Demetrio, especialista en dibujar pantorrillas femeninas en aquellos tiempos de la falda larga que no se veían ni los pies. Demetrio dibujaba cada pantorra, que aquello era el desiderátum, y chillaba yo: ¡*La Hoja de Parra* con las verdaderas pantorrillas de la *Chelito* y algo de su camisa! Y me hinchaba, como usted lo oye. Los días que se me daba bien ganaba más jornal que mi padre y que mi madre. Eso sí, me lo ganaba a conciencia. Sin parar desde que amanecía hasta las tantas de la madrugada. Mire usted, señor Zacarías, pa ser algo, lo que sea, en esta vida, lo primero de todo se necesita tener afición. Y la verdad, la mayoría de los vendedores de periódicos de mi tiempo, de afición, nada. Lo que querían era ganar con pocas penas y trabajos, sin dar golpe, y créame a mí, sin dar golpe no se puede llegar a ser ni el conde de Romanones, ni don Juan March.

”Yo he vivido toda mi vía de vender periódicos y jamás me faltó una peseta en el bolsillo, ni en mi casa un bienestar modesto, pero seguro. A poco de casarme me establecí en un puesto fijo, que hoy es uno de los quioscos de más venta de Madrid. Con lo que me producía crié a tres chicas y un chico, oiga usted, y cómo me tiraría la afición al callejeo pa acá y pa allá que algunos días dejaba a la parienta en el puesto y yo me iba como cuando era un chicuelo por el gusto de ir a buscar compradores, de meterles el papel por los ojos. Y en mi puesto no me estaba callao. No podía. El grito me salía del alma. ¿Cómo no gritar el crimen del capitán Sánchez, la cogida y muerte de Joselito o la retirada de la política de don Antonio Maura? Pero ya digo que el pregón es un arte,

y la mayor parte de los vendedores pegaban voces sin saber lo que decían. Al capataz al entregarles las manos de papel le preguntaban: “¿Ha pasao algo?” Y el capataz contestaba: “Un incendio en la calle de Fuencarral.” Yo al principio me fiaba de lo que decían los capataces, hasta que un día me dijo uno: “Un crimen en la Guindalera, pero poca cosa.” Y yo, que todavía estaba en babia, me fuí a todo meter pa la carrera de San Jerónimo y empecé a vocear: “¡*El Liberal* con el crimen de la Guindalera, pero poca cosa!” Y un comprador vuelve al poco y me dice: “Oye, tú, cacho de idiota, ¿cómo dices que poca cosa y han asesinado a dos hermanas y una tía suya?” Y desde entonces resolví enterarme por mí mismo y elegía yo lo que más podía tirar de la venta. Y tenía un ojo que acertaba de todas, todas. Pero, claro, lo que pasa, que los indocumentaos abusaban de los pregones terroríficos, y se dió la orden de prohibir los pregones floreaos, no se podía vocear más que el nombre de los periódicos mondo y lirondo. Y nos hicieron la cusca. Y como la venta bajó, volvimos a lo de antes.

”Durante la prohibición lo único que se podía añadir era con la lista de la lotería. Y ya ve usted, yo en jamás lo dije. Y es que desde chiquitito le he tenido tirria a la lotería, y verá usted por qué. Tendría yo mis buenos quince años o por ahí cuando ocurrió, ya no me acuerdo de qué crimen pasional, que fué muy sonao. Se me dió la venta al pelo. Sería la una de la madrugada cuando estando en la Puerta del Sol se me pasó por la chola hacer balance. Veintiocho pesetas como veintiocho soles tenía en la buchaca. Un capital. Tenía, además, un hambre regular. Y pensé: “¿Por qué no me voy ahí a la calle de Carretas, a casa Sixto, a comerme unas tajás de bacalao, que lo hacen que lo bordan?” Pa allá que me voy, me determiné. Y en esto se me acerca una chiquilla que me gustaba un rato y que vendía lotería. Y va y me dice: “Venancio, estoy desesperá. La hora que es y aún no me he estrenao. Tengo la negra, y mira, estoy segura de que si alguien me estrena, de aquí a que me vaya hago una buena venta.”

Y se me pasó por la chola comprarla un par de décimos. Y pensé: La hago un favor, pero me quedo sin bacalao, porque no me puedo presentar en mi casa con poco dinero, sabiendo que ha habido crimen pasional. La chiquilla se echó a llorar. ¡Lo que pueden unas lágrimas en los ojos de una mujer que nos hace tilín! Cuatro décimos de a duro la compré, porque me dije, me toca, seguro, que esto no es jugar, esto es hacer una obra de caridad. La paliza que me atizó mi padre fué de a órdago. No me tocó ni el reintegro. Y le tomé tal odio a la lotería, que no he vuelto a jugar ni un céntimo en toda mi vida y no gritaba la lista, aunque me asparan.

"Yo tenía pasión por los periódicos. Los quería y los quiero como a mis hijos y a mi costilla, que me salió de azúcar cande. Ellos me daban de comer. Ellos me daban el bienestar que proporciona el contentarse con lo que se tiene, sin apetecer garmabainas ni tonterías. Uno de mis parroquianos era don Antonio Asenjo, un hombre pequeñito y que todo lo que tenía de pequeño lo tenía de buena persona. Era muy nombrado, porque en colaboración con otro periodista, Angel Torres del Alamo, escribían obras para el teatro que gustaban mucho. A mí me regalaba entradas para verlas y me iba con la parienta y lo pasábamos en grande. Cuando venía al puesto charlábamos un rato. Hablábamos de periódicos, de los que se vendían y de los que no se vendían, y el porqué de ello. Yo le hablaba con mi ignorancia, pero con el calor que se habla de lo que se quiere. Y él se percató. Un día le dije que yo tenía mucho olfato para saber cuando aparecía un periódico nuevo si iba a tener vida o no, y me equivocaba pocas veces. Y le decía yo al chico en grande de don Antonio: La práctica, ¿sabe usted?, cuando me malicio que un periódico no va a vivir, ¿sabe usted lo que hago?, pues guardo los números que van saliendo. Me dan pena. Amos, algo así como si fueran unos niños que estuvieran amenzaos de quedarse sin padres porque éstos estaban muy malitos, y me los llevo a mi casa como si fuera la Inclusa o un asilo. ¿Por qué no iba a haber una

Inclusa o un asilo para los periódicos, no le parece a usted? Y don Antonio Asenjo me contestó:

—Pues la hay, amigo Venancio. Me extraña que no la conozca usted. Cuando quiera, podemos ir a verla. Yo soy su director.

—Don Antonio, ¿está usted hablando en serio?

—Y tan en serio. Esa Inclusa o asilo, como usted dice, se llama la Hemeroteca Municipal.

—¿Municipal? ¿Del Ayuntamiento?

—Sí, señor, del Ayuntamiento, ¿por qué le extraña a usted tanto?

—Hombre, pues la verdad, y usted disimule, no creí yo que el Ayuntamiento se ocupara de recoger los pobres periódicos. ¿Y hay muchos?

—Hay miles y miles, querido Venancio.

—Oiga usted, señor Zacarías, y fuí a la Hemeroteca Municipal y me quedé bizco, pero que de los dos ojos. Aquello era el paraíso de la Prensa, es decir, el cielo y el infierno de todos los periódicos, porque allí iban todos, lo mismo los buenos que los malos. Yo creía que los periódicos se morían todos los días, pa los restos. Por eso yo coleccionaba unos cuantos pa salvarlos de la quema. Bueno; pues, no, señor. Los periódicos no se mueren absolutamente. Yo ya sabía que los periódicos tenían alma, como cada hijo de vecino. El alma de sus escritos. Pues esta alma es la que se salva en la Hemeroteca Municipal. Esta alma, gracias a ella, no se muere del todo. Se conserva allí un pedacito de ella.

—Los periódicos son mi pasión, porque han sido mi vida. Les debo la felicidad, porque yo, aquí donde usted me ve, he sido y soy feliz. Yo nunca le he llamao perra a la vida. Y cuente usted que he pasao hambre y calamidades a manta, pero las calamidades y el hambre me los echaba a la espalda cuando por esas calles de mis Madriles voceaba *El Imparcial* y *El Liberal*, *La Corres* y el *Heraldo*. No me cambiaba por nadie, ni de chiquilicuatro, ni de jovenzuelo, ni ya de hombre, ni ahora de viejo. Ahora no

voceo, no corro, no vendo, pero sin faltar un día voy al puesto y me siento allí rodeado de papel por todas partes. Procuro no faltar por las tardes a la hora que salen los periódicos. ¿A que no sabe usted por qué? Pues para oler a tinta fresca del papel que acaba de salir de las máquinas. Pa mí ese olor es más rico que el de todas las flores. El olor de las flores es una cursilería. El de los perfumes de las perfumerías, no digamos. Unicamente el de algunas frutas me viene bien a la nariz. ¿Y sabe usted por qué? Me va usted a llamar raro. No le hace. Pues porque el olor a tinta fresca del papel recién impreso es un olor parecido al de la manzana, al de la fresa, al del melón de Villacanejos, y, ¡ahí va esa liebre!, al de la mujer; vamos, que atrae, que nos empapa, con un sí no es de dulce y otro sí y no es de amargo. ¡Cuántos amaneceres me he tirao de la cama y sin desayunarme, porque no había con qué, me he ido a la calle con el estómago a la funerala! Y me daban el papel y lo cogía y me lo llevaba a las napias y me entraba el olor, y oiga usted, era como si me entrara un tazón bien colmao de café con leche. Me entraban ganas de morder un trozo de periódico como si fuera un churro. No. No he comido nunca papel, pero cuantísimas noches me he arropao en el catre con el sobrante de la venta del día. El papel es mejor que una manta de Palencia. Allá en los buenos tiempos de *La Correspondencia de España*, de *La Corres* de mis años mozos, era el periódico más leído de Madrid. Le llamaban el gorro de dormir, porque todo el mundo se acostaba con ella para leerla al calorcito de la cama. ¿Usted ha usao gorro de dormir? Pues no sabe usted lo que se ha perdido. Ahora la gente no sabe lo que es eso, porque sabe lo que es la calefacción central, o el calor ese que llaman negro, quizá por lo negro que pone a la hora de pagar la cuenta de la electricidad. Pero cuando el brasero era el rey del calor, en la cama el cuerpo entraba en reacción, pero la cabezota se quedaba como un témpano y el gorro derretía el hielo. Bueno, pues yo me envolvía la cabeza en un periódico, y tan ricamente. Dormía envuelto en papel de la cabeza a los pies.

De manera que no exagero si le digo que pa mí los periódicos han sido la felicidad.

”Hasta el cariño me vino por ellos. Mi mujer vendía periódicos. Eramos además vecinos. Vivíamos en la calle del Aguila, en una casa de corredor que tiraron hace ya años. ¡Qué lástima las casas de corredor! A mí que no me digan que eran antihigiénicas. ¿Que no había agua en los cuartos? ¿Y pa qué? La fuente estaba en el patio. Allí iba la vecindad a coger el agua. Y cuánto mejor así. ¡Lo que disfrutaban las comadres chismorreando en torno de ella! Y lo que animaban a la reunión las broncas que se organizaban por un quítame allá ese cubo. ¿Que las habitaciones eran chicas? ¡Pues anda que las de ahora son grandes, y pa que quepa una cama la tienes que doblar durante el día como si fuera un fuelle! Allí, en la calle del Aguila, se vivía que era una bendición. Era yo un pispajo todavía cuando una mañana al abrir mi puerta me topé de manos a boca con una pispaja peinada con dos coletas muy graciosas. Como yo salía disparado la pegué un empujón que de poco la tiro.

—¡Anda, hijo, que no pareces una criatura, pareces un ciclón!
¿Ande vas tan alocao que no me has estrellao de milagro?

—Al tajo.

—¿Qué oficio tienes?

—Periodista.

—¡Anda la órdiga! El mismito que yo. ¿Y cómo no te conozco?

—Porque somos muchos, y Madrid es muy grande.

”Y desde entonces todas las mañanas nos esperábamos el uno al otro pa ir juntos. Fuimos creciendo. Ella se hizo una chavalota de buen ver. Tenía un genial muy parecido al mío. Los dos éramos alegres. Los dos teníamos las penas de la falta de dinero en nuestras casas. Y a nosotros, ¡qué! Madrid era nuestro. Teníamos todo el día por delante para corretearlo a nuestras anchas, sin que nadie nos dijera por aquí o por allí, sin que nadie nos mandara ni nos sujetara. ¿No vale esto na?

Pa ella y pa mí valía todo el oro del mundo. Ibamos juntos hasta coger el papel. Entonces nos separábamos. No queríamos competencia. Cada uno por su lao. Ni ella ni yo pensábamos en amoríos. Hablábamos de las cosas de los chicos y de las cosas de la venta. Cuando se hizo una chavalita muy aparente, se hizo un tanto arisca. Se sabía con buen palmito. Y ya se sabe, una mujercita que anda sola por las calles, no sólo de día, sino también de noche, siempre tiene zánganos al lao que pretenden llevarse la miel de guaga. Pero ¡buena era la niña pa hacerse de miel! Paraba tan en seco a los moscones, que no les quedaba gana pa insistir. Ella y yo seguíamos siendo tan sólo vecinos y compañeros. A mí me gustaba como hembra, pero sin pensar en el aprovechen. Y vino el diablo y la enredó. ¿Sabe usted quién fué el diablo? Pues un periódico que he mentao antes, *La Hoja de Parra*. Ya sabe usted que era un periódico de un verde subido. Ya sabe usted que por lo mismo se vendía como rosquillas. Una mañana, a poco de salir de la calle del Aguila, voy y la digo:

—Hoy me pongo las botas, porque hoy sale *La Hoja de Parra*. ¿Qué tal se te da a ti? ¿Te forras como yo?

—A mí no me se da ni bien ni mal, porque no la tomo. Yo no vendo porquerías.

”Oiga usted, señor Zacarías, sentí como un mazazo en los ojos y me la quedé mirando como alelao. Me lo notó y me dice:

—Te has quedao de un aire. ¿Qué te ha pasao?

—¿A mí? Nada... ¿Y qué tienes tú que ver con que *La Hoja de Parra* sea una porquería? ¡Allá ca cual! A lo que estamos, tuerta.

Y muy seria me respondió.

—Tú eres un hombre y los hombres tenéis bula. Yo cogí los primeros números de *La Hoja de Parra* porque no sabía lo que era, porque ni por curiosidad reparé en los dibujos que tenía dentro, pero un día me se acerca un viejales asqueroso y me compra la *Hoja* y la abre y me enseña a una tía pindonga en camisa, y me dice al oído: “Si me dejas verte así, te doy cinco duros.”

¿Y sabes lo que hice? Agarré la mano de *Hojas* que llevaba y se las estampé en mitad de la chola. A la hija de mi madre no la ve en camisa ni su marido. Y se acabó pa mí la indecencia esa.

"Me quedé callao. Ella también. Y no pasó más. No volvimos a hablar de eso, pero sus palabras se me quedaron grabás en las entrañas. Y cada vez que vendía una *Hoja* me acordaba de ella. Y sin darme cuenta empecé a mirarla con otros ojos, con ojos de hombre que ha descubierto a una mujer, pero no a una mujer cualquiera, sino a su mujer, a la media naranja, a la madre de sus hijos. Pero ¡qué hijos ni que ocho cuartos! ¿Quién era yo pa tener hijos si ganaba unos reales de na que me quitaba mi madre na más llegar a casa, si no tenía más que mis buenos dieciocho años? Soñaba el ciego que veía. ¿A usted no le gusta soñar, señor Zacarías? A mí es que me chifla. Lo mismo me da soñar dormido que despierto. Despierto y dormido soñaba con ella, con la Patro de mis entretelas. Y me comía los sueños. ¡Más ricos estaban! Sí, muy ricos, riquísimos; pero lo que pasa, todos los días perdices terminan por cansar. La Patro después me lo dijo. De seguida se apercibió de lo que creía yo tener muy oculto, de que me hacía tilín. Y la muy indina no me daba tanto así de pie pa que me insinuara. Al contrario, cada vez más metida en sí, me daba la impresión de que le era indiferente. Iba conmigo como un guardacantón que andara y que hablara de cosas tontas. Y cada día más juncal. Me traía frito. ¿Será posible que esta mujer sea de cartón piedra?

"Y en esto, una crisis ministerial muy sonada. Cualquiera se acuerda ya de qué crisis fué, con las que había en aquella época cada tres o cuatro meses o a lo mejor semanas. Las crisis pa los periodistas eran pan bendito. No me importa que piense usted de mí que soy un presumido que se las echa de muy leído y escrito. Sí, señor, lo soy. Desde que tuve más o menos uso de razón me leía los periódicos, no le digo a usted que de cabo a rabo, pero poco menos. Me enteraba de todo, estaba al tanto de todo. Sabía de política, de teatros, de toros y de crímenes

cuanto había que saber. Y por esto el día de crisis ministerial en seguida me daba cuenta de si la gente iba a tirar del papel o no. Porque había crisis que no pasaban de nubes de verano, y éstas no preocupaban a la gente. Las gordas eran las que ponían a Madrid en un grito, al rojo vivo. Vamos por partes. Vamos a ver, señor Zacarías: usted tiene muy pocos años menos que yo. Somos del mismo tiempo. ¿Usted se puede explicar que de Madrid hayan desaparecido los cafés? Usted sabe como yo que Madrid entero y verdadero vivía en los cafés, desde el señorón hasta el obrero, pasando por el menestral. Cada uno en su café, pero todos en el café. Los días de crisis los cafés rebosaban de parroquia. No se podía dar un paso por ellos. Se podía cortar el humo con las manos. Oían hasta los más sordos que una tapia los gritos de las tertulias. En todos los cafés había su cerillero correspondiente que vendía tabaco y suministraba el recado de escribir. Algunos también vendían periódicos. En éstos nos estaba prohibida la entrada a los callejeros. En los otros podíamos entrar libremente. Yo tenía unos cuantos que visitaba diariamente, sobre todo en invierno, pa calentarme unas miajas. No se podía vocear, pero sí ofrecer el papel por lo bajines con el crimen o lo que fuera. Yo los días de crisis me empapaba bien de todo lo que decían los políticos y los periodistas. Y me iba a un café. Y me acercaba a una mesa y decía con algo de misterio: “*El Parlamentario* con las declaraciones verídicas del Romanones en las que dice que don Segismundo Moret está mochales.” En otra mesa anunciaba que don Melquíades Alvarez era ya más monárquico que el rey. Y la gente picaba y yo vendía el triple que mis compañeros. El día aquel de la crisis aquella de que estoy hablando le dije a la Patro: Coge el doble de manos, que hay crisis gorda, y pregona *El Liberal* con la probable lista grande.

—Amos anda, tú estás chalao. ¿Te crees que el personal no sabe que no ha habido sorteo?

—Pero si es la política, so atontá, tú hazme caso a mí, y a las cuatro te espero en la cabecera del Rastro pa irnos al café de

San Millán, o al de San Isidro, o al del Pilar, al que te cumpla, pa tomar café a cuenta de la crisis.

”Elegimos el de San Isidro, que ya recordará usted que tenía vicaría, y aunque la Patro y yo no éramos novios ni por pienso, las vicarías de los cafés eran sitios muy apropiados pa hablar con despacio y sin mirones, porque allí cada cual iba a lo suyo. La Patro era muy remolona pa decir que sí a cualquier cosa. Y me contestó que me fuera a tomar café con don Eugenio Montero Ríos, que sonaba pa ministro. La convencí y fuimos. Era la primera vez que nos veíamos bajo techao. Entró más asustada que un gato en una perrera. Yo pedí café y una copa de anís.

—Tómate tú otra —la animé—. Un día es un día, y no todos traen una crisis como ésta que no se sabe lo que va a pasar. ¿Has vendido mucho?

—Todo lo que saqué y más que hubiera tenido. Lo de la lista grande ha sido un aligui menudo. Eres un hacha.

Yo me puse la mar de orgulloso y dije: Como que soy un periodista que ni don José Ortega y Munilla.

—¿Quién es ése?

—Pero, chica, ¿no sabes quién es? El director de *El Imparcial*.

—Muy señor mío, pero no me trato con gente de chistera. En cuanto a lo del anís, te lo agradezco, pero me se sube a la cabeza.

”¿Qué me dió en aquel momento? Señor Zacarías, el hombre es un misterio. A mí la Patro me gustaba más que comer con los dedos, pero me imponía más que mi padre con la mordaga, cuando me atizaba cada mamporro que me partía el alma. Yo le decía un chicoleo a la mismísima Cibeles y era más atrevido que don Juan Tenorio en la escena del sofá, pero junto a la Patro es que ni resollaba, y en aquel momento, al oír lo del anís, me arranqué sin pensarlo y dije digo: “Pues eso es lo que yo quiero, que se te suba a la cabeza pa que me contestes a una pregunta...” ; Maldita sea! No había terminado de decirlo, cuando

de la calle llega una voz. "¡El extraordinario de *La Corres* con la solución de la crisis!" ¡Mi madre! Y pegué un salto en el diván. ¡Ahí va! Un extraordinario de *La Corres*, y yo sin enterarme. Venga, vámonos más que aprisa. ¡La tengo tizná! Y fui a llamar al camarero pa pagar, y la Patro me dice:

—Espera, estate quieto. ¿Qué pregunta es ésa tan particular que me ibas a hacer? De aquí no sales sin que me la digas.

—Mira, Patro, te voy a decir mi verdad. No era na. Fué un pronto que me dió, pero que ya ha pasao.

—Pues si ha pasao, dile que vuelva.

¡*La Corres* con la solución de la crisis! Pegué otro brinco.

—¡Que te estés quieto, te he dicho! Desembucha ahora mismo y luego te vas.

"Ya se puede imaginar mi situación. ¿Quién se declaraba por lo fino con un extraordinario de *La Corres* en la calle? Empecé a decir tonterías y la Patro se iba poniendo muy nerviosa. Las mujeres son también un misterio. La Patro también tuvo su pronto.

—¿No me lo quieres decir? Pues te lo voy a decir yo. Me ibas a decir que estás chalaíto por mis pedazos.

"Oiga usted, me quedé como el rey Chindasvinto en la plaza de Oriente, de piedra. Tal cara de pasmao debí de poner que la Patro soltó el trapo.

—¡Ay, hijo, ni que hubieras visto a la tarántula maldita! ¿A que he dao en la yema?

"Dije que sí con un suspiro. Y allá que te va el jarro de agua fría. Que nones, que estaban verdes. Y me envalentoné. Y la dije todo lo que se me ocurrió de tierno y algo más. Y que si quieres arroz, Catalina. Que éramos dos críos, que entre los dos no ganábamos más que pa alpiste, que vendiendo periódicos no se podía vivir. Que yo era un buen chico, pero sin oficio pa mantener una casa. Y me lo puede usted creer, estuve tentao de ahogarla. Pa mí la Prensa era lo más sagrao del mundo. Pa mí, venderla era tanto como escribirla, por eso los vendedores nos

llamábamos periodistas, porque ahora todo ha variado, pero en mis buenos tiempos los vendedores callejeros ambulantes, que eran los más, hicieron mucho por la Prensa, se la metían por los ojos y por los oídos a los compradores, y yo me consideraba un hacha, yo presumía de vender más papel que nadie, y me revolví contra la Patro y la dije con voz fuerte. "Tú me podrás dar unas calabazas más grandes que las bolas del puente de Segovia, te podrás creer que no sirvo pa na, pero yo te aseguro que vendiendo periódicos viviré; que vendiendo periódicos sacaré p'lante una casa y lo que se presente; contigo mejor que con nadie, porque tú eres la mujer de mi alma; la que conocí de niña y se me entró en las entretelas; la que soñé envuelto en periódicos; la que llevo por las calles delante de mí como una estrella que me guía como a los Reyes Magos, porque tú eres mi reina maga." Y entonces la Patro me cogió una mano. "No sigas. La suerte está echada. Contigo pan y periódicos." Y así nos hicimos novios.

"Me dió la buena. Saqué un número alto y me libré de quintas. Yo no sé quién me empujaba. Quizá Dios, pero yo no paraba en todo el día y en toda la noche. Yo corría como un gamo las tardes de toros, desde la imprenta de *El Enano*, que se tiraba en la calle del Arco de Santa María, hasta la plaza de toros pregonando la reseña de la corrida, y vendía más que nadie, pero pasaban los años y yo veía que la Patro se iba a salir con la suya, que ganaba unas pesetejas, pero no las suficientes pa casarme con todas sus consecuencias. La Patro no decía na. Su madre la había quitado de la calle y había entrado en un taller de plancha, donde pronto fué una buena y bien pagada oficiala. Entre los vendedores yo tenía muchas envidias, pero también tenía amigos que me apreciaban. Uno de ellos, Dios le tenga en su gloria, era un vejete, soltero, sin familia, que tenía un puesto fijo de Prensa en la Puerta del Sol. Era un águila pa el comercio. Fué el primero al que se le ocurrió vender libros en su puesto y guías de Madrid y postales, y cuando yo andaba más desesperado me dijo: "¿Qué te pasa, Venancio, te veo así como consumido? ¿Te se da mal la

venta?” “No, señor; pero no me da lo suficiente pa poder casarme, que es mi pío, porque tengo la novia más honrá y más bonita de los Madriles, y esto me trae a mal traer.” “Pues no te apures. Espera unas miajas, que a lo mejor se te arregla el casorio. Yo estoy ya pa el arrastre con este reuma que me tiene medio baldao, y he pensao retirarme a mi pueblo con unos cuartejos ahorraos desde que pude, y entonces este puesto será tuyo. Estoy pendiente de que me vendan la casa que fué de mis padres en el pueblo.” Y la compró y me traspasó el puesto sin pagarle un céntimo. Y al año de ser mío, más valiente que el Cid me casé en la Paloma, y la Virgen fué nuestra madrina. No sólo el puesto fué p'arriba, sino que la maestra de la Patro la cedió el taller de plancha por poco dinero pagado a plazos. ¡Y pa qué en el mundo cómo vivíamos el matrimonio!

La plática fué interrumpida en este punto por la llegada de una parroquiana del señor Zacarías. Cuando la despacha, insta a su amigo para que continúe sus memorias, pero éste alegó que tenía prisa.

—¿Prisa, y lleva usted casi una hora hablando? Siéntese y siga dándole a la muy, que le oigo con mucho gusto.

Pero me temo que mis amables lectores no sean de la misma opinión del zapatero y estén ya fatigados de las Memorias de un vendedor de periódicos, que no son precisamente las de mister Churchill o las del señor Gil Robles, y no me uno a la petición del señor Zacarías.

Dejemos marchar al señor Venancio, personaje no imaginario, personaje al que conocí y de quien escuché el relato que acabáis de leer, malamente transcrito por mi pluma. Este relato quiere ser humilde contribución al homenaje debido al cincuentenario de la fundación de la Hemeroteca Municipal, una de las instituciones de las que puede sentirse orgulloso el Ayuntamiento de Madrid. Salvo contadas ocasiones, el Ayuntamiento de Madrid no ha tenido buena Prensa. A mi juicio, bastantes veces injustamente. El Ayuntamiento no ha guardado rencor a los apasio-

nados ataques. El Ayuntamiento, un buen día, hace cincuenta años, acordó reunir, coleccionar, guardar toda la Prensa. Guardarla con amor. Y creó una Hemeroteca reputada por magnífica. Para los que escribimos en los periódicos, una Hemeroteca es algo entrañable. Estoy totalmente de acuerdo con el señor Venancio. Una Hemeroteca es el paraíso de los periódicos. Allí quedan, perduran nuestras almas, nuestros escritos, flor de un día. Allí, guardadas con amor, las flores no se marchitan. Allí las encontramos fragantes a las bellas, pálidas a las mediocres, lacias a las desafortunadas, pero todas intactas. Y algunas tienen suerte. Vuelven a nacer. Salen de nuevo a la calle en forma de refritos. ¿Y por qué no? Las patatas refritas son incomibles, pero una buena crónica sabe quizá mejor recién renacida. Envidio con todas veras a mi querido y admirado amigo Federico Carlos Sainz de Robles, actual director de la Hemeroteca. ¡Qué delicia ser el jefe de millones de hojas impresas! Porque sí, una biblioteca no está mal, pero entre los libros abundan los pelmazos, los que la toman con un tema y se largan hablando de él 800 páginas. Un periódico, en cambio, es como un baile en el que se encuentran multitud de señoritas, unas guapas, otras feas, y uno puede elegir por su pareja a la que más le agrada, que a lo mejor es la fea, porque esto va en gustos. El gran escritor Rafael Sánchez Mazas me solía decir: "Cada vez me revientan más los escritores que escriben demasiado bien." En los periódicos no se suele escribir demasiado bien, pero sí cosas vivas, que nos atraen como una mujer fea, que tiene su gracia en su fealdad. Si yo fuera Federico Carlos Sainz de Robles cuando llegara a la Hemeroteca en lugar de pedir los periódicos del día, pediría: ¡A ver, que me traigan *La Iberia* de 1865, que vendrá buena con los artículos de Carlos Rubio y de Práxedes Mateo Sagasta! Y en el silencio, en el ambiente propicio del viejo y admirable caserón donde está instalada la Hemeroteca, viviría los tiempos antañones, los tiempos que están no muertos, sino vivos en los millones de páginas de miles y miles de periódicos, de esos periódicos que han sido

mi vida, mi pobre vida como la del señor Venancio, pero que como él no la cambio por ninguna, como no cambio por ningún otro honor el que me ha concedido don Carlos Arias Navarro, alcalde de Madrid, al permitirme hablar palabras banales en homenaje a la Hemeroteca Municipal, orgullo de mis Madriles, a los que he dedicado, no sólo mi amor de hijo, sino las florecillas silvestres de mis pobres escritos, volanderos como el vocear de un vendedor de periódicos.

FRANCISCO FABRO DE BREMUNDANS

(1621 - 1698) *

Por EULOGIO VARELA HERVIAS

Hemos sentido siempre una enorme simpatía por los tipos raros literarios. Criaturas que quedan muchas veces relegadas en el olvido. Carecen de brillo y sus vidas no han sido nunca registradas en la nómina de la celebridad. Espectros vagantes en cierto momento histórico, y, sin embargo —mirados amorosamente—, descubrimos que fueron personas interesantes y atrayentes. Así, Juan de la Espina, Huarte de San Juan, Juan Vicencio Lastanosa, el doctor Laguna... Hombres originales que, elegantemente, renunciaron al relumbre y a la fama fáciles. De nuestros amigos —amplia baraja— sacamos uno para presentar a ustedes el esquema de una vida y de una obra que no ha sido suficientemente valorada.

Francisco Fabro de Bremundans se nos presenta como un tipo crepuscular, misterioso e incierto. Cuando, inexpertamente, nos introducimos en la selva de inexactitudes e improvisaciones que se llama Historia de la Prensa, comprendimos que el perfil de este hombre era descaradamente incompleto. Verdad es que

* Extracto de un amplio estudio, donde se publicarán las fuentes y los documentos inéditos que han servido de cimientos a este trabajo.

en 1960 se carecía de datos documentales¹. Lo poco que sabíamos era lo que —laboriosamente— había reunido don Juan Pérez de Guzmán². Excelente y honesto historiador que no pretendió trazar una biografía de Fabro, sino colocar un hito correcto en los inicios de la historia de la *Gaceta de Madrid*. Sus originales aportaciones, que tenían la lozanía de lo recién descubierto, se han marchitado y se han convertido en un tópico manido y flácido. Fabro fué un genial gacetero, lo de “genial” es añadidura recientísima.

Definición superficial. Fabro no fué simplemente uno de tantos reimpresores de los papeles noticiosos de Francia, Holanda e Italia. En sus gacetas se percibe un “algo” muy distinto al servil estilo de las gacetas coetáneas. Ese matiz diferencial lo hallamos en los ceñidos comentarios a las noticias políticas o castrenses, en la prudencia y medida —resultado de una experiencia política propia— de las informaciones recibidas, en la permanente vigilancia de respetar la verdad o la posibilidad de la verdad. El sensacionalismo grosero y burdo jamás aparece en sus periódicos. ¡Claro que fué un periodista! La prueba la tenemos —y es decisiva— en su reiterada pretensión de visitar —“entrevistar”— al embajador de Austria, en Madrid, para adquirir “noticias frescas” sobre los graves acontecimientos de Hungría³. Sí fué, efectivamente, un gacetero, pero algo más que eso. Ese acento es, precisamente, la distinción de su trabajo y de su personalidad.

Fué secretario de Juan de Austria, después del año 1660, y, luego, ascendió al Consejo Real, 1678. Cuando de él se habla, suelen los escritores citar dos libros suyos; pero, al parecer, se trata de un sencillo alarde erudito. Son estos libros: *Historia de*

¹ VARELA HERVÍAS, E.: *Gazeta Nueva, 1661-1663 (Notas sobre la historia del periodismo español en la segunda mitad del siglo XVII)*.—Madrid [Murcia], 1960.

² PÉREZ DE GUZMÁN, J.: *Bosquejo histórico-documental de la “Gaceta de Madrid”*. Madrid, 1902.

³ MAURA, G.: *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*.—*Bol. Acad. de la Historia*.—Madrid, 1925, t. LXXXVIII, pág. 190 (Carta alemana, fechada el 10 de octubre de 1686).

los hechos del Serenísimo Señor Don Juan de Austria, en el Principado de Cataluña (Zaragoza, 1673)⁴ y Viaje del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo al Reyno de Aragón (Madrid, 1680)⁵.

Merece la pena que nos detengamos un momento. La lectura de ambos volúmenes es sabrosa. El dedicado al Infante está escrito con severa elegancia. No encontramos en él las retorcidas volutas del gusto barroco. El estilo es sobrio, ordenado y medido. Fabro había expuesto —claramente— su criterio sobre la manera de escribir la Historia muchos años antes: “Egli é per certo cosa degna di compassione, e di sdegno, il veder dar nome di Storie, a racconti volgari, poueri per lo più di verità, d’ordine, di stile et eziandio di Grammatica, et abbondeuoli di frasi e di parole barbare, e di vaneggiamenti di cieca passione, verso il partito doue il loro Autore”⁶. Y ahora se ciñe a aquellas normas y nos proporciona una obra de calidad literaria y una fuente valiosa de conocimiento. Es muy difícil escribir sobre lo que sucede coetáneamente, porque las cosas y los hombres no tienen, en la profundidad del tiempo, la perspectiva indispensable. Encontramos en su construcción calidades notables: templanza, tino y discreción. Estilo regido por la atenta observación del encadenamiento

⁴ *Historia de los hechos del Serenísimo Señor Don Juan de Austria, en el Principado de Cataluña. Parte I. Escrivióla Don Francisco Fabro Bremundan, Criado de sv Magestad, y Oficial mayor de Lengvas de las Secretarias de Estado y Guerra de sv Alteza. I la ofrece y dedica al Rey nvestro Señor don Carlos II.*—Imprimióse en Çaragoça, con Licencia y Priuilegio, en la Empronta de Diego Dormer, Impressor de la Çiudad, y del Hospital Real y General de Nvestra Señora de Gracia. Año M. DC. LXXIII.

⁵ *Viaje del Rey Nestro Señor Don Carlos Segundo Al Reyno de Aragón. Entrada de sv Magestad en Zaragoza. Iuramento solemne de los Fveros y principios de las Cortes Generales del mismo Reyno, el año M. DC. LXXVII. En relación diaria. Escrita por Don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de sv Magestad, sv Secretario, Intérprete de la Lengva Latina, en la Secretaria de Estado de el Norte: Y dedicada a sv Magestad por mano del Señor Marqués de Canales, Cauallero de la Orden de Calatrua, del Consejo de sv Magestad, y sv Secretario de Estado de España y el Norte.*—En Madrid, Imprinta de Bernardo de Villa-Diego, Impressor de su Magestad. Año M. DC. LXXVII.

⁶ *Carta a Alejandro Perlasca, s. f.*

de los hechos, sin otro aditamento que la reflexión política que sugieren los sucesos⁷. El escritor está formado en la escuela humanística. Se perciben—claros y lejanos ecos—la resonancia de las ideas y preceptos de Tácito, Luciano y Tito Livio. Pero, además, creemos encontrar otros valores: suavidad, flexibilidad y transparencia. Para nosotros eso representa la herencia intelectual de los escritores italianos, como Carlos María Maggi, Stradi, Pallavicini y Silos, y de los franceses Balzac y La Mothe de Vayer. Señales inequívocas que declaran cuál fué el elevado nivel espiritual en que se había educado Fabro.

El segundo libro, por su condición de ser un diario de viaje, tiene otra factura. Fabro fué su cronista áulico. Se ha depurado el estilo—apenas si existen italianismos—y ha alcanzado una soltura notable. La obra, pues, está condicionada. Por tanto, la lisonja, el requiebro y el rendimiento son insoslayables; mas, así todo, hay cierta discreta contención.

¿Quién fué este hombre? La pregunta salta inevitablemente. Disponemos de muy pocas referencias exactas. Por otro lado, Fabro se complacía en arroparse en una niebla sospechosa. Sólo luce con orgullo sus títulos oficiales. Calla. ¿Celaría un secreto? ¿O sería uno de tantos aventureros que se injertaban en sociedades extrañas para medrar, ocultando su verdadera y dudosa procedencia? Interrogaciones que nos incitaron—vehementemente—a “desenmascarar” tan huidizo y misterioso personaje. Sin brújula, sí autorizada pauta, nos lanzamos a hurgar, aventar y enredar en papeles extravagantes.

La corta cosecha reunida, la presentamos como una mínima novedad erudita.

Fijemos, cronológicamente, los límites de su existencia. Se dejaba llamar “el borgoñón”. Nace en la “Imperial ciudad de

⁷ MELO, F. DE M.: *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV.*—Barcelona, 1885, pág. 13: “... aquí no hallarás citadas sentencias o aforismos de filósofos y políticos: todo es del que lo escribe”.

Besançon, en el Condado de Borgoña". El día 22 de abril de 1621 fué bautizado en la parroquia de Saint-Pierre. Sus padres fueron Pedro Faivre y Humberta Regnaude, vecinos y naturales de la antigua "Vesontio"⁸. Familia patricia y de antiguo abolengo, formada por tres ramas, una de ellas adoptó el topónimo de Bremundans de cierta población de la Borgoña⁹.

Muere en Madrid—en la calle de Silva— cuando tenía setenta y siete años, el día 12 de enero de 1698, y enterrado en la desaparecida iglesia de San Felipe Neri, de Clérigos Menores¹⁰.

Disponemos de dos fechas exactas—hasta ahora ignoradas— para encuadrar en el tiempo su existencia. Intentaremos—en la medida que nos sea dable— ilustrar tan dilatada vida. Lo primero que se nos presenta es una impresionante sorpresa: desde niño fué paje o contino en casa de don Diego Saavedra Fajardo. Así nos lo dice Nicolás Antonio¹¹. Dato de extraordinaria significación y trascendencia. El haber sido educado en el hogar del gran escritor y diplomático aclara muchas cosas que parecían incomprendibles. Explica el rumbo de su carrera y la inclinación de sus preferencias y gustos literarios. ¿Cuándo Saavedra Fajardo recogió al niño borgoñón? Nos valdremos de una hipótesis para explicar el hecho.

Saavedra Fajardo, en 1638, realiza un viaje político al Condado de Borgoña. Extraordinario peón español en el juego diplomático de aquel instante. "Entré—dice— por el Pontilier en Borgoña. Hasta allí no estaba maltratada mucho la montaña; todo lo demás se ve abrasado, y mucho más la llanura, en que no puede imaginarse miseria tan grande que no hayan padecido estos vasallos, más de las armas amigas y auxiliares que de las

⁸ Archives municipales de Ville de Besançon. Signa. G. G. 174, fol. 17r. Conservados en la biblioteca de la ciudad.

⁹ SUCHAUX: *Galerie héraldo-nobiliaire de la Franche Comte*.—París, 1878, t. I, pág. 226.

¹⁰ Parroquia de San Martín, Madrid. Libro de defunciones y enterramientos. T. XI, fol. 12 v.

¹¹ *Bibliotheca Hispano nova*.—Madrid, 1788, t. II, Apéndices.

enemigas. Viven por los bosques comiendo yerba, y, a veces, unos a otros; con esta desesperación salen a matar a los caminantes, sin que se pueda dar un paso sin un convoy grande. Con este peligro y confusión, falta el comercio y la cultura..."¹². Y, en el rigor de tanta desdicha, Besançon era diezmada por la peste.

Don Diego amaba tiernamente a los niños. Son admirables —penetración y comprensión— las bellas páginas que dedica a describir el reflejo de las emociones en los infantes¹³. Cuando llegó a Besançon, su fino espíritu estaba deprimido y entristecido. No podía soportar el espectáculo lacerante de tanta desgracia y dolor. Entonces, en aquella hora crítica, entra un mozo en su aposento con un papel en la mano. Implora remedio a su miseria. Francisco tiene "serena la frente y los ojuelos vivos". Suplica. Choque sentimental... Don Diego se enternece. Escucha conmovido el doloroso relato y, generosamente, da a aquel mozo hambriento y desesperado algo más que lo que solicitaba: su casa y su alta protección. Momento inefable. Rasgo de ternura y amor que encendió una mágica estrella —la de la esperanza— en el alma de aquel niño triste.

La vida corre... Don Diego Saavedra Fajardo asiste a la Dieta de Ratisbona, 1640. En este año publica sus admirables *Empresas* en Munich¹⁴. Viene a la Corte a rendir el fruto de sus arduas gestiones diplomáticas, y, poco después, se le nombra embajador plenipotenciario en el Congreso de Münster. Fabro le

¹² *Relación de Don Diego de Saavedra Fajardo, Consejero del Supremo y Real Consejo de Indias, Embaxador por su Magestad Católica del Rey Don Phelipe Cuarto, el Grande, N. Señor al Elector de Baviera en la jornada que por su Magestad hizo al Condado de Borgoña, año 1638.*—GONZÁLEZ PALENCIA, A.: *Obras completas de Saavedra Fajardo.*—Madrid, 1946, págs. 1333-1341.

¹³ *Empresa*, I, *Op. cit.*, pág. 172.

¹⁴ *Idea / de vn Príncipe / Político Christiano. / Representada en cien Empresas. / Dedicado / al Príncipe de las Españas. / Nvestro Señor. / Por / Don Diego de Saavedra Fajardo / del Consejo de su Magestad / en el Supremo de las Indias i / Embaxador extraordinario en Mantva i Esguizaros i Residente en Alemania.*—En Múnaco. / En la imprenta de / Nicolo Enrico, a 1 de marzo / 1640.

acompañaba: "Io predissi in sino da Munster che piegherebbe il Cardinali Chigi, quando mai arriuasse al Trono di Simone Pietro"¹⁵, dice cuando recibe la noticia de la elevación de Monseñor Paravicini al cardenalato.

Tantos negocios, tantos conocimientos con personajes de calidad, la casa de Saavedra Fajardo era una escuela excepcional y única. Parece como si éste—atento a su magisterio—hubiera querido aplicar sus ideas a un molde humano. "El maestro se copia en el discípulo y deja en él un retrato y semejanza suya"¹⁶. "Formar planteles—dice—de sujetos que vayan sucediendo en los cargos y oficios",¹⁷ era práctica excelente para formar servidores idóneos para la nación. La convivencia y el trato en países distintos modificaron el carácter y la personalidad de Fabro, convirtiéndole en un joven interesante¹⁸. Saavedra Fajardo regía una pequeña oficina diplomática, integrada por un secretario y tres oficiales de secretaría¹⁹. Creemos firmemente que uno de estos oficiales era nuestro Fabro.

En la Embajada conoció a la flor de la Diplomacia, sobre todo a dos grandes diplomáticos: al Legado Pontificio Fabio Chigi²⁰ y a Antonio Brun, éste colaborador inapreciable de nues-

¹⁵ *Carta a Carlos María Maggi*. 30 de julio de 1659.

¹⁶ *Empresa*, I, pág. 171.

¹⁷ *Empresa*, LXV. *Op. cit.*, pág. 505.

¹⁸ SAAVEDRA FAJARDO: *Op. cit.*, pág. 505: "... ninguna juventud sale acertada en su patria. Los parientes y amigos la hacen licenciosa y atrevida. No así en tierras extrañas, donde la necesidad obliga a la consideración en componer las acciones y en grangear voluntades", pues "fuera de la patria se pierde aquella rudeza y encogimiento natural, aquella altivez necia e inhumana que ordinariamente nace y dura en los que no han practicado con diversas naciones. Entre ellas se aprenden las costumbres y los estilos".

¹⁹ SAAVEDRA FAJARDO: *Op. cit.*, pág. 1361: "Yo recibí en Bruselas por secretario a Juan de Arrazola-Oñate, que lo fué de Lenguas del Conde de Villamediana en Inglaterra, persona inteligente y muy atenta al servicio de V. Magestad, y tengo también tres oficiales de Secretaría: suplico a V. Magestad, se sirva de usar con todos de su acostumbrada benignidad, supuesto que los gastos y obligaciones en que me hallo yo no tengo con qué darles gages" (Münster, 6 de febrero de 1644).

²⁰ Elevado al Papado con el nombre de Alejandro VII. Véase: FRAGA IRIBARNE, M.: *Saavedra Fajardo y las negociaciones de Münster (1643-1645) a través de los documentos relativos a la mediación del Nuncio Chigi*.

tro ministro²¹. En ambiente tan selecto, Fabro afinó su habilidad y logró el conocimiento perfecto de la lengua latina, francesa, italiana, española y germánica²². Desde el año 1638 a 1645 duró el aprendizaje de Fabro a la sombra de la sabiduría y experiencia de aquel magnífico patrón.

Saavedra Fajardo regresa a Madrid en 1645. Esta es la fecha en que Fabro se separó de su protector. Iníciase un nuevo período de su vida. Apenas si gozó unas semanas de libertad. Pronto entra al servicio de otros insignes personajes. Durante algunos años, y sucesivamente, fué secretario del marqués de Caracena, conde de Fuensaldaña y marqués de la Fuente. Extraordinarias personalidades que son los actores destacados en la complejidad militar y política de Europa. Muy difícil—por no decir imposible—es seguir a Fabro por los distintos países: Flandes, Italia, Alemania, Francia y Austria. De aquellos próceres nos complace destacar ahora la noble figura del marqués de Caracena. Militar ilustre que gustaba distraer sus ocios en empresas espirituales. Publicó a su costa a Quevedo, Góngora, Raimundo Lulio..., formó una exquisita librería²³ y una importante galería de pintura durante sus estadas en los Países Bajos e Italia. Aula nueva donde Fabro moldeó su sensibilidad literaria y artística.

Fué el marqués de Caracena—y no otro—quien presentó a Fabro a Juan de Austria, primero en Milán, y años después en Flandes cuando acompañaba al infante el barón de Lisola²⁴. Cono-

²¹ TRUCHES DE VERENNES, A. DE: *Un diplomate franc-comtois au XVII^e siècle. Antoine Brun (1599-1654)*.—Besançon, 1932.

²² VERA Y ZÚÑIGA, JUAN ANTONIO: *El Embaxador*.—Sevilla, 1620, pág. 622: "Las lenguas más necesarias para servirse dellas en Europa son la latina, española, italiana, francesa y alemana." Son muchos los testimonios contemporáneos que citan esta rara habilidad de Fabro.

²³ VINDEL, P.: *Bibliófilos célebres: el Marqués de Caracena, 1608-1668*.—Madrid, 1923.

²⁴ El barón de Lisola fué un diplomático sagacísimo al servicio de España. Contra el célebre folleto, inspirado por Luis XIV: *Traité des droits de la Reyne Tres Chétienne sur divers États de la Monarchie d'Espagne*, publicó Lisola una aguda réplica: *Bouclier d'Etat et de Justice contre le dessein manifestement de'couvert de la Monarchie Universalle; sous le vain prétexte des pretentions de la Reyne de*

cimiento, sin duda, superficial que, más tarde, se convertiría en una dilatada dependencia y servicio. Por tanto, lo apuntado por Pérez de Guzmán es la verdad a medias ²⁵.

Inicia Fabro su carrera literaria con un rarísimo librito: *Il Tullio moderno*, Venecia, 1648 ²⁶. “Che que sti frutti della mia giovanezza”. Lo dedica al famoso médico veneciano Carlos Iarca. Parece desprenderse que Fabro tenía casa abierta en Venecia: “La generositá di V. S. Eccma. e stata cotanto liberale di me e verso la mia casa di queste salutari scienze” ²⁷. Es lícito, pues, suponer que allí casóse con la italiana María de Carrara, que murió en Madrid.

En este pequeño volumen se recuerda con emoción y nobleza a su protector, don Diego de Saavedra Fajardo. Se simula un viaje literario —y creo que fué dedicado a Juan Francisco Loredani, senador veneciano ²⁸— por Europa, y Fabro es quien hace el programa ideal de la aventura: “E’ s’incontri l’occasione d’imbarcarti per Ispagna, o per Francia, non ti mancaranno in quei fiorritimi Regni occasione d’essercitare i tuoi talenti. Nel primo ti prometto vn sicuro, e benigno ricouero della cortesia di quel Grande, che gia m’honoró d’vn posto assai considerabile alla mia età d’allora nella sua casa, voglio dire dell’ Eccelentissimo in tutti i modi Don Diego Saavedra, il cui titolo, e nome hauerei detto piu breuemente con di Seneca Politico dé nostri tempi” ²⁹.

France.—S. I., s. i., 1677.—Sobre Lisola véase: PREIBRAM, A. F.: *Franz-Paul, Freiherr von Lisola*.—Leipzig, 1894. Importantes son las páginas dedicadas a la actividad diplomática de Lisola en las obras de ONNO KLOPP: *Der dreissigjährige Krieg*.—Paderborn, 1891-1846, y *Der Fall des Hauses Stuart und die sucesion des Hauses Hannover in Grossbritannien und Irland in Zusammenhange der europäischen Angelegenheiten von 1660-1714*.—Wien, 1875-1880.

²⁵ PÉREZ DE GUZMÁN: *Loc. cit.*, pág. 43.

²⁶ *Il / Tullio / moderno, / Ouero / Idea dell'Eloquenza / sublimè / di / Francesco Fabro / de'Bremondani. / Accademico Incognito*.—Venetia, M. DC. XLVIII / Presso Matteo Leni / con licenza de'Superiori e Priuilegi.

²⁷ *Dedicatoria*.

²⁸ *Carta a Juan Francisco Loredani*.—Milán, 18 de agosto de 1660.

²⁹ *Il Tullio*. Prólogo.

El contenido de tan breve volumen no es más que un escaparate, donde Fabro luce un gran muestrario de su erudición greco-latino, salpicado con algunas mostacillas críticas sobre la elocuencia usual de entonces.

Venecia sostuvo durante los años 1648-1651 una lucha en el mar con los turcos por la posesión de la isla de Candia, llave del Egeo. El enfrentamiento de ambas fuerzas despertó un interés extraordinario en todas partes, imprimiéndose infinidad de relaciones de aquellos sucesos. Fabro publicó un largo aviso: *L'Eroe trionfante, istoria delle gloriose azioni di Mocenigo II. Procuratore di San-Marco e Capitano generale del mare*. Venecia, 1651³⁰.

El relato de las acciones navales y los incidentes de la conquista y aniquilamiento de las guarniciones turcas se relatan con puntualidad. Tanto, que da la impresión de un detallado diario de operaciones, cosa que rechaza el autor³¹. Precisiones que parecen redactadas por un testigo de las acciones³². Para Fabro esto era lo menos importante, lo importante verdaderamente era disfrutar—con metáforas y comparaciones excesivas—el estilo elogioso y servil con que alabar la grandeza, valor y prudencia de Alvise Mocenigo en aquella gloriosa ocasión³³. El folleto se imprime a raíz de la victoria militar. Fabro tiene prisa—mucha prisa—para divulgar la gran noticia antes que Mocenigo llegase a Venecia. La intención es—indudablemente—interesada, muy

³⁰ DUSCEV, J.: *Avvisi di Ragusa. Documente sull'imperio turco nel secolo XVII et sulla guerra di Candia*.—Roma, 1935.—Y, también, VALERIO, A: *Storia documentada di Venezia*.—Venezia, 1914, t. VII, págs. 339-430.

³¹ *L'Heroe*, pág. 14: "Me dicharo, ch'il mio scopo non e que di formar un giornale, et un registro di tutte l'attione, e nomini di coloro, che segnaromo el loro coragio durante due attachi, presso li quali paio non lieui scaramucce gli assedi maggiori delle recenti guerra de la Cristianità."

³² *L'Heroe*, pág. 9: "Ma non m'auuedo, che mentre mi sermo a spiegar la sue forme di dire l'inimico s'appresta a dar gli fare, et a me da scriuire."

³³ *L'Heroe*. Prólogo: "Ha chiamato d'arte in aiuto per non iscriuire vna storia con simplici narrazione, et adoperato ogni mio spirito per adornarla, parendoni questo l'obbligo di colui, c'ha daslasciare all'età future spiegati in nobile memorie gli illustri et admirabili gesti d'vno de maggiori Capitani del secolo."

interesada. ¿Esperaría alguna recompensa más sustanciosa que “la bolsa de ámbar”? Posiblemente. Con esa esperanza levantó el primer arco triunfal—de papel—en la carrera laureada de Mocenigo.

Milán—como más tarde Zaragoza—dejó huella profundísima en el alma de Fabro. Clima excitante de cultura y sensibilidad espiritual enmarcado en una selecta e internacional sociedad mundana. Circunstancias favorables en que Fabro se desenvolvió con elegancia. En esta ciudad editó un bello volumen de cartas literarias³⁴, cuyo modelo bien pudiera ser las *Letteres choisies*³⁵, de J. L. Guez de Balzac, tan admiradas por él. En las *Letteres* hemos encontrado los pocos datos autobiográficos que utilizamos en este trabajo.

Sin embargo, aquella grata vida está comprendida entre dos corchetes penosísimos y alarmantes. Fabro dramatiza aquellos dos momentos peligrosos. En 1655 le amenazan gravísimamente, su vida está en entredicho, tanto que su patrón le prohíbe salir de casa hasta que el espíritu de venenosa venganza se hubiera aplacado. Fabro sabe que la mano es muy poderosa y temible. ¿Cuál fué la causa del agravio? La desconocemos³⁶. El corchete final es más grave. Fabro recibe una visita en su casa a las tres de la mañana. El secretario francés Wierumb y él discuten sobre el abono de pagas debidas: “no sé qual arma—dice—con que me disparó unos cien balazos, cogiéndome en las entrañas. Yo, pobrecillo, cogido tan de improviso, apenas tuve aliento para gritar dos

³⁴ *Delle / Lettere / di / Francesco Fabri / Bremondani. / Scritte in varie lingue, et in / diversi argomenti. / Libri tre / Dedicati / A' Illmo. Signore. Sig. e Padrone Colmo / Il Sig. Marchese / Geronimo / Talenti Fiorenza / Reg. Duc. Senatore, Marchese di Conturbio. / Signore di Olengo et de' Sessanta Decu- / rioni della Città di Milano, etc.* [ad. típ.].—In Milano, nella Reg. Duc. Corte, per Giulio Cesare / Malatesta. Stampatore Reg. Cam / M. DC. LXI.

³⁵ *Carta al barón de Cappliers*, s. f., en la que le pide le envíe un ejemplar de la primera edición de las *Letteres choisies* para compararla con la edición de Leyden, 1648. Las *Lettres choisies, suivant a copie de Paris*, tuvo una gran aceptación literaria, conocemos la edición citada, la de Leyden, 1652.—Amsterdam, 1656 y 1678.

³⁶ *Carta al Marqués de N.*—Milán, 12 de junio de 1665.

veces traidor”³⁷. La agresión se hizo el 14 de abril de 1660. ¿No determinaría el miedo el proyecto de abandonar rápidamente Italia? Nos tememos que sí, porque a los intelectuales les viene muy bien aquello de que al “que huye, puente de plata”.

La vida de Fabro en Milán fué placentera. La ambición, el deseo de afirmar su personalidad —desgajándose de su condición subordinada— fueron los dos resortes que pusieron en acción la energía y voluntad de su espíritu joven. Es el gran momento en que el hombre aspira a la plenitud intelectual y a transmitir la sabiduría —ya decantada— que ha logrado atesorar. Aprovechó la coyuntura propicia para conseguir la amistad de hombres selectos. La lista de aquellas relaciones literarias y personales es muy amplia y significativa, altamente significativa: Alejandro Perlasca, Francisco Cairo, Salvador Rosa, Pedro Strozzi, Carlos María Maggi, el príncipe Tribulcio, Francisco Bignani, Sertorio Orsato, Francisco de Gramont, barón de Cappliers, Francisco Loredano...

Fué admitido —con respeto y simpatía— en la cultísima Academia dei Faticosi³⁸. Lee discursos notables en la imaginaria Accademia dei Amartelatti³⁹. Por aquellos años había alcanzado la meta apetecida: la estimación de los ingenios superiores. Vemos a Fabro como un fino hombre de mundo, de amplio criterio y de maneras gentiles. Su generosidad le lleva a preparar las ediciones del *Arte poético*⁴⁰, del padre Alejandro Donato, y la *Ricreatione del Savio*⁴¹, del padre Bertoli. Su curiosidad intelectual era insaciable por estar al corriente del movimiento literario. Anota cuidadosamente las obras de Balzac y de La Motte de Vayer.

³⁷ *Carta a Miguel Iturrieta*.—Milán, 14 de abril de 1660.

³⁸ *Carta al Príncipe Avellino*.—Milán, 11 de agosto de 1660.

³⁹ *Carta a la Marquesa de Borgomainero*.—Milán, 10 de abril de 1659.

⁴⁰ *Ars / poetica / Alexandri / Donati / Senesis / e Societate Iesus / Libri Tres / Bononiae / Typis H. H. di Duceji. M. D. LIX / Superiorum permissus.*

⁴¹ BARTOLI, DANIELO: *La Ricreatione del Savio, in discorso con la natura e con Dio*.—Roma, 1659.

Fué festejado y obsequiado por los próceres de la ciudad: le consideraban como un huésped grato. Así, el patricio milanés Francisco Benzi le recibió en su casa cerca del Lago Como: "L'Autore fú inuitato dal Sig. Benzi l'Autonno del 1653 alla sua deliziosa Villa della Rienza, doue lo tene 15 giorni immerso in tutti i gusti della stazione, ora su'l Lago, ora ne' pas seggi de' sobborghi, e delle coline di quel ameno contorno, trattandolo nel rimanente con tautezza direttamente apposta alle Regole del Vito che'l Petrarca prescriue al suo solitario"⁴². Comodidad, distinción y holgura.

Los negocios, que fueron muchos y de responsabilidad, no impidieron a Fabro dedicarse a actividades intelectuales. Lástima que las *Letteres* no nos proporcionen más que pocas ilustraciones autobiográficas. Realizó varias obras que se han perdido o no hemos tenido la suerte de hallar los manuscritos, a pesar de nuestra voluntad y diligencia. Como lo que intentamos—sin caer en la liviandad de un panegírico—es dar a conocer un perfil más ceñido de la personalidad de Fabro, citamos las noticias que hemos encontrado:

1. *Discurso sobre la literatura de los celtas antiguos, extensión, progresos, religión, arte militar y ciencias* (1655).
2. *Galería de escritores italianos contemporáneos* (sin fecha).
3. *Biografía de Pietro Strozzi* (1657).
4. *Cartas espirituales* (1660).

El brillante período italiano se cierra. Fabro va a lanzarse a la incierta aventura española.

Juan de Austria II—con sólida cultura renacentista—aspiraba, nada menos, que a revivir la "gloria del héroe antiguo". Despertó un gran interés su figura y fué rodeada de una aureola prestigiosa, tanto en España como en el extranjero. Sirva de

⁴² *Carta a Francesco Benzi, Como.*—Milán, 29 de marzo de 1660.

ejemplo el elogio de Baltasar Gracián⁴³. Se esperaba de su actuación política la “restauración de la Monarquía”, en trance de muerte. Atmósfera deslumbradora y esperanzada. Fabro soñó con ingresar en aquel círculo prometedor.

Fabro, por entonces, tenía cuarenta años. Las circunstancias políticas habían cambiado radicalmente. Por el Tratado de los Pirineos (1659), Milán dejaba de estar bajo la Corona española. El pueblo celebró la noticia con alegría explosiva y agresiva. El conde de Fuensaldaña abandona la bellísima ciudad el 18 de abril de 1661, y, con él, algunos españoles de la administración real.

Fabro, escorado en una Italia inquieta, no tiene porvenir cierto. Supone que la mejor y más prudente solución sería entrar al servicio de Juan de Austria. Se conocía bien y tenía seguridad en sus habilidades y conocimientos. Decide, por fin, entrar en el difícil y peligroso juego de los intereses y ambiciones del Infante.

Se ha especulado sobre el momento y ocasión en que Fabro conoció al de Austria. Nuestra opinión es que el conocimiento—anterior—fué superficial, tanto en Milán como en Flandes. La suposición negativa se basa en algo muy significativo. Cuando Alejandro Perlasca envía a Fabro, para su censura, un “fragmento de la Historia del Serenísimo Señor Don Juan de Aus-

⁴³ *El Criticón*. Ed. Cejador.—Madrid, 1913, pág. 197. Merece la pena dar a conocer este texto, por lo que representa y por las esperanzas puestas en una nueva política de España, en aquellos momentos: “Al Serenísimo Señor Don Juan de Austria.—Serenísimo Señor: Arco vistoso y bienvisto el que tantas tempestades serena, brillante rayo del planeta cuarto y rayo ardiente de la guerra. Hoy en emulación de las acerradas hojas de Belona, siempre augustas, siempre victoriosas, en la hercúlea mano de V. A. llegan a tan florecientes plantas estas de Minerva, prometiéndose eternidades de seguridad a sombra de tan inmortal plausible lucimiento. De hojas a hojas va la competencia y no extraña, pues con igual felicidad suelen alternarse las fatigas de Palas valiente y las delicias de Palas estudiosa, y más en un César novel, gloria de Austria y blasón de España. La edad, señor varonil, mal delineada en estos borrones, bien ideada en los aciertos de la anciana juventud de V. A., vincula su patrocinio en quien toda la Monarquía Católica, su desempeño, inaugurando que quien, cuando había de ser joven, será un jayán del valor, un héroe de la virtud y un fénix de la fama.—B. L. P. de V. A. Lorenzo Gracián.”

tria”⁴⁴, no encontramos, en la carta con que Fabro agradece el envío del manuscrito, una palabra encomiástica o aduladora hacia el Infante. Frialdad que parece significativa, o, dicho de otra manera, que el de Austria no era, entonces, el blanco de sus recónditas apetencias. Fabro se jactaba de tener “muchos y buenos valedores”, los cuales allanarían el camino de su ambición. ¿Cuándo vino a España? Existe un débil indicio para sospechar que fué ya avanzado el año 1661. A principios de 1660 ya tenía un vago proyecto: “es sopra tutto nell'apparenza del viaggio che douró forse fare la prossima Primavera, per terra verso Spagna”⁴⁵. La fecha de la aprobación de las *Letteres* es de 4 de julio de 1660, y la estampación se realiza en el verano de 1661. Parece lógico pensar, dado el carácter de su autor, que desearía saborear el éxito social de su libro, que, efectivamente, lo tuvo.

Para nosotros, los primeros tiempos de su estancia en España—1661-1665— es una hoja en blanco. Hambre, miseria e incertidumbre: “desesperándome del todo la cortedad de mis méritos y el de ser de tan poco provecho en el Real Servicio de V. A. Supuesto lo cual, y el pensar que Dios y la conciencia me han de obligar en breve a privarme de la mayor honra, y más conforme a mi inclinación, que puedo tener en el mundo, para volver a asistir a mis obligaciones después de seis años de ausencia, y correr la fortuna que yo pudiere: me saca lágrimas de sangre”⁴⁶. Dramatismo no simulado. El de Austria difiere el cumplimiento de sus promesas. Las urgencias vitales y la necesidad cercan al pobre Fabro. Las luminosas ilusiones se desvanecen: ya no es el escritor considerado en Milán por todos.

Le encontramos en Extremadura, en 1665. ¿Qué misión tenía en aquella tierra en guerra? No lo acertamos a explicar. Fabro quería desligarse del compromiso adquirido con el Infante. “Oyó

⁴⁴ *Carta a Alejandro Perlasca*, s. f.

⁴⁵ *Carta al Duque de Navaglies, Par de Francia*.—Milán, 20 de febrero de 1660.

⁴⁶ *Carta a Juan de Austria*, s. f. Véanse otros textos, del mismo estilo, publicados por PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, pág. 47.

—[el marqués de Caracena]— mis razones tocante a mi jornada en Italia, y aunque lo tenía dispuesto diferentemente, vino en que le persuadió ser de mayor conveniencia mía, que es acudir a mi familia. Toquéle lo de Alemania, para lo que me ofreció su apoyo, aprobando la traça”⁴⁷. Hizo otras gestiones. En aquellos días —abatido y amargado— pensaba buscar alivio a su real necesidad en Europa.

No llegó a realizarse la ruptura. El Infante le tranquilizó y le dió ciertas seguridades. Desconocemos las palabras apaciguadoras; mas la generosidad del de Austria era muy corta. Encontramos a Fabro en Madrid en noviembre de 1665. Juan de Austria le propuso que sirviese una de sus secretarías y que escribiese un libro sobre su vida. Encargo, éste, que era un honor inapreciable y una íntima satisfacción. Mucho más sabiendo que idéntico encargo se le había hecho al famoso cronista José Pellicer Ossau y que su trabajo no había sido admitido⁴⁸.

Meses de agobiante prisa: Madrid y Consuegra en busca de materiales auténticos. El trabajo es incesante. Inicia la redacción de las “Décadas de S. A.”. Desde este instante, Fabro se convierte en el fiel satélite de Juan de Austria. Juntos convivieron los duros y azarosos años, que terminan cuando el Infante fué nombrado Virrey y Vicario general del Reino de Aragón (1669).

En Zaragoza se muda la estrella de Francisco Fabro de Bremondans. Halla la paz, el reposo y la seguridad de su hogar. Zaragoza le sonríe, acogedora y liberal. Casa a su hija Isabel Juana con el doctor Ignacio de Licergárate, con lucimiento⁴⁹. Pero lo verdaderamente importante es que se desenvuelve en ambiente intelectual selectísimo y grato. Anuda amistades verda-

⁴⁷ *Carta al Obispo de Negria*, 30 de mayo de 1665. Publicada por VARELA HERVÍAS: *Op. cit.*, pág. XLI.

⁴⁸ *Carta de Pellicer Ossau a Diego Dormer*.—Madrid, 13 de enero de 1674

⁴⁹ Archivo Notarial de Zaragoza. Escribano, Braulio Villanueva, fols. 478-484. Entre los testigos aparece Juan Vicencio de Lastanosa.

deras e invariables: Lázaro Romeo, Lupericio Antonio Molina, Diego Vicencio Vidania, Domingo de la Ripa, Luis Porter Casanate, Andrés de Uztarroz... Trabaja incesantemente. De vez en vez realiza viajes confidenciales a Madrid. Su diaria ocupación es ordenar la multitud de copias de los documentos procedentes de los archivos de Madrid, Consuegra y Nápoles, para enjaretar la biografía de Juan de Austria. Tarea difícil y compleja: "no es la menor —[dificultad]— escribir los sucesos más propios de nuestras patrias y de nuestros tiempos, sin embargo, de que las novedades trate consigo el curso de las noticias más caudalosas, y parece mejor se pueda pintar de vista que de memoria" ⁵⁰. Termina el manuscrito, y, en 1673, su entrañable amigo Diego Dormer imprime elegantísimamente la obra en Zaragoza.

Sólo fué publicada la primera parte. Pensaban el patrón y autor continuar la obra; pero la muerte de Juan de Austria, ocurrida en 1679, interrumpió el trabajo, quedando algunas partes hechas en manuscrito listo para la impresión.

Zaragoza tiene una tradición gaceteril muy antigua y muy amplia. Era el "centro de donde salían las líneas de la novedad a la circunferencia" ⁵¹. Fabro publica aquí su primer periódico, titulado *Avisos Ordinarios / de las cosas del Norte*, en la imprenta de Diego Dormer ⁵².

Es preciso detenernos unos minutos. Juan Vicencio de Lastanosa era persona de gustos delicados ⁵³. Invita a Fabro a contemplar y a examinar sus colecciones. "Tuve la honra de ser convidado de Vm. a juzgar de los regalos de su casa de Huesca, y las curiosidades exquisitas y preciosas de su copiosísimo mu-

⁵⁰ BIBL. NAC. Sec. mss. núm. 2.378, fol. 45.

⁵¹ *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXVIII, pág. 15.

⁵² Véase el índice de los números publicados en VARELA HERVÍAS: *Op. cit.*, pág. LXXIV.

⁵³ DEL ARCO, R.: *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*. Madrid, 1934.

seo”⁵⁴. De pronto, surgen viejos recuerdos de su juventud. Sí, Fabro también amó a esas antiguallas... Habla ante un círculo de eruditos, sus palabras produjeron una profunda impresión: “donde se manifiesta mayor expresión al estudio de las más recóndita y venerable antigüedad”⁵⁵. Fabro identificó aquel tesoro “de medallas desconocidas” como procedente de la gran familia celta, y sus derivaciones celtibéricas regionales. Novedad científica importantísima. Juan Vicencio de Lastanosa le invitó a que escribiera un discurso recogiendo sus conclusiones arqueológicas y numismáticas.

Durante la estancia en Zaragoza preparó varios tratados. Algunos se han perdido, de otros quedan fragmentos de los manuscritos. He aquí la lista de los títulos:

1. *Décadas de la vida de su Alteza Don Juan de Austria.*
2. *Disertación de las medallas antiguas españolas del museo de Don Juan Vicencio de Lastanosa.*
3. *Historia de la parte del reinado de Felipe IV y biografía de Don Luis Benavides, Marqués de Caracena.*
4. *Historia de las revoluciones de Navarra.*
5. *Descripción florida de Aranjuez.*

El Infante envía a Fabro a Madrid en 1676. Se ocupa de los negocios diplomáticos de su patrón: “Protéstote—le dice a Dormer⁵⁶—, no me han dejado las cartas de Flandes un momento libre, por lo mucho que había de descifrar, y no será poco

⁵⁴ Sobre este tema y la edición del texto de Fabro, véase: VARELA HERVÍAS: *Disertación sobre las medallas antiguas españolas del Museo de Don Vicencio Juan de Lastanosa, a cuya petición la escribió Don Francisco Fabro.*—*Numerario Hispánico.* Madrid, 1960, t. IX, págs. 199-212.

⁵⁵ *Copia / de una carta del Doctor Diego Vicencio / de Vidania. Ciudadano de Huesca / Retor Cathedrático de Digesto Viejo y Códigos en su Universidad.* S. l., s. i. (Huesca, 20 de mayo de 1681).

⁵⁶ El interesante epistolario de Fabro, que existe en la Biblioteca Nacional, está en este momento en impresión. La edición la hace María del Pilar Lamarque, Archivera-Bibliotecaria. Todas las referencias a las cartas deben buscarse en esa publicación.

lo que habrá de cifrar en sus respuestas”⁵⁷. Los “austriacos” esperaban pronto acontecimientos sensacionales. Inesperadamente, Carlos II manda llamar a Juan de Austria y le encarga el gobierno (14 de enero de 1667). Danza de ceses y de nombramientos. Desbordada alegría popular. En el mes de marzo empieza a actuar el Infante.

Fabro está atento al compás. Es su momento. Con habilidad, astucia y cautela prepara el camino—o los caminos—para el logro de sus ardientes deseos. No hace la gestión personalmente, sino que se cubre con la respetabilidad del secretario Pedro de Coloma, que presenta el memorial. Todo va bien. “Sólo se dilata el darme posesión para ver la forma de acomodar, a un tiempo, a D. Juan de Alegría y a mí: lo qual cada hora estoy esperando. Esto es, amigo mío, lo que asta aora me passa, y mediante Dios y salud, confío no empeoraré, porque tengo (a más del principal) otros muchos y poderosos valedores”⁵⁸.

El éxito ya está cerca. “La consulta de mi nuevo empleo en la Secretaría de Estado del Norte subió, y juzgo havrá bajado ya favorablemente, según todas las premisas que se han anticipado en este último passo”⁵⁹. Recibe el empleo y el título de Secretario, intérprete de lengua latina, en la Secretaría de Estado del Norte—*ad honorem*—el 31 de diciembre de 1678. Su ardiente ambición quedó satisfecha y cumplida.

Abre casa, ordena sus papeles en el estudio nuevo. Se encuentra seguro y honrado. Recibe una enorme satisfacción: le han nombrado cronista en la jornada real de Zaragoza, cuando Carlos II fué a jurar los Fueros de Aragón. La alegría es sólo por el honor, porque, desgraciadamente, no percibirá ayuda de costas.

Rápidamente se introduce en la vida social y política de la Villa. Continúa trabajando en la biografía de Juan de Austria.

⁵⁷ *Carta a Diego Dormer*.—Madrid, 20 de octubre de 1676.

⁵⁸ *Ibidem*.—Madrid, 15 de marzo de 1677.

⁵⁹ *Ibidem*.—Madrid, 3 de abril de 1677.

De Cataluña le piden que termine las “adiciones” prometidas. Se asocia con el librero Gabriel de León para llevar a cabo las tareas literarias proyectadas.

Entre estos proyectos, hay uno sumamente interesante: “también se harán avisos”⁶⁰. Esto lo dice en marzo de 1677. Tiene prisa—Fabro tuvo siempre la angustia de la premura—porque sabe “que a los sucesos del tiempo no es fácil tomalle el pulso”⁶¹. El 4 de julio aparece la *Gazeta Ordinaria de Madrid*. Compone un “periódico” notable. El tenía la constante preocupación de “distinguir lo creíble de lo finjido”⁶². Sus papeles—en la medida de lo posible en aquella Prensa incipiente—son serios, veraces y ponderados. Se ha citado—por el excelente Pérez de Guzmán—un texto satírico en que se alude al nombramiento de Fabro como “gacetero” oficial⁶³. Ni el título ni la provisión original se han encontrado.

La *Gazeta Ordinaria de Madrid* se publicó regularmente desde 1677 hasta 1680, en que fué suspendida—como todas las otras gacetas—por orden del Consejo de Castilla.

Fabro Bremundans prepara la edición del *Viaje*, que aparece en 1680. Dedicar su tiempo—el que le deja la Secretaría—al cultivo de amistades distinguidas. Muchos de sus amigos habían roto el tradicional aislamiento intelectual, lo que llama Ortega y Gasset “tibetanismo”. Las nuevas ideas venidas de Europa son recibidas con calor y simpatía. Se leen libros y periódicos franceses e italianos en círculos herméticos. Uno de ellos fué la

⁶⁰ *Carta a Diego Dormer*.—Madrid, 15 de marzo de 1677.

⁶¹ PEDRO DE ARGAYÓN: *Gazeta de Zaragoza*, 24 de diciembre de 1696.

⁶² En las numerosas notas que Fabro insertó, para justificar la exactitud de sus informaciones, en las *Nuevas singulares concernientes a la sola Guerra Sagrada contra los turcos* y en las *Noticias Ordinarias del Norte...*, nos descubre esa constante preocupación.

⁶³ PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, pág. 53.—Aunque este autor no dió la referencia de dónde había adquirido el dato, podemos identificar la fuente: “*Diario de Noticias*” de 1667-1678. *Décima sexta parte de las misceláneas, y papeles varios, curiosos y manuscritos de Don Juan Antonio Valencia Idiáquez*.—*Col. de Docs. inéditos para la Historia de España*, t. LXVII, pág. 120.

casa del gran marqués de Agrópolis. En ella conoció Fabro a Alfonso Silíceo, Bartolomé de Ocampo, Nicolás Antonio... Por otro lado, cultivó asiduamente la amistad con graves religiosos: fray Antonio de Fuentemayor, fray Manuel Guerra, fray Juan Sosa Correa, y los eruditos clérigos: Castillo Solórzano, Xavier de Fresneda, Ventimiglia, Cortés Ossorio...

Aquellos aires venidos de Europa, enamoraban a Fabro, y proyecta encontrar un eco al movimiento intelectual español. Intelectuales aislados y sin más relación que la epistolar. Lanza la idea de publicar en Madrid una "revista sabia", como en París, Roma, Londres y Leipzig: *Los Mercurios literarios españoles*, 1681. "Que ahora ha de imprimir, acreditan el ingenio y estudio del autor y serán el honor y el aplauso de España" ⁶⁴. Conocemos exactamente el plan, la organización y el sentido literario de la publicación ⁶⁵. Tan noble e interesante iniciativa no llegó a cuajar. ¡Lástima grande!

En este año de 1681 ó 1682, publica una relación sobre las festividades, actos y ceremonias de la colocación de la primera piedra de la nueva Basílica de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza ⁶⁶.

En abril de 1683 levántase la prohibición de publicar periódicos. Un nuevo horizonte se abre. Las circunstancias políticas de Europa, a partir de 1683, habían cambiado fundamentalmente. La sublevación de Emérico Tekeli ⁶⁷ en Hungría, la situación de Austria ante el formidable avance de los otomanos hacia Viena,

⁶⁴ Vid. VIDANIA: *Op. cit.*

⁶⁵ Véase la citada correspondencia de Fabro con Diego Dormer.

⁶⁶ *Relación de la festiva celebridad con que se colocó la primera piedra de la nueva y más sumptuosa Fábrica del Santo Templo de Nuestra Señora del Pilar*. Zaragoza, por los Herederos de Agustín Vergés, 1681. Fabro utilizó muchas noticias que él conocía muy bien, porque fué Juan de Austria el que tuvo la iniciativa de construir un templo majestuoso en donde albergar a la Virgen del Pilar.

⁶⁷ El odio que despertó Tekeli se refleja claramente en las gacetas. "Esto sirva de un breve epílogo de la vida de ese maldito y sacrílego hombre Emérico Tekeli..." *Compendio de la vida de Emérico Tekeli, Cabeça de los Rebeldes y confederados con los Turcos en Ungría. Escrito, primero, en Ungría Alemana y después traducido en Italiano. Y aora puesto en nuestro Idioma castellano por Don Pedro González de*

la intervención de Polonia, Venecia y de la Santa Sede, la ambigua y sospechosa actitud de Luis XIV; todo ello produjo una tensión emocional hondísima en Europa. El pánico fué universal. Momento propicio —porque la ansiedad era enorme— para publicar millares de avisos sobre las incidencias de la lucha ⁶⁸.

Fabro Bremundans era el único escritor español que podía dirigir y redactar un periódico dedicado a temas tan difíciles, contradictorios y oscuros. El, por su educación política europea y por el conocimiento —en parte— de los actores y de los escenarios de la contienda, podía interpretar con tino y responsabilidad las confusas informaciones. A comienzos de enero de 1684 aparece las *Nuevas Singulares concernientes a la sola Guerra Sagrada contra turcos, separadas de propósito de las Generales de Europa, que se publicarán aparte* ⁶⁹. Durante muy poco tiempo se editaron separadas; pero pronto se fundieron en un mismo cuerpo. Este título cambia con frecuencia hasta 1686, que tendrá por cabecera *Noticias generales de las cosas del Norte*. Creemos que terminó su publicación en el año 1696 ⁷⁰.

El redactor literario se asocia con Sebastián de Armendáriz, librero, para llevar a cabo su empresa. Fabro trabajó intensamente. Reunió una ingente información impresa. No sólo se ocupó de los sucesos de la guerra contra los otomanos, sino que, también, publicó informaciones españolas, especialmente sobre la guerra de Cataluña, basadas en documentos oficiales reservados. El periódico alcanzó una gran autoridad y tuvo una amplia tirada, siendo reproducidos sus números —en parte— en otras

Godoy, Oficial mayor de la Secretaría de Lenguas...—En Madrid, en la Imprenta Real, por Mateo de Llano, 1684.

⁶⁸ Deben tenerse en cuenta las importantes bibliografías de APPONY, CONDE DE: *Hungarica. Ungar betreffende ira Auslande gedruckte Bücher und Flugschriften gesammelt und beschrieben von Graf. A. Apponyi.*—München, 1903, 1927-1928, y KABDEBO, H.: *Bibliographie zur Geschichte der beiden Türkenbelagerungen Wiens, 1529 und 1683.* Wien, 1873. Y el importante estudio de conjunto y conocimiento de las fuentes: KLOPF, O.: *Türkische Urkunde den Krieg des Jahres, 1683 bebreffend.*—Wien, 1888.

⁶⁹ Las primeras semanas de la publicación —anterior a la nueva orientación del periódico— de finales de 1683 se llamaba *Noticias generales de Europa*.

⁷⁰ VARELA HERVIÁS: *Op. cit.*

gacetas provinciales. Al mismo tiempo que atendía al quehacer diario, preparó la traducción de un anónimo *Ragguaglio Histórico*, 1683⁷¹. No fué su trabajo el de mero traductor, añadió partes importantes y corrigió los errores del texto original⁷². Publicó, además, otra traducción referente al mismo tema⁷³. Después de publicar el primer tomo del *Floro histórico*, desarrolló la idea y el programa inicial en cuatro volúmenes más⁷⁴. Esta dilatada obra es una rica y valiosa enciclopedia de todos los sucesos que se produjeron en la contienda y una amplia galería de retratos—literarios—de los actores principales. El valor original y distintivo de esta obra estriba en que gran parte se valió Fabro de fuentes diplomáticas españolas⁷⁵.

La vida íntima de Fabro se nubla y entristece: muere María de Carrara, en Madrid. No podemos precisar cuándo. Pero en 1688 se casó de nuevo—y por poderes—con María Montiel de Noguerol, natural de Alcaraz⁷⁶. Una tardía ilusión enciende

⁷¹ Fabro menciona expresamente la fuente de que se valió; pero nunca había sido identificada bibliográficamente. Se trata del *Ragguaglio historico della guerra trà l'Armí Casaree e Ottomane dal principio della Rebellione degl'Ungari sino l'anno corrente 1683. E principalmente dell'Assedio di Vienna e su liberazioni... Dedicato agl'Illustriss. Sig. Conuittori di Nazione Alemana nel Collegio de' Nobili di Parma. In Venetia et in Parma per gli Heredi del Vigna. M. DC. LXXXIII.*

⁷² Fabro declara en el prólogo de su obra: "Amplificando desde la marcha de los Ejércitos de la Liga Sagrada, la vuelta de Barkan (en que le dejó su primer Autor Anonymo) hasta la toma de Zetchim, y total conclusión de tan heroyca campaña, en los Cuarteles de Invierno."

⁷³ FABRO DE NOVI: *Gouierno de los turcos, máximas y artes violentas con que se mantiene y se destruye.—Tradujo Don Francisco Fabro Bremundan, esta Obra, del Italiano en Castellano, y le añadió la refección del acierto con que el Autor pronosticó el actual abatimiento del orgullo italiano.—Madrid, 1693.*

⁷⁴ *Floro histórico de la Guerra movida por el Sultán de los Turcos Mehemet IV contra el Augustissimo Leopoldo Primero.—El año M. DC. LXXXIII. Traducido del Italiano en Castellano, y añadido de los sucesos posteriores a la liberación de Viena. Por Francisco Fabro Bremundan.—Madrid, 1684.—Publicó cuatro tomos más: 1686, 1687, 1688 y 1690. Existe una edición coetánea de Barcelona.*

⁷⁵ "Der Verfasser scheint nach den besten Quellen und meistens nach Berichten der im kais. Heere dienenden Spanier geschrieben zu haben." APPONY: *Hungarica*, t. II, pág. 195.

⁷⁶ Carta de dote y arras de Don Francisco Fabro y Doña María Montiel.—Archivo de Protocolos, Madrid, 10 de noviembre de 1688.

a su ánimo. Tiene hijos. Ascende en su carrera hasta alcanzar la Presidencia del Consejo de Hacienda ⁷⁷. Posición brillante, pero engañosa y de poca sustancia. Desde 1690 estaba enfermo y adolecido ⁷⁸. Lenta, lentísimamente, desfallece en la miseria y en la tristeza ⁷⁹.

Don Francisco está en su estudio. Estancia pobrísima, desnuda, sin una alhaja; sólo libros, muchos libros y folios de pruebas. Una aceda melancolía invade su decaído espíritu. Los ojos —águas húmedas y tristes— contemplan tanta miseria y decadencia. Piensa, dolorido. Le acongoja el porvenir de sus hijos menores, tan incierto. En su testamento ha incluido una cláusula insólita y tierna: “Se pondrá todo cuidado en su educación y enseñanza.”

Si hemos querido conocer de cerca —y por dentro— a este hombre singular, ha sido porque despertó en nosotros una viva y cálida simpatía. En él vemos —claro espejo— la tragedia íntima y desgarradora de los gaceteros y periodistas que, teniendo una vida interior jugosa y talento original, perecen ante la indiferencia, o el disimulado desdén. Tuvieron —y tienen— un alto espíritu y una sensibilidad acendrada. Son anulados y constreñidos por la tremenda y agotadora servidumbre que imponen los artículos diarios. Fragmentos de ideas resplandecientes, originales; piezas descabaladas de una obra soñada y jamás conseguida en su plenitud e integridad: es lo que queda, perdido, en las páginas de los periódicos.

Servidumbre y grandeza admirables.

⁷⁷ Véase el testamento ya citado. Aunque su nombre no aparece en las nóminas de presidentes del citado Consejo.

⁷⁸ “Se halla enfermo y con mucha necesidad... Le hago merced por esta vez para ayuda de su curación.” Ayuda de la reina Mariana de Austria.—Madrid, 18 de noviembre de 1690. Documento publicado por PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, pág. 60.

⁷⁹ VARELA HERVÍAS: *Op. cit.*, pág. CVIII. Orden de Carlos II, 11 de septiembre de 1698, por la cual se ordena el pago de atrasos que se debían a Fabro y su entrega a María Montiel: “Don Francisco Fabro, que se hallaua con las obligaciones de mujer y cuatro hijos de poca edad sin que tener de qué alimentarse.” Fabro murió el 12 de enero de 1698.

HISTORIAS DE PERIODICOS AL FILO DE UN CINCUENTENARIO

Por JOSE ALTABELLA

Para una España de 21.282.960 habitantes había 2.289 publicaciones periódicas, 290 de ellas diarias, y todas de muy diverso carácter y de opuestas aspiraciones, de diferente importancia e interés. Las estadísticas oficiales de aquella época, habiéndose comprobado que la declaración de la tirada por número y unidad se falseó en evaluaciones anteriores, no ofrecen cifras en este aspecto. Sin embargo, la apreciación cuantitativa de la difusión de los periódicos es obtenida, a la sazón, por un medio indirecto, como es la recaudación por el franqueo concertado. De los 2.268 periódicos, 560 se acogían al timbre de franqueo, cuya recaudación total en España ascendía a 195.660,81 pesetas. La clasificación de aquellos periódicos por materias era así: políticos, 339; religiosos, 339; de información no especializada, 283; de fomento y defensa de intereses de clases y profesiones, 153; de bellas artes, bibliografía y literatura, 137; de Acción Social Católica, 129; de Administración, 127; de Ciencias Médicas, 123; de recreos, deportes y espectáculos, 123; de instrucción pública, pedagogía y educación, 78; de Comercio y Navegación, 77; de otros asuntos, 423. Atendiendo a su orientación, más o menos acentuada, los periódicos políticos —no incluyendo los regionalistas— podían

subclasificarse en esta forma: católicos, 50; conservadores, 32; integristas, 9; tradicionalistas, 16; comunistas y sindicalistas, 19; liberales, 59; reformistas, 2; republicanos, 57, y socialistas, 41. En aquella fecha el 53,16 por 100 de la población española era analfabeta.

Respecto a antigüedad había un diario que procedía —aunque no surgiese como cotidiano— del siglo xvii, la *Gaceta de Madrid*, fundada en 1661, y sagazmente estudiada en sus primeros pasos por don Eulogio Varela Hervías, y otro del siglo xviii, el *Diario de Barcelona*, fundado en 1792, y cuya colección se conserva actualmente, completa, en la Hemeroteca Municipal de Madrid, pregonando el decanato de la Prensa diaria informativa española.

Por lo que se refiere a la capital de España, contaba ésta 608.793 habitantes, y en 1920 publicaba 570 periódicos; 42 de ellos eran diarios; cinco, trisemanales; cuatro, bisemanales; 95, semanales; 35, decenales; 95, quincenales; 205, mensuales; 32, trimestrales; uno, ocasional, y 58, de otras periodicidades. Las 570 publicaciones periódicas madrileñas ofrecían un porcentaje de 1.085 habitantes por periódico; en relación con las demás capitales españolas, su número de orden en cuanto a densidad era de seis, y en relación con las demás provincias ocupaba el número uno. La recaudación por concepto de franqueo concertado de la Prensa madrileña ascendía a 46.940,03 pesetas anuales. A la sazón, el 26,92 por 100 de la población madrileña era analfabeta.

Después de saber cuántos eran aquellos periódicos, veamos ahora cuáles eran los más importantes, y hablemos de ellos y de sus hombres, limitando nuestra referencia, exactamente, hasta el año en que se inaugura la Hemeroteca Municipal de Madrid, es decir, el día 18 de octubre de 1918. Es un valladar que me he impuesto yo mismo, por razones de tiempo y en gracia a quienes tienen la atención de escucharme. Por otra parte, la fecha es muy significativa en la historia del periodismo español, precisamente por ser la Hemeroteca Municipal de Madrid la primera biblioteca del mundo que empezó a guardar solamente periódicos.

No es esto una vanagloria patrioter, ni un ditirambo de ocasión, sino el juicio del gran bibliógrafo francés René Billoux, quien, en su *Encyclopédie Chronologique des Arts Graphiques*, publicada en París en 1940, en la página 49 afirma textualmente: "La Hemeroteca Municipal ou Bibliothèque de journaux de Madrid est le seul établissement du monde réservé exclusivement aux journaux et périodiques."

Respecto a la centralización del tema, quiero precisar más. Llevaré la evocación de aquellos periódicos sólo hasta el momento en que les da la bienvenida la Hemeroteca Municipal, aunque cite o refiera algunos detalles posteriores. Y sólo hablaré de los periódicos que aparecían en Madrid en el momento de inaugurarse aquélla, recordándolos por riguroso orden de antigüedad.

En primer lugar estaba *La Epoca* (1849-1936), diario conservador, aristocrático, propiedad, entonces, del segundo marqués de Valdeiglesias, don Alfredo Escobar y Ramírez, y dirigido a la sazón por éste, con una carga de tradición enarbolada por brillantes campañas políticas: la del primer Gobierno de la Unión Liberal, que comprendió la guerra de Africa, las luchas de la Revolución septembrina y de la Restauración, de 1868 a 1875; la que da cuerpo a esta última, donde destacan las plumas de Juan Pérez de Guzmán, José Fernández Bremón, Arcadio Roda y José Brisso; la etapa del reinado de Don Alfonso XII, la Regencia de Doña María Cristina y el reinado de Don Alfonso XIII. Desde los días de Joaquín Maldonado Macanaz y Jerónimo Becker a los de Mariano Marfil y Salvador Canals, las páginas de aquel periódico que entraba en palacios, salones y Embajadas, portado en bandejas de plata, en ese año de 1918, esculpe, más que imprime, unos 15.000 ejemplares, confeccionados con prosapia y distinción. En las radicalizadas polémicas del tiempo, alúdenla a veces como la "vieja cotorrón". Falta muy poco para que un crítico literario, Gómez de Baquero (*Andrenio*), al pasar a *El Sol*, sea sustituido por un joven granadino que se doctora en Derecho ese año y se trae en la ilusión

moza la esperanza de escribir la historia política contemporánea de España: Melchor Fernández Almagro.

Viene después otro periódico antiguo: *El Diario Español* (1852-1933), fundado como órgano de la Unión Liberal por Manuel Rancés y Villanueva, más tarde marqués de Casa Laiglesia. Luego lo dirigirán Mauricio y Dionisio López Roberts, y entre sus redactores figurarán Alvarez Bugallal, Lorenzana, Suárez Inclán y tantos otros. Fué asimismo un eficaz órgano conservador. En sus últimos tiempos lo dirigió Salvador Almer d'Ocon, y en el año 1918 se hallaba en manos de Adolfo Useletí de Ponte. Tuvo este periódico una etapa espléndida, durante la cual escribieron en él los editoriales Maldonado Macanaz, Botella, los condes de Coello y de la Romera, y, sobre todo, cuando Juan Alvarez de Lorenzana publicó sus memorables fondos titulados "Misterios" y "Meditemos". Adentrándonos por los senderos de la anécdota, recordaremos aquí la contestación de Lorenzana a su paisano y compañero José María Albuerne. Felicítala éste al primero, encomiándole el alcance trascendental de sus artículos de fondo, los cuales, sin duda, tuvieron decisiva influencia en los días precursores de la revolución de 1868: "¡Vamos, hombre, ya estarás contento!—díjole Albuerne a Lorenzana—. Con tus artículos has derribado al Gobierno." A lo que el célebre periodista asturiano replicó, con la mayor sencillez: "Los periodistas no tenemos fuerza para derribar a los gobiernos; si acaso, nos limitamos a advertirles que se van a caer ellos solos."

Casi tan veterana como *La Epoca* fué *La Correspondencia de España* (1848-1925), pero por su aspecto popular y apolítico—"Diario universal de noticias y eco imparcial de la opinión"—se subtituló durante muchos años—representaba la gaceta que estaba a bien con todos los gobiernos y acostaba tranquila a los españoles con su "gorro de dormir". Fué la primera intuición del periodismo de empresa y el primer ejemplo inicial de un fabuloso negocio periodístico, debido a la iniciativa del sevillano enmadrileñizado Manuel María de Santa Ana, primer marqués

de Santa Ana. Fué éste el Gordon Bennett y el Girardin español, e introdujo entre nosotros el reporterismo, los vendedores callejeros y la publicidad moderna. Fué el primer periódico español que poseyó un palacio para la noticia —el palacio de Abrantes, al final de la calle Mayor, muy recientemente estudiado por José del Corral—, y en sus últimas jornadas Leopoldo Romeo trataba de defender, como un baluarte cuarteado por disensiones familiares, el eco moribundo de su pasada influencia noticieril: pocos años después ya no se oiría el grito apocopado de “*La Corres*” por las calles...

El Imparcial (1867-1933) fué al nacer un diario demócrata independiente, surgido en el caldo de cultivo que precedió a la Revolución septembrina —¡aquellos artículos de José Echegaray y aquellas defensas de Cristino Martos!— para ir recogiendo velas de un templado liberalismo. Lo puso en marcha el institucionalista Eduardo Gasset y Artime, y su hijo Rafael Gasset lo convirtió en violín —a petición de Silvela— para su precursora y olvidada política hidráulica, de acento costista. Durante la Regencia fué el periódico más influyente de su tiempo, y sus famosos *Lunes* constituyeron el depósito literario volandero más calificado, antesala rigurosa de la Real Academia: *Fernanflor*, Ortega y Munilla, Mellado, Juan Valera, *Azorín*, Cavia... Los compromisos con el Poder fueron su ruina, y la fecha de su gran crisis se inició exactamente al celebrar el cincuentenario, cuando todo, exteriormente, con casa nueva en la calle del Duque de Alba, presagiaba una aparente resurrección. El año 1917 se desgajó de su redacción un núcleo importante de sus miembros, proa a una nueva singladura: *El Sol*, del que hablaremos en su momento. El año 1918 era director del periódico el nieto del fundador, don Ricardo Gasset Alzugaray. Con él entró esa tercera generación periodística, tan variopinta de criterios como compleja de ensamblar en la diversidad de los miembros familiares, ante el espejo de esa ley inexorable que exige renovarse o morir...

Un periódico sin relieve histórico, nacido en el mismo año que *El Imparcial*, fué el *Diario de la Marina* (1867-1931), homónimo del que, con el mismo título, llegó a centenario en La Habana. Sufrió guadianas de apariciones y desapariciones. Durante unos años fué demócrata independiente, y durante otros, defensor de las Marinas de Guerra y Mercante y de las industrias que se relacionan con la navegación. Entre sus directores tuvo, en diferentes fechas, a J. Torrijos, al marino Pedro Novo Colson y a Alfonso Grijalba. Sospechamos que hacia el año 1918 era una sencilla hoja volandera, que sólo aparecía de cuando en cuando, de riguroso incógnito, a la brisa de muy febles apoyos económicos.

Sombra espléndida de un ayer victorioso fué *El Globo* (1875-1930), primitiva caja de resonancia del Castelar posibilista, quien encontró en Alfredo Vicenti a un poeta capaz de hacer de Atlante con la pesada carga, y más tarde, bajo la égida de Romanones, disponiendo de directores como José Francos Rodríguez y Baldomero Argente, al soplo de los vientos del poder, abrasaría de inquietudes el aliento juvenil de dos hombres del 98: Baroja y *Azorín*. Memorables fueron las críticas de sus sermones en Semana Santa, dentro de la línea anticlerical de aquellos años de efervescencia política. En sus últimos años estuvo dirigido por Magdaleno de Castro.

Antípoda en ideología, pero coetáneo de *El Globo*, fué *El Siglo Futuro* (1875-1936), diario tradicionalista fundado por don Cándido Nocedal y dirigido, más tarde, por su hijo Ramón, uno de los polemistas más apasionados del periodismo católico; su actitud de intransigencia político-religiosa le llevó al integrismo, surgido como una escisión del carlismo. Amantes como somos del periodismo, con sus grandezas y sus miserias, siempre nos dolerá, con tristeza, el comienzo de un editorial de don Cándido Nocedal, escrito en 1867, para presentar a *La Constancia*: "Bajamos con pesar a este charco de inmundicias que se llama Prensa..." A tal grado llegaron las polémicas periodísticas entre los católicos

españoles, que, en 1908, los editores de *El Siglo Futuro* ofrecieron disolver su partido, si así convenía a la Iglesia, y con este propósito fueron a consultar al Papa, hoy San Pío X, quien les contestó: "Eso, ¡de ninguna manera!; sería aguar el buen vino español." Eran tiempos aquellos en que la tesis de Sardá y Salvany, "El liberalismo es pecado", agotaba sus ediciones entre la masa religiosa española. Por eso, las izquierdas más intransigentes, cuando aludían a *El Siglo Futuro*, lo denostaban con expresiones como "la voz de la caverna" y "la cueva milenaria". Tras la dirección ejercida por don Ramón Nocedal, recogió aquella herencia de dogmatismos bizantinos el periodista Manuel Senante, quien, en la segunda etapa del diario, rodeado, hacia 1918, de Manuel Sánchez Asensio y su hijo Manuel Sánchez Cuesta (*Mirabal*), Marín del Campo, Yáñez, Fabio, Olazábal, logró hacer un diario tan apologético como minoritario.

A la pléyade de órganos de defensa de los intereses castrenses, tan abundantes desde la Restauración hasta el septenio del general Primo de Rivera, perteneció *La Correspondencia Militar* (1877-1932), subtítulo "Diario del Ejército y de la Armada", fundado y dirigido, en los primeros años, por Emilio Prieto Villarreal, culto militar, fervoroso de los ideales republicanos y fiel seguidor de Ruiz Zorrilla en el exilio. Años después, y con carácter liberal independiente, fué dirigido por Diego Fernández Arias, a quien sucedería últimamente Evaristo Romero y Correa, bajo la gerencia de Julio Amado. Lo precario de sus últimos años le obligaría a fusionarse, en 1928, con *El Ejército Español*.

Le llega el turno cronológico, aquí, a uno de los periódicos que mayor popularidad alcanzaron en su época. Nos referimos a *El Liberal* (1879-1939). De una escisión de *El Imparcial* surgió *El Liberal*, con redactores que deseaban un clima más radicalizado para sus páginas—Mariano Araus y *Fernanflor*, a la cabeza del grupo disidente—, hasta que, al paso de los años, encontraron la tónica de un republicanismo templado y la guía de don Miguel Moya, personalidad periodística que, en el orden

corporativo, fué el primer presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, y como tal, árbitro sereno de las contiendas y los problemas existentes entre la clase periodística. Y con frecuencia repetía Moya aquello de que “la Prensa es siempre pedestal donde otros colocan la estatua de sus triunfos, yunque en el que por su misericordia (su más grande pecado) martillean sin cesar, para hacer mucho ruido, todas las vanidades y todas las ambiciones”. En zaga de esa etapa direccional de Moya, llegarían luego, con los años del *trust* —que abarcaba *El Liberal*, *El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*, amén de los *Liberales* de provincias, *El Defensor de Granada* y *El Noroeste*, de Gijón— las plumas directoras de Alfredo Vicenti, Enrique Gómez Carrillo, Miguel Moya, Gastón de Iriarte, Eduardo Rosón... para continuar en pareja, poco después de 1918, con capital de los Busquets catalanes y teniendo como mentor a Amadeo Hurtado, *El Liberal* de la mañana y el *Heraldo de Madrid* por la tarde, bajo una nueva empresa administrada por Antonio Sacristán: Sociedad Editora Universal. Lejos quedaban ya las corresponsalías de Luis Morote, los cuentos de Nogales, las críticas musicales de Eduardo Muñoz, las crónicas de Pedro de Répide... Y en el Madrid bullanguero de la Gran Guerra, el grito de la vendedora de *El Liberal* —¿tal vez la Patro, novia del señor Venancio, el “periodista” que nos evocó con singular gracejo Antonio Díaz Cañabate—?:

Soy, señores, la chavala
que va vendiendo *El Liberal*,
porque tira muchos miles
y siempre gano buen jornal.
Traigo noticias de todos los países
y partes de la guerra
que causan sensación.
Gobierno en crisis,
el crimen de Granada,
los toros de esta tarde
y un robo en la estación.
El Liberal, información mundial.

La aparición de *El Socialista* (1886-1939), como semanario fundado por el jefe del Partido Socialista Obrero Español, Pablo Iglesias, representa la salida de la clase obrera marxista de la clandestinidad y la entrada en la legalidad del movimiento obrero que dicho partido defendía, merced a la apertura del Gobierno liberal de Sagasta, al inaugurar el primer turno de la Regencia. Los propios obreros, miembros, en su mayoría, de la Asociación General del Arte de Imprimir, actuaron de redactores en esa publicación, a las órdenes de Iglesias: Matías Gómez Latorre, García Quejido, Antonio Atienza de la Rosa, Juan José Morato... Allí nadie cobraba un céntimo, a excepción del director, entregado por entero a la organización de las huestes proletarias. Todo se hacía por el ideal... Algunos intelectuales asomaban su firma en aquellas páginas, como Jaime Vera, Eduardo Benot o Felipe Trigo. Una de las secciones más leídas de aquel órgano societario era "La semana burguesa", ariete defensor de la lucha de clases. Dado que el periódico era de carácter social, la divulgación de la doctrina estaba siempre subordinada a la información, y ésta, generalmente, apenas contaba. Desde la acera de enfrente —una acera muy ancha, en la cual cabían la Prensa conservadora, la republicana, e incluso la anticlerical—, las reuniones, los congresos y mítines socialistas recibían a la sazón la denominación de "los bufos rojos". Cuando el semanario fué ensanchando la plataforma de su audiencia, se convirtió en diario, en abril de 1913. Había recorrido varios talleres modestos hasta llegar, en 1916, a la imprenta Fortanet, en la calle de la Libertad, 29, donde, a la sazón, se tiraba *La Epoca*, órgano del partido conservador. Paradojas de una prensa económicamente subdesarrollada, que unía a todos en la materialidad física de su fabricación, y les separaba en la siembra ideológica de sus antagónicos lectores... Por aquel año de 1918, el órgano del partido socialista seguía estando dirigido por Pablo Iglesias; hacía los editoriales —auténticas consignas del partido— Francisco Núñez Tomás, y eran redactores y colaboradores Andrés Saborit, Daniel Anguiano,

Julián Besteiro, Fabra Ribas... Y por esos días, entre bastidores, íbase fraguando ya la escisión comunista...

El País (1887-1921) fué, en sus primeros años, un diario republicano progresista, propiedad, primeramente, de Antonio Catena, y después de su hijo Juan Catena; estuvo dirigido, sucesivamente, por Valentín Morán, Rafael Guinard de la Rosa, Alejandro Lerroux, Joaquín Dicenta, Ricardo Fuente y Roberto Castrovido. Durante muchos años, en sus viejos sofás, suspiraron por Ruiz Zorrilla "los nietos de Dantón". En el primer decenio de este siglo conociéronse allí Ricardo Fuente y Antonio Asenjo, y quizá el primero pensara en esos lares la creación de la Hemeroteca Municipal. Asenjo fué, en sus años mozos, ordenanza del periódico. Un día se produjo un incendio en el Rastro madrileño, y como no hubiera en ese momento ningún miembro de la redacción, Fuente sugirió a Antonio Asenjo que fuese él a hacer la información. Tan diestramente quedó el improvisado reportero de sucesos en ese lance, que se le nombró redactor desde entonces. Más tarde, con el seudónimo de *Niscuito*, Antonio Asenjo habría de firmar crónicas taurinas, y en colaboración con Angel Torres del Alamo cosecharía muchos aplausos, pues ambos fueron buenos saineteros madrileños. *El País*, bajo la dirección del austero e incorruptible Roberto Castrovido, hacia 1918, íbase extinguiendo como llama de la antañona bohemia periodística, al surgir otros órganos republicanos más modernos y de economía más segura.

Otro de los periódicos castrenses que proliferaron a finales del siglo XIX, y que tuvieron cierta vida corporativa más o menos lánguida, fué *El Ejército Español* (1888-1928), diario de la noche e ilustrado, fundado por Diego Pacheco y dirigido, durante la mayor parte de su existencia, por Rafael Esbry Sánchez. No obstante autoproclamarse "el periódico de mayor circulación en el Ejército" y anunciar en la cabecera "tres ediciones diarias", se vió obligado a fusionarse, en 1928, con la veterana gaceta *La Correspondencia Militar*.

Al ser desautorizado *La Fe* y rebelarse el partido tradicio-

nalista histórico contra Don Carlos, éste quiso poseer un órgano político propio oficial, y con tal fin fundó *El Correo Español* (1888-1922), labor que corrió a cargo del periodista catalán Luis María de Llauder. Así, con los años, el citado periódico se convirtió en uno de los órganos más autorizados del partido carlista, al principio, y jaimista, después. Tuvo varios directores, desde el fundador hasta Miguel Fernández Peñaflor, pasando por Leandro Herrero (*Tulio*), Benigno Bolaños (*Eneas*), Salvador Morales y Juan Vázquez de Mella. En sus páginas sobresalieron las crónicas de *Eneas*—con aquellas polémicas frente a *El Universo*, *Razón y Fe* y *La Unión Católica*—, en las cuales se trataban temas tan vidriosos como los de la sumisión a los poderes constituidos y las posiciones del mal menor. En sus columnas se enseñoreó el verbo elocuente de Vázquez de Mella, a través de nutridas colaboraciones doctrinales de carácter religioso, político y literario, hasta que la exaltada posición germanófila adoptada por este tribuno chocó con el criterio del duque de Madrid, lo cual ocasionó que abandonase el diario. Frente al jaimismo, partidario de los aliados, alzariase el mellismo, y la escisión desembocaría en la muerte de *El Correo Español*, bajo la gerencia de Gustavo Sánchez Márquez, y en el nacimiento de *El Pensamiento Español*, como órgano del gran parlamentario asturiano y bajo la dirección de Peñaflor, poco tiempo después de 1918.

Felipe Ducazcal, el travieso y enredador empresario madrileño que en sus mocedades fué tipógrafo—ganó sus primeros reales como “marcador” en *La Correspondencia de España*—, promotor de la partida de la Porra, primero, y jefe de Orden Público, después, y durante muchos años Hermano de la Paz y la Caridad, murió apenas fundó el *Heraldo de Madrid* (1890-1939), como diario independiente, de corte liberal, al principio, y de frondas republicanas, en sus últimos lustros. Parte del capital fundacional lo puso el marqués de Murrieta, y fueron peones técnicos de Ducazcal Rafael Comenge y Eugenio González Sangrador. Inicialmente, este periódico constituyó una aventura de elecciones

en tiempos del submarino Peral, aunque años después se consolidaría como órgano del político liberal don José Canalejas, quien hizo de él un gran diario que, en determinadas noches, cuando salía tarde, era esperado por las sirvientas, las cuales aguardaban en los portales de las casas a que lo repartiesen los vendedores. Entre otros, dirigieronlo José Gutiérrez Abascal —el *Kasabal* de la crónica de salones—, Augusto Suárez de Figueroa —uno de los grandes reformadores de la confección periodística de principios de siglo— y José Francos Rodríguez. *Heraldo de Madrid* pasa a integrarse en el *trust* en 1906, y durante esta etapa es dirigido por Baldomero Argente y por José Rocamora. Es el *Heraldo de Madrid* el primer periódico de España que tiene en su nómina a una redactora, Carmen de Burgos Seguí, conocida por su seudónimo de *Colombine*. La gran popularidad del *Heraldo* —e impopularidad también, para ser exactos— provocaronla en el primer decenio del siglo los reportajes escandalosos y las entrevistas audaces de Adelardo Fernández Arias, *El Duende de la Colegiata*. Hacia el año 1918 el *Heraldo*, ya separado del *trust*, sigue en las manos profesionales de Rocamora, hasta que llegue la frívola vivacidad de Manuel Fontdevila, en pleno gobierno del General Primo de Rivera; a la sazón, el periódico está bajo el timón económico de los Busquets, y de Amadeo Hurtado, como ninfa Egeria. Se inicia para el diario, entonces, otra época, ajena al propósito de nuestra evocación.

Un órgano religioso de escasa difusión, pero de alguna influencia durante sus primeros años, fué *El Universo* (1900-1936), fundado por el Padre Tomás de la Cámara, fraile agustino y Obispo de Salamanca, destacado apologista de la Iglesia en el último tercio del siglo pasado. Pagada por el marqués de Comillas, esta pequeña gaceta confesional tuvo por primer director al catedrático de Metafísica Juan Manuel Ortí y Lara. Tal vez se inspiraran sus fundadores en el título de *L'Univers* francés, del fogoso Louis Veuillot, pues, dentro del meridiano hispánico, este modesto periódico español sostuvo agudas polémicas en la

defensa de la enseñanza católica frente a ciertas corrientes krau-
sistas que tildaron al periódico de “neo” y “ultramontano”.
A la muerte de Ortí y Lara, quien había resucitado el seudónimo
de *El Filósofo Rancio*, vino a suceder a éste en la dirección del
periódico, en 1904, el pedagogo Rufino Blanco y Sánchez, una
vez convertido ya el periódico en órgano de la Junta Central de
Acción Católica. Durante muchos años, en las tareas de redacción,
le ayudó el historiador Angel Salcedo y Ruiz. Hacia 1918 el
periodismo católico en España había tomado otros derroteros,
y fieles a Rufino Blanco permanecían José Menéndez Carabia
y Federico Leal. En 1926 *El Universo* tuvo que transformarse
en semanario, bajo el subtítulo de “Revista de Acción Católica
y de Cultura General”.

Adicto a la política liberal, y fundado por Augusto Suárez
de Figueroa, el *Diario Universal* (1903-1938) fué la última gran
creación de aquel excelente periodista, capaz de concebir y rea-
lizar los mejores periódicos de su época. Fué el citado diario
un órgano del conde de Romanones, a la sazón de la fracción de
Moret, y cuyo capital fundacional de dos millones de pesetas
cubrieron pronto sus amigos políticos: Juan Ortueta, Juan Ra-
nero, Joaquín Ruiz Jiménez y otros. La similitud externa con
el viejo *Heraldo* canalejista, y como éste, también diario de la
noche, le restó adictos al propósito. Esto, unido a que la varia-
bilidad de su fortuna estaba estrechamente vinculada al hecho
de que su máximo mentor se hallara en el poder o en la oposi-
ción, hizo que pronto cambiase de director. Tenía el periódico
por redactor-jefe a Angel Luque, y entre sus redactores funda-
dores figuró durante muchos años Modesto Moyron. Tras Suárez
de Figueroa llegó Baldomero Argente. Y a éste sucedió el alco-
yano Santiago Mataix Soler, quien cedió el puesto, finalmente,
a Daniel López y López. Desde ser rotativo pasó a tirarse en
máquina plana, y en 1918 editábase así, modesto y balbuciente,
después de haberse desperdigado sus redactores por otras em-
presas de mejor suerte, y de haber logrado unas actas de dipu-

tados y carteras ministeriales muchas de sus plumas. Al cabo de los años sólo queda en el recuerdo por haberse incrustado antes en la Historia aquel artículo publicado el 19 de agosto de 1914 bajo el título de "Neutralidades que matan". Iba firmado con una X, pero todo el mundo se lo atribuyó a don Alvaro de Figueroa y Torres, el travieso conde, quien por ese medio quiso excitar a la opinión pública —ferozmente apasionada, durante la primera Gran Guerra, entre aliadófilos y germanófilos— para que Eduardo Dato rompiera la difícil neutralidad española. El artículo fué escrito en Sigüenza durante unos días de descanso del autor, mientras éste se dedicaba a su pasión favorita de cazar codornices. El eco de dicho artículo llega hasta Palacio, y el rey Don Alfonso XIII llama al conde por teléfono y le pide que le explique las razones que le han impulsado a escribir aquél. El conde da amplias explicaciones, y después, en sus *Memorias*, cuenta textualmente: "Aquel día, 20 de agosto, Don Alfonso se mostró coincidente con mi tesis y abiertamente inclinado a los aliados."

Y llega ahora el momento de que hablemos del diario *ABC* (1903-19...). Fundado por Torcuato Luca de Tena y Alvarez-Ossorio, como semanario, se convertirá en diario dos años después. Actualmente es el decano de los rotativos madrileños; desde hace más de medio siglo representa una institución del periodismo español, y hoy, al cabo de sus sesenta y cinco años, no hay hipérbole al afirmar que puede considerarse el exponente nacional más idóneo a la comparación con los mejores diarios del mundo. Es difícil resumir en un panorama como el que estamos ofreciendo toda la obra de aquel extraordinario periodista. Y quizá pudiera afirmarse que, si el primer marqués de Luca de Tena abrió y cerró una época en la historia de nuestras hojas periódicas, ello se debió a la aguda sensibilidad demostrada por él en su quehacer creador. Tuvo un buen entrenamiento empresarial con la revista *Blanco y Negro*, creada en 1891, la cual resultaría la prueba más palmaria del triunfo de ese lema

“la letra con *monos* entra” entre los grandes sectores de público, y una demostración de una clarividencia profética de la desbordante cultura visual de masas en la sociedad contemporánea. Bastaríanle sus títulos de fundador del semanario *Blanco y Negro* y de *ABC* para reputar al señor Luca de Tena y Alvarez-Ossorio como uno de los periodistas más extraordinarios del siglo xx. Espíritu emprendedor, liberal, amante de su oficio —entre sus colegas sólo apreciaba que se le diera el título de compañero—, despreció carteras ministeriales y sirvió a su Patria con enardecida pasión. Fundó para sus publicaciones la entidad Prensa Española, editora de *Actualidades*, *Ecos*, *El Teatro*, *Gente Menuda*, *Gedeón*, *Campeón*, etc. Tres biografías hay publicadas de este hombre —gran señor de la noticia y caballero del cuarto poder—, que en un momento de crisis de la vida española, en pleno desgarrar del 98, abrió surcos de grandeza impresa para España, montando una Empresa editora que ha ido siempre a la cabeza de los perfeccionamientos técnicos, en las Artes Gráficas y en los avances sociales, en el aspecto laboral, iniciando una dinastía que actualmente está en la cuarta generación.

El crédito de las páginas de *ABC* creció paralelamente a la independencia y ponderación de sus juicios. El lema que el fundador dió a sus redactores fué siempre éste: veracidad, interés y rapidez. Hacia el año 1918, límite de esta evocación, como venimos reiterando, la redacción era casi la fundacional, cuyos nombres ofrecemos en emotivo recuerdo: Angel María Castell, de redactor-jefe; redactores: Francisco Navarro Ledesma, Alvaro Calzado, Alfonso Rodríguez Santamaría, Eduardo Mendaro, José Campo Moreno, Rómulo Muro, Roberto Palacio, Alfredo Ramírez Tomé, Enrique Mariné, José Martínez Ruiz (*Azorín*), Antonio Palomero, Luis Gabaldón (*Floridor*), José Trabado (*Don Silverio*), Virgilio Colchero y Manuel Tercero. Hacían las caricaturas Xaudaró, *Sileno* y Fresno, y eran reporteros gráficos Cifuentes y Duque.

En los primeros dieciocho meses de su fundación *ABC* le

costó a su fundador 800.000 pesetas —según declaración personal del primer marqués de Luca de Tena—. En 1914 —dato estadístico más cercano a 1918 que poseemos— sólo el presupuesto general de gastos de *ABC* ascendía ya a 2.398.000 pesetas. Los anuncios, que en un principio apenas si llegaban a cien pesetas al mes, en el citado año de 1914 representaban una cifra global de unas 800.000 pesetas anuales.

Ejército y Armada (1905-1932) fué otro diario, defensor de las clases activas y pasivas del mundo militar, fundado por Clodoaldo Piñal, comandante de Artillería, que se retiró en 1903 para dedicarse exclusivamente al periodismo, habiendo sido durante muchos años redactor-jefe de *La Correspondencia Militar*, donde hizo populares sus seudónimos de *Telmo Guerra* y *Abdel*. A su fallecimiento, ocurrido en 1912, el periódico siguió publicándose como órgano de opinión militar, bajo la dirección de Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo. Este diario, como los otros del mismo carácter castrense, citados con anterioridad, estaba limitado al área corporativa de la clase militar, en unos años de gran disensión parlamentaria y polémica en torno a la actividad —muy discutida en el Parlamento y en la calle— de las instituciones armadas. Y muchos de sus directores y redactores levantaban su voz en el Parlamento en defensa del Ejército, llegando en ocasiones a polémicas tan violentas, que solían derivar en cuestiones de honor, terminadas en duelos frecuentemente. Desafíos que, a decir verdad, iban ya aminorándose hacia 1918. Justamente por la fecunda labor de los periodistas más sensatos, quienes, desde 1916, al crearse la Asociación Antiduelista de Periodistas, forjaron poco a poco un clima propicio a la extinción de aquella que se había considerado caballeresca costumbre. El motivo más inmediato de dicha Asociación fué el duelo entre los periodistas Juan Pedro Barcelona y Benigno Varela, que costó la vida al primero.

Aquel que fué batallador político y periodista, Rodrigo Soriano y Barroeta Aldomar, que en ágil salto pasó del más cons-

picuo conservatismo canovista —pertenecía a una familia aristocrática— al más bravo y desenfadado republicanismo, y de quien son memorables las delicadas críticas de arte en las pulcras páginas de *La Epoca*, primeramente; más tarde, sus luchas banderizas valencianas frente a Blasco Ibáñez, a principios de siglo, y por último las pintorescas e ingeniosas interrupciones en el Congreso, pensó en tener un órgano periodístico en Madrid, y aquí fundó *España Nueva* (1906-1919). Fué éste un órgano nocturno, vibrante, apasionado, bohemio y jacobino. Tenía directores de paja, y en sus años de más fiereza quizá fuese el periódico que batía el récord de denuncias, procesos, suspensiones e irritaciones del fiscal. Su administración era un puro milagro cotidiano, y su redacción, la algarabía tronitona del escándalo. Sobrábale de ingenio lo que le faltaba de ponderación. Allí se hicieron célebres las caricaturas políticas de Tovar, asaeteando a La Cierva con unos pantalones a cuadros, que dicho ministro nunca llevó, igual que medio siglo antes el dibujante Ortego se había inventado el tupé de Sagasta en los periódicos satíricos; allí se improvisó de corresponsal de guerra en Marruecos el voluntario antinflamenco Eugenio Noel; allí se reveló como excelente reportero de sucesos Francisco Serrano Anguita, recorriendo por el Madrid galdosiano las huellas del capitán Sánchez, asesino de Jalón, hazaña periodística de un periodismo que hacía de la crónica sangrienta alimento popular; allí escribía Cristóbal de Castro sus secciones galantes de “Noches de Madrid” o “Mujeres de Madrid”; allí hacíanse reportajes tan pintorescos como el viaje a París en burro de Javier Bueno —quien más tarde adoptaría el seudónimo de *Antonio Aspeitúa*—, en compañía del bohemio Carlos Crouselles; allí se hacían campañas contra las vaquerías dentro de la ciudad —por cuya causa se cerraron cincuenta y tres de éstas— y contra la Tabacalera, por cuya mala elaboración llegaron a celebrarse diez mítines en un solo día, y de otras campañas del periódico nacieron la Liga contra los automóviles y la Liga contra la pena de muerte... Allí, los

redactores más afortunados cobraban veinticinco duros, pero a dosis homeopáticas... El periódico tuvo de directores a unos "hombres de paja", mártires del hambre, que por módica soldada respondían ante los tribunales de todo lo que escribieran los demás. Y en la pura realidad, en la galera auténtica, exacerbada y populachera, estaban las plumas de Ignacio Santillán, Blanco Soria, Arturo Alvarez, Luis de Tapia, Antonio de la Villa, Augusto Vivero... Hacia 1918 el periódico se desinfla y tiene ciertos contactos sindicalistas. Un testigo presencial ha contado cómo, por aquellos días, el pensador catalán Eugenio d'Ors visitaba el periódico y dialogaba con algunos de sus últimos inspiradores. Aquellas fechas están tan cargadas de tensión en la vida social española, que un hombre selecto como *Xenius* pudo afirmar, refiriéndose a Salvador Seguí, *El Noi del Sucre*, que "sentía por él una admiración que casi bordeaba la envidia".

Con un papel marfileño y una cuidada presentación tipográfica apareció *El Mundo* (1907-1930), fundado y dirigido por Santiago Mataix. Recordábase el éxito reporteril de éste cuando, como corresponsal del *Heraldo de Madrid*, consiguió hablar con el doctor José Rizal, encontrándose éste en capilla, la víspera de ser fusilado. En el Congreso, Mataix fué durante mucho tiempo portavoz de la fracción polaviejista. *El Mundo* fué un periódico cuidado, que en algún momento tuvo cierta popularidad. Era monárquico independiente. En sus páginas colaboraron Julio Burell, Luis Morote, Julio Camba y Luis Araquistáin, entre otros. En 1911 un conflicto de Mataix con Canalejas, al enjuiciar acerbamente el periodista al político, ocasionó la suspensión temporal de *El Mundo*. Mataix resucita su diario con el título de *La Tierra*. Arrecia la campaña, haciendo alguna que otra audaz incursión en la vida particular del jefe del Gobierno, y desaparece *La Tierra* también. Mataix no cesa. Lanza otro título: *El Orbe*. Nueva suspensión, nuevo título, hasta que, al fin, todo se arregla. Hacia el año 1918 Augusto Vivero dirige el periódico, y en sus páginas trabajan Rafael Suárez Rivas y José Mesa de Andrés.

Otro diario, ya casi perdido en las brumas del recuerdo, fué *La Mañana* (1909-1919), que, bajo el subtítulo de “Periódico Liberal Socialista”, fundó Luis Silvela. Dirigido, en sus primeros tiempos, por Manuel Bueno, pocos años después lo dirigiría Luis Morote. Un gran peón de brega del oficio, redactor jefe del mismo, era Arturo Alvarez. Dicho periódico publicó un día un artículo de Pablo Iglesias, en el cual éste llegó a afirmar que frente a la política de Maura podía llegarse hasta el atentado personal... El revuelo que causó el artículo fué inmenso y penetró hasta el Parlamento. Hacia 1918 dirigía el periódico Joaquín Aznar Navarro, y en años diferentes escribieron en él Eduardo Haro Delage, Francisco Xavier Cabello Lapiedra, Pina, Fernández Gil, Isaac Abeytúa, Luis de Armiñán, José Téllez Moreno, Joaquín Llizo, Victorino Tamayo, Luis Ardila y otros. En sus postreros alientos, *La Mañana* habíase convertido en un órgano de los liberales disidentes de Romanones, es decir, de la fracción acaudillada por el marqués de Alhucemas, don Manuel García Prieto. La multiforme descomposición de los partidos históricos se reflejaba en unas fórmulas de prensa precarias, atomizador de paupérrimos vuelos, apenas sin arraigo en la opinión, leves voceros de sus mentores...

Sebastián Luque, un converso que por entonces acababa de publicar un libro titulado *De la serpiente a la Virgen*; Basilio Alvarez, abad de Beiro, bajo cuyos manteos llameaban rebeldías agrarias, y Guillermo Rivas, deciden fundar un periódico. Titúlase éste *El Debate* (1910-1936), y se subtitula “Católico e Independiente”. La hoja, pese a sus estridencias, es un grito de combate que no arraiga. Tiene por redactor jefe a Luis Antón del Olmet, periodista batallador, exaltado y vibrante, que acentuará la nota de escándalo en el periódico. Sucédense en la dirección Luque, Alvarez y Rivas, pero las deudas aumentan, los chantajes menudean..., y, por último, a los pocos meses, los hermanos Mataix se quedan con el diario, como prenda de las obligaciones reconocidas por los fundadores. Y Mataix, a su vez,

revende *El Debate* a un grupo de católicos de Vizcaya. La nueva etapa del periódico relega a la anterior a la pura prehistoria.

Los nuevos propietarios de *El Debate* quieren que quede clara y definida esta segunda etapa, para lo cual publican un editorial titulado "A banderas desplegadas y alta la visera". Un joven abogado del Estado, Angel Herrera Oria —hoy Cardenal Herrera—, se hizo cargo de la dirección de *El Debate* el 1 de noviembre de 1911, sin antes "haber visto un periódico más que a la hora del desayuno", según expresión del propio interesado. El diario, en sus manos, inició una ascensión lenta, pero constante. Don Angel Herrera fué el hombre que plasmó en realidad la vieja esperanza de un importante rotativo católico español. Bajo su tutela e inspiración surgió más tarde La Editorial Católica, empresa que colaboró con eficiencia en la modernización técnica de la Prensa española. El entonces joven periodista envió a varios de sus colaboradores al extranjero para que estudiaran los métodos de información más adelantados; entre esos colaboradores se encontraban Francisco de Luis, Manuel Graña, Vicente Gállego... Basó el diario toda su ejecutoria periodística en tres principios fundamentales: informar, orientar y deleitar. Hacia el año 1918, el periódico, en un peregrinaje constante de redacciones e imprentas, se tiraba ya en taller propio, en la calle de la Colegiata —sede que fué del *trust*—, iniciándose así una serie de domicilios que culminarán, al fin, en el gran complejo industrial de la calle de Mateo Inurria. Quien "quiso hacer del catolicismo español un catolicismo europeo" —en frase del Cardenal Riberi—, se rodeó de colaboradores afines: Medina Togoies, Rotllan, Pardo, Carrasco, Mariano Gullón, Siso Caveró, Gil Robles... Al crear *El Debate*, diario fundacional de la La Editorial Católica, Herrera aconsejó siempre a sus seguidores: "Cuidado con aplicar los grandes adjetivos a sustantivos que no respondan bien a su propio concepto, porque entonces es el adjetivo el que quedará desacreditado. Y cuando ese adjetivo es nada menos que "católico", el

sustantivo al que se aplique. debe tener entera y verdadera sustantividad.”

Una de las primeras influencias del capital catalán en Madrid, por los canales periodísticos, la constituyó la fundación de *La Tribuna* (1912-1924) por Salvador Cánovas Cervantes, periodista competente, empresario enterado, despierto, pero en quien más de una vez se cebó el ingenio ajeno, enzarzándose feroces polémicas *ad hominem*. Desde hacer un juego de palabras con sus apellidos, por el cual se le llamaba *Ni-ni*, hasta afirmar que cuando se dice de alguien que “es más bruto que una tabla”, era él la “tabla”. El periódico, de salida, tuvo gran éxito, con una velada artística cuya máxima atracción fué Consuelo Bello (*La Fornarina*). Era *La Tribuna* un diario conservador, con apoyo en las esferas barcelonesas, como hemos dicho, de Milá y Camps y los Miró. Años después, el arrendamiento de los consumos de Barcelona sería usufructuado por estos empresarios. La redacción estaba constituida por Enrique López Alarcón, autor de *La Tizona*; Enrique de Mesa, el poeta de la Sierra; el crítico de arte Luis Gil Fillol, el erudito Astrana Marín, el filólogo Julio Cejador, el crítico taurino Alejandro Pérez Lugín, el caricaturista Luis Bagaría... Allí se reveló este gran escritor y amigo que es Tomás Borrás—mi cordial y querido presentador de esta noche—, y en él se dió una oportunidad periodística a Ramón Gómez de la Serna. La redacción de *La Tribuna* se formó, en parte, con los naufragos de otras redacciones, *España Nueva* y *La Mañana*. Y como ocurre en muchas redacciones, ante esa permanente antinomia de “redactor-colaborador”, estaban delimitados los campos entre Atenas y Beocia; en unos, por la vanidad de la firma; en otros, por el resentimiento del anonimato gacetillero... De esto sabe tanto Borrás, que más de una vez lo ha reflejado en esas vívidas y vividas memorias madrileñas que viene publicando desde hace unos años.

Cánovas Cervantes envió a Julio Camba de corresponsal al extranjero, pero quiso que de ello se enterase toda España, del

Rey abajo. Con tal propósito envió a Pérez Lugín para que celebrara una entrevista con Don Alfonso XIII, con motivo de la aparición del primer número de *La Tribuna*. Interesóse el Monarca por conocer el nombre de todos los colaboradores. Al llegar al de Camba, el Rey exclamó: “¡Hombre, Camba! Y ¿qué sueldo le dais a Camba?” Lugín, lleno de orgullo, respondió: “Quinientas pesetas mensuales, Majestad.” Y según refirió después Pérez Lugín, parece que el Rey, en broma, declaró estar dispuesto a cambiarse con él; ya en serio, el Soberano manifestó seguidamente que le alegraba saber que los periodistas españoles empezaban a cobrar sueldos decorosos.

La Patria (1914-1930), con el pomposo subtítulo de “Diario Nacional”, fué un típico periódico *sapo*. No sería discreto, ni merece la pena, por otra parte, hablar de él, si no es para explicar la definición profesional de *sapo*. Llamábase así, en el antiguo argot periodístico, a la publicación de vida precaria y tirada restringida, que, aprovechando la cabecera del título que un día estuvo acreditado, sale tiempo después para cubrir unas necesidades económicas subalternas, como subvenciones, anuncios, etc. En el siglo pasado y a principios de éste, en un sistema de disparatada bohemia, ante el cual la legislación de Prensa no tenía competencia para intervenir, hacíanse bastantes periódicos de este género, aprovechando la composición de otros y reservando la cabecera del que, desde sus tiempos de prosperidad, tenía asignadas ciertas subvenciones económicas periódicas, bien en forma de anuncios o de suscripciones. Así pudo verse a ciertos periódicos que un día gozaron de prestigio en la opinión, o que fueron órganos de destacada influencia política, arrastrar una vida lánguida y de periodicidad irregular. Muchas veces, el afán de resucitar de buena fe un título famoso en una segunda, tercera o incluso cuarta etapa, conducía a sus editores a crear un nuevo *sapo* periodístico; en algunas coyunturas históricas, en las cuales operaba la propaganda política—por ejemplo, durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y en España—, y como con-

secuencia de la misma, había subvenciones fáciles por parte de los bandos beligerantes; con ello vióse vivaquear a numerosos periódicos *sapos*. Por extensión, se ha dado el nombre de *sapo* a aquel periódico que a un pobre aspecto técnico une una corta circulación y mala acogida popular.

Para defender a Dato y atacar a Maura, el arriscado Luis Antón del Olmet funda un diario, *El Parlamentario* (1914-1920). Subtitúlase éste, "Ensayo de un Periódico Nacional". Desempeña la gerencia García Carraffa. A su lado, fielmente, está Basilio Alvarez, de redactor-jefe. Se acusa al periódico de protección gubernamental, y las luchas entre *La Tribuna* y *El Parlamentario* desembocan en duelos. Antón del Olmet se bate constantemente. La guerra europea exacerba la germanofobia del director y provoca a éste a hacer unas semblanzas, lindantes con el libelo, dedicadas a los escritores y personajes germanófilos. Luego las recogerá en un libro, bajo el título de *Los bocheros*. Expresa juicios mordaces, virulentos, que llegan a la injuria. En la redacción están León Navarro Larriba, Francisco Ramos de Castro, Manuel Casanova, Torres Bernal, Julio Zarraluqui y otros. Algún erudito, como el bibliófilo Justo García Soriano, redacta artículos literarios. Los *monos* y las caricaturas las firma, frecuentemente, Adrián Almoguera... Al acabar la conflagración mundial, el periódico cambia de dirección. Se declara diario republicano. Lo dirige Eduardo Barriobero Herrán, y Basilio Alvarez pasa a la gerencia. Siguen, con violencia creciente, las secciones "Zarpazos", "Ripios", "Notas del día"... Pocos años más tarde, en 1923, en el saloncillo del teatro Eslava, Luis Antón del Olmet, el gran vehemente, acabaría trágicamente su vida bajo los disparos de otro periodista y escritor, Alfonso Vidal y Planas. El suceso fué muy sonado en su época, dada la popularidad de sus protagonistas.

Como consecuencia de una conferencia pronunciada por Manuel Delgado Barreto, en el hotel Ritz, de Madrid, bajo el título "La Prensa como instrumento de Gobierno, como órgano de

opinión y elemento de cultura” —acto presidido por don Antonio Maura—, la marquesa de Argüelles ofreció su colaboración económica para que se fundase un rotativo. Y este órgano se tituló *La Acción* (1916-1923), diario de la noche, cuyo lema decía así: “Este periódico, sin relación con los grupos políticos, tiene por único programa decir la verdad.” *La Acción*, capitaneado por Delgado Barreto, fué maurista por los cuatro costados. Uno de los seudónimos empleados por aquel vibrante periodista canario fué el de *El Duque de G.* Antes había usado el de *Taf* en *La Correspondencia de España*, cuando fué redactor-jefe de ésta. En las páginas de *La Acción* colaboraron Agustín R. Bonnat, Angel González de Mendoza, Juan M. Mata, Pascual Tarrero, Juan Delgado Barreto, el crítico teatral Alberto Marín Alcalde, Luis de Galinsoga... El periódico hizo grandes campañas contra el juego. Con la muerte de *La Acción*, causada por inanición económica, Delgado Barreto vió sucumbir igualmente su semanario combativo y satírico, titulado *El Mentidero*, donde hizo popular entre el maurismo batallador de la época a aquel castizote personaje de su invención que fué “Don Félix del Mamporro y de la Sonrisa”, dibujado por Cereceda. El otro caricaturista de *La Acción* se llamó Reguera y firmaba *Areuquer*.

Con el único propósito de defender la causa alemana durante la Gran Guerra, el marqués de Polavieja fundó un diario titulado *La Nación* (1916-1918), que no vivió, naturalmente, más allá del armisticio. Estableció el periódico su redacción en unos salones del que fué teatro Apolo, en la calle de Alcalá. Ejercía funciones de subdirector Juan Pujol, que era quien, realmente, llevaba el periódico. De redactor-jefe se hallaba Arturo Alvarez, el cual pasó a éste desde *La Mañana*. Poco después le sustituyó en este cargo Francisco Serrano Anguita. De la redacción formaron parte Jesús J. Gabaldón, Juan Spottorno y Topete —quien, años después, popularizó su seudónimo de *Gil de Escalante*, como cronista de sociedad, en *A B C*—, José Lebrón, Gutiérrez de Miguel, el dibujante Francisco López-Rubio, Félix Aguilera

y otros. Años más tarde, Juan Pujol resucitaría *La Iberia* (1918) con los mismos propósitos de exaltación teutónica, pero este periódico sólo duró unos meses, desde su aparición hasta el 6 de mayo de 1918. Aquel título célebre de *La Iberia*, de mediados del siglo XIX, baluarte del progresismo histórico de Pedro Calvo Asensio, Carlos Rubio y Práxedes Mateo Sagasta, casi se había desvanecido en los últimos años de la Regencia de Doña María Cristina. Y su grito, hasta el primer tercio del siglo actual, sólo se oía en los días del sorteo navideño de la Lotería Nacional: “¡*La Iberia*, con la lista grande de la lotería!” Hacia los años 1930, vendíase aquella *Iberia* por cinco céntimos...

El mismo afán de aprovechar viejos títulos de diarios, que un día tuvieron fama y que todavía sonaban como un eco de nostalgias pretéritas, hizo resucitar *El Día* (1916-1920), al servicio de la causa aliadófila. Nada tenía que ver éste con el que fundó el marqués de Riscal, en 1880, que, entre otros méritos técnicos, tuvo el de ser el primer diario español tirado en rotativa; cierto que una rotativa antañona, contemporánea de su inventor, el francés Hipólito Marinoni. *El Día* a que nos referimos era una resurrección vespertina, bajo la gerencia de Fernando Melgarejo y la dirección de Francisco Gómez Hidalgo, tras el cual, en la sombra política, estaba el verbo demócrata de Niceto Alcalá Zamora. Gómez Hidalgo dimitió en 1918. De redactor jefe se hallaba el burgalés Alberto Marín Alcalde, quien siguió durante algún tiempo en el diario.

Como rama desgajada del viejo tronco de *El Imparcial*, y precisamente cuando éste, al cumplir su cincuentenario, sufría la crisis más dura de su existencia, nació *El Sol* (1917-1939). Fué éste no sólo uno de los rotativos que más influencia ejercieron en la vida intelectual, política y social española del primer tercio del siglo actual, sino también uno de los órganos de información nacional más trascendentes en toda la historia de la Prensa española. Canalizó toda una corriente de opinión liberal, heredada del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza

y ensamblada en el intelectualismo que ofreció solvente plataforma a prestigiosas figuras de la generación del 98. Fué alma empresarial de *El Sol* Nicolás María de Urgoiti y Achúcarro, quien, tras crear una potente industria papelera en nuestro país, en 1901, siguió organizando otras más relacionadas con el mundo de la información —el libro, el periódico, la revista, la radio, el cine...— y que tuvieron en *El Sol* una de sus iniciativas más felices. Creador de riqueza y hombre de acción, Urgoiti se rodeó de un grupo de financieros, escritores y periodistas que secundaron y plasmaron su empeño. Entre los capitalistas hay que recordar al conde de Aresti y a don Serapio Huici; entre los escritores, a Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Pérez de Ayala..., y tantos y tantos más.

Félix Lorenzo (*Heliófilo*), con sus "Charlas al Sol", y las caricaturas estilizadas de Bagaría, "enriquecieron la historia episódica de la censura", según confesó el propio jefe de este servicio, don Celedonio de la Iglesia, en un libro de memorias dedicadas a su función.

Así como el estado llano de *El Sol* se nutrió en gran parte de algunas plumas de *El Imparcial*, el grupo más distinguido de sus colaboradores —el Olimpo, que decían humorísticamente sus adversarios— procedía fundamentalmente del plantel ideológico del semanario de la vida nacional *España*. Esta revista representó para *El Sol* como un ensayo general con todo puesto, y este rotativo propugnó como base de su programa una total renovación en la vida del país.

En el nacimiento de *El Sol* se cruzaban simbólicamente dos generaciones de periodistas: el zaragozano Mariano de Cavia, con sus sesenta y dos años, como columnista más prestigioso del nuevo periódico, y el navarro Manuel Aznar, como secretario de su Consejo de Administración, a los veintitrés años de edad. A Mariano de Cavia encargó Urgoiti la redacción del editorial del diario, bajo el título "En período de renovación. *El Sol* viene a servir a su patria." En septiembre de 1918, Aznar



La redacción de *La Epoca*, a finales de siglo



El banquete del cincuentenario de *El Imparcial*, en 1917

Ayuntamiento de Madrid



La redacción de *El Globo*, en 1896

Ayuntamiento de Madrid



La redacción de *El Liberal*, en 1914

Ayuntamiento de Madrid



La redacción de *Heraldo de Madrid*, a principios de siglo

Ayuntamiento de Madrid



La fachada de *ABC* y *Blanco y Negro*, vista desde el paseo de la Castellana



La redacción de *El Debate*, en los felices veinte

Ayuntamiento de Madrid



La redacción de *El Sol*

Ayuntamiento de Madrid

se incorpora a la dirección de *El Sol*, después de regresar de los frentes franceses e italianos, y de celebrar una entrevista con Clemenceau. Un año más tarde, un reportero preguntó al entonces precoz y ya gran periodista: “¿No le gusta ya ser director?” A lo que el rubio y recio joven bidasotarra respondió: “Me molesta profundamente. Mi gran pasión es fundar periódicos, pero para que otros los dirijan. Desde los diecinueve años a los veinticuatro, yo he fundado tres diarios, que han sido otros tantos éxitos. Mi ideal es hacer un gran diario mío.”

* * *

Aquel periodismo de los felices veinte veía agonizar la *belle époque*. Jugaba a las cinco esquinas de un Madrid pequeño —las Cortes, el Senado, Palacio, Teléfonos y Telégrafos—, y en el orden cultural bullía, ora sesudo, ora ingenioso, por el Ateneo, los viejos cafés, casinos y círculos, haciendo paradas en los saloncillos teatrales y en las tertulias taurinas. Naturalmente, los primates de los partidos políticos tenían tertulia a la que acudían, juntamente con los seguidores del jefe, los reporteros políticos adeptos. A los tres grandes temas de ayer —política, toros y sucesos— llegaba la preocupación de la política internacional y balbucía la futura pasión por el fútbol. El reporterismo empezó su época dorada.

Había varias Agencias de noticias: Fabra, de información internacional, dependiente de la Havas francesa, a cuyo frente estaba, en 1918, Manuel Esteban Núñez; trabajaban con él Luis Amato y el francés Bigoteau; Mencheta, cuya dirección, huérfana del fundador, Francisco Peris Mencheta, desempeñaba el hermano de éste, Salvador, en compañía de los hijos del mismo, Luis y Vicente Peris Mencheta; Agencia Madrileña, que comandaban igualmente los hijos del fundador, Mariano Perpén, los hermanos José y Manuel Perpén Herrera; Prensa Aso-

ciada, de carácter católico, en la que trabajaban, por entonces, Sánchez Asensio y Miguel Peñafior... Los periodistas pasaron del chiscón de Telégrafos de San Ricardo al Salón de Teléfonos, de la acera izquierda de la calle de Alcalá, turbión de noticias sensacionales, de bulos extraordinarios, de *pisotones* audaces y de bromas chasqueantes. Entre los que cantaban conferencias a provincias, aquel centro resultaba un ágora mayor, visitada, a veces, por los políticos, en días de crisis expectante. Era la forja y el eco de una opinión pública hecha a través de conferencias breves y que irradiaban a todos los periódicos de España. Y en la sombra gregaria de sus galeras—pupitres, auriculares, micrófonos, cuartillas y calcos—, unos hombres que, en las horas de asueto, se jugaban a las cartas hasta las pestañas...

Hasta que adquirieron mayoría de edad los tres grandes rotativos del primer tercio del siglo XIX —*A B C*, *El Debate* y *El Sol*—, las redacciones, aparte del entusiasmo y algún que otro dinero, tenían unas plantillas bastante elementales. Había dos o tres redactores políticos; dos de sucesos; uno para la Casa Real o para las informaciones societarias—según el matiz del órgano de que se tratase—; un cronista taurino, en ocasiones puro colaborador espontáneo o sencillo redactor con aficiones taurómacas; uno para las crónicas de sociedad; uno para la tribuna del Congreso, que a veces cubría tribuna y pasillos; otro, para Bolsa, y otro, para el Ayuntamiento; un editorialista; un redactor-jefe; un administrador y un director. Las críticas teatrales, de arte, de música y de literatura las solían desempeñar colaboradores o algún redactor más o menos competente, muy afecto a estas tareas intelectuales. Prodigábanse los vales para toros, teatros y las invitaciones a los banquetes; unos y otras se repartían amigablemente entre los redactores; en ocasiones excepcionales, y como premio a su perseverante trabajo gratuito, algunos meritorios solían lograrlas también.

Precisamente en ese mismo año de 1918 falleció Melchor Cantín, uno de los periodistas modestos que más se distinguieron

en la tarea de representar a su periódico en banquetes y veladas, y al cual recuerda hoy la anécdota periodística por aquella popular cuarteta, en la que se cita también a su colega Enrique Trompeta, quien compartía tales quehaceres:

Y asistieron al festín,
que fué una fiesta completa,
por *El Imparcial*, Cantín;
por *El Liberal*, Trompeta.

La vida corporativa de los periodistas madrileños estaba centrada, en aquella fecha de 1918, en la Asociación de la Prensa de Madrid, cuyos presidente y secretario eran, respectivamente, Miguel Moya y Antonio Rodríguez Lázaro. La entidad tenía por sede social un modesto piso de la calle de Carretas, 12, y estaba integrada por 629 miembros, 54 de los cuales eran fundadores. Recibía unos ingresos de 196.135,94 pesetas, y soportaba unos gastos de 191.789,88 pesetas. Los periodistas madrileños de ese año sufrían un déficit. En el siguiente ejercicio, lo enjugaron.

El periodismo madrileño —y el español, en general— iba a tomar otros derroteros. Pero la semilla fecunda de ese gran periodista que fué Julio Burell —el de *Cristo, en Fornos*— no había caído en surco estéril. Siendo ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, propuso Burell un crédito para fundar una “Hemeroteca o almacén de periódicos”. En la cartera ministerial le sustituyó Amalio Jimeno, y éste fué quien firmó en la *Gaceta de Madrid* del 18 de noviembre de 1911 el decreto fundacional, aprovechando un crédito solicitado por su predecesor, Julio Burell. Acogió años después la idea el Ayuntamiento de Madrid, y aquí estamos, en puro festejo de San Isidro, conmemorando el cincuentenario de esta insigne institución.

LOS CUATRO DE LA HEMEROTECA

Por TOMAS BORRAS

Los Cuatro de la Hemeroteca he puesto como rótulo a estas palabras, en recuerdo de aquellos "Quince de la Fama" de la isla del Gallo; los que se atreven a pasar la línea que traza Francisco Pizarro y acometen la aventura bienaventurada de crear un emporio nuevo. Cuatro han sido, en realidad, los que por los medios que explicaré comienzan esa colección que no cesa, depósito de lo muerto para lo vivo, la más hermosa joya con que cuenta el Municipio de Madrid, ofrecida a España y al mundo.

Pues de la Hemeroteca puede decirse lo del poeta por la primavera: la Hemeroteca ha nacido, nadie sabe cómo ha sido. El recuerdo de los cuatro que en ella pusieron sus afortunadas manos dará razón de los medios y del logro.

El primero de la Hemeroteca se llama Francisco Ruano. Es éste un caballero de quien ya hice la semblanza en un libro, y no voy a repetirme. Aunque sí quiero aludir a su talante, obra y dificultades del tiempo en que trabajaba por Madrid. Creía yo que era santanderino, y el señor Baztán, ilustre autor de tantas páginas instructivas del Madrid contemporáneo, me informó de que Ruano era madrileño. En efecto, nació junto a San Isidro, en la "ca" Toledo, el año 1864. Aquí estudió jurisprudencia y todas esas cosas que se necesitan para hacer oposiciones. Fué

periodista en la flor de su juventud, *El Liberal* da razón en sus páginas. Ingresó el año 1886 en el Ayuntamiento, después de officiar de pasante de don Francisco Pi y Margall. A poco era jefe del Negociado de Hacienda. Esto demuestra sus sobresalientes aptitudes. Porque no se llega así como así, a los veintidós años, a jefe de tan importante sección, sin sobrados ciencia y talento.

Ocurre el año 1893 —y esto sí que es curioso— que en una de las que llamaremos curvas de depresión del Ayuntamiento, Cánovas, presidente del Consejo, envía a Dato, su subsecretario, a inspeccionar la Casa de la Villa. El Alcalde, don Alberto Bosch, ingeniero insigne, tan famoso por su lucha contra la epidemia de cólera, dimite, y toma el bastón de mando el marqués de Cubas por orden de Villaverde, ministro de la Gobernación. El cual marqués de Cubas, a los pocos días de presentarse, decapita nada menos que trece altos jefes. Lo que siembra el pánico en las oficinas. Como consecuencia, ningún empleado se atreve a ocupar la Secretaría, rechazada la oferta con terror. Tan sólo uno aceptó, en cuanto se lo propusieron. Y detalle expresivo, le votaron los concejales todos. Así llegó Francisco Ruano a ser el factótum del Ayuntamiento, a los veintiocho años. El episodio lo ha contado Francos Rodríguez.

He dicho factótum, porque el Ayuntamiento, en aquellos años, y bastantes después, aunque se le allegaban alcalde tras alcalde, siempre estaba acéfalo. En los treinta y seis años que manejó Ruano los asuntos de la capital, conoció cuarenta y dos alcaldes. La política de fines del XIX y principios del XX sujetaba a escalafón a los aspirantes a jerarcas. Cada uno, después de adquirir la categoría de yerno o concurrir a la tertulia de un preboste suficientes años, era encasillado para concejal; de este entonces modesto cadetazgo, ascendía a alevín de diputado cunero; se desarrollaba, y ya en el Congreso podía trepar a director general. Este era el momento en que encargaba al sastre la indispensable levita. Siguiente escalón, el de subsecretario o alcalde de

Madrid. Y si había charlamentado algún discurso que otro, se le reconocía como ministrable, expresivo neologismo. Por tanto, una de las antesalas del suspirado ministerio era la Alcaldía de estas Villa y Casa. Los profesionales de la política y del periódico llamaban a la credencial de alcalde "de trámite"; quiere decirse, estación del obligado itinerario hacia la poltrona, meta del prócer.

Ruano, secretario, pudo sacar la siguiente cuenta: cuarenta y dos alcaldes en sus treinta y seis años de servicio, salen a más de un alcalde por año, en la proporción. Algún año, como el 1907 y también el 1917, hubo tres alcaldes. Tan sólo cuatro de los cuarenta y dos conservaron el cargo más de la anualidad. Seis repitieron. Como asombroso, cítase el caso del conde de Vallellano, que alcaldeó cuatro años seguidos.

Por muy buena fe y tantos deseos de hacer algo importante con que entraran los célebres alcaldes, no residían en la Casa sino apenas lo preciso para hojear los expedientes de urgencia. Sería, pues, milagroso que el Ayuntamiento subsistiera en su función, que marchara la máquina por lo menos en lo rutinario, si como contramaestre no dirigiera dentro una persona fija apta para dar órdenes, encarrilar las cosas y atender, con mil ojos y manos, la complicadísima lanzadera del telar. Esta persona—capitán de barco de incógnito—fué durante casi cuarenta años don Francisco Ruano y Carriedo. Un actuante alcalde de Madrid, permanente.

El cual don Francisco, si damos de lado lo administrativo, lo de más embrollo y bulto, y nos ceñimos a lo cultural, se las arreglaba para plantar instituciones y fomentar el mérito científico, literario y educacional de Madrid sin ruido, sin apenas advertirlo los centenares de ediles, representantes casi todos de los gremios y preocupados en demasía de sus materialidades. Era el Ayuntamiento un Madrid en cogollo del que lo espiritual sufría pena de cenicienta. Demostración: la suma municipal se dividía en las Comisiones que enumero: primera, Gobernación; segunda,

Hacienda; tercera, Policía Urbana; cuarta, Fomento; quinta, Beneficencia y Sanidad; sexta, Ensanche. Y se acabó. Hasta la Enseñanza se incluía en la Junta de Fomento como renglón accesorio.

Cualquier tema, proyecto, idea, propósito, no tenía encuadre si era referido a la fina sensibilidad, a la ilustración, al arte; ni había falsilla para su tramitación. Pero allí estaba Ruano, el letrado, el bibliófilo, el periodista, el hombre con alma, el explorador decidido. Quien enterado hasta lo infinitesimal de la relojería de las oficinas, de los intrínquilis del laberinto, del casillero de las posibilidades, estudiándolo todo, dominador del panorama, tiraba de la nave hacia buen puerto como los sirgadores, hacía llegar a la meta lo interesante, realizado, y con sencillez explicaba y ponía ante el alcalde-relámpago, para su garabato, o trataba en conversación suasoria o autoritaria con los ediles, lo que después de semilla se convertía en bosque de Academos.

Así la Hemeroteca. Así su nacimiento, que nadie sabe cómo fue, porque ni siquiera "nació", sino que un día "estuvo". Vaya la historilla: hay una Biblioteca Municipal semiabandonada, y Ruano le facilita reglamento y da personalidad y bulto. En ella se alojan ciertos manojos de periódicos, los que buenamente han caído allí, procedentes de Mesonero, Peñasco y José María de Hita. He registrado el *Boletín Municipal* de los años 1916 a 1919, y he visto el cuadro de servicios a los lectores y el de entrada de impresos. Se citan los periódicos, muy pocos, hasta 1918. Luego el epígrafe desaparece. Ahí está el quid.

Sucede que Ricardo Fuente ha obtenido una plaza en el Ayuntamiento, *refugium literarorum*. En seguida Ruano le va empujando hasta asegurarle en la Biblioteca. Y aquí entra el segundo de la fama. Pero antes he de anotar lo que Madrid le debe (en lo cultural) a don Francisco Ruano. Le debe la Biblioteca en su actual estilo; le debe el despacho de Mesonero; le debe que no haya sido arrasado el edificio del antiguo Hospicio; allí metió la Biblioteca y el Museo, asimismo fundado por él. Le debe Madrid

el Archivo en sus proporciones, instalación, mérito exhibido y abundancia; le debe los trabajos sobre Prehistoria y otro Museo, el que luego se instaló en la Fuente del Berro; le debe la *Revista de Archivos y Bibliotecas*; le debe la reforma radical del teatro Español, tal como lo visitamos. Y la Biblioteca circulante. Y las Bibliotecas de los jardines, que han sucumbido a la desidia. Y la Escuela de Cerámica, encomendada a don Francisco Alcántara, padre de su sucesor en la Escuela, el querido compañero, nuestro llorado Jacinto. Le debe los rótulos de azulejos de las calles de sabor pretérito; la Biblioteca Musical, Archivo y Escuela, fundada, bajo su amparo, por don Víctor Espinós, que hoy regenta su hija Juanita. Y le debe la Hemeroteca.

Y la casa de la Hemeroteca. Y la casa ampliadora de esa casa. Y podría deberle más regalos si sus propuestas, añadidas a las que enumero, hallaran eco crematístico en los alcaldes y ediles. Por ejemplo, quiso proclamar unas *Ordenanzas de la Plaza Mayor* para devolverle su fisonomía y evitar su desfiguramiento; obra que luego realizaron el conde de Mayalde y el señor Soler y Díaz-Guijarro. Propuso adquirir otra casa, el esquinazo de la calle Mayor y la plaza de la Villa, espécimen del Romanticismo, pero pegote en un ámbito donde se encuadran estilos del xv al xvii. Y quiso cerrar con verjas, una vez rectificado el postizo, la plaza de la Villa, y todo el que ahora llamamos Barrio Histórico, para alhaja arqueológica de Madrid y curiosidad y lección de visitantes. También propuso adquirir otra casa más, la que linda con el teatro Español, esquina a la calle de Fernández y González. Allí fundaría el Museo y Biblioteca del Teatro, tomando en cuenta que Madrid es el meridiano del Teatro del Habla, quizá sí y sin quizá, el más extenso y profundo del mundo. Intentó Ruano fundar el Instituto Bibliográfico. Asimismo propuso a las religiosas jerónimas de las Carboneras, el convento lindante con la Hemeroteca, fundado por la condesa de Castellar en el 700, adquirirles la parte conventual, conservando la iglesia con entrada por la plaza del Conde de Miranda, con objeto de

ampliar de nuevo la Hemeroteca, dado que las hemerotecas son como el mar, al que aumentan los caudalosos ríos de los días y ello sin fin. Les iba a construir a las monjas otro convento en un punto a su elección, y de ese modo también se conservaría el estilo de esa fachada de la plaza de la Villa, sin temor a cualquier posible disparate arquitectónico. Las monjas no aceptaron.

No había iniciativa tocante a la belleza, al Madrid realizado por alguna prenda riquísima, que no encontrara en Ruano valedor empujado a la acción realizadora. Era proverbial. Quien tenía lo que Cavia llamaba entonces una "ideica", recibía esta respuesta del que le escuchaba: "Díselo a Ruano. El lo ha de conseguir."

Como consiguió la Hemeroteca. Aunque antes de explicar el trance es forzoso presentar al segundo de la Hemeroteca: a Ricardo Fuente.

He sido amigo de Fuente, no tanto como lo fuí de Antonio Asenjo, y vi en Fuente un hombre dividido en dos. Uno de ellos se parecía a Anatole France, no sólo por aspecto y fisonomía, sino por escepticismo burlón y alegremente corrosivo. Fuente era articulista tremebundo, de los que encendían la sangre o del seguidor, impulsado a la violencia, o del padecedor de su latigazo. Era bohemio sin programa vital, desordenado, despectivo para la norma; en fin, sacado por el patrón revolucionario. Dirigió los periódicos lerrouxistas en la época en que a Lerroux no le había salido barriga burguesa y atizaba a sus mesnadas a emplear la tea y la dinamita sin creer él mismo que le obedecieran. Se fué Ricardo Fuente a París, y allí alternó con los personajes demoleedores del siglo, tanto como con la fauna de los cafés de tertulias renegadoras de las Artes cultivadas, según costumbre monótona. Se batió por la República y batalló contra esto, aquello, lo otro y lo de más allá con empuje juvenil y albedrío de barricada. Era, asimismo, un conocedor de superficies, no de almas, femeninas; hubiera podido redactar un tratado semejante a alguno de los libros para leídos en secreto del Aretino, de Margarita de Navarra o de nuestros Feliciano de Silva o de Fernando de Rojas,

caso de proponerse trasladar a la prosa las lecciones que nos regalaba a los amigotes con sabrosos ejemplos de propia experiencia. Estaba al margen de la sociedad idealmente, esperaba esa Aurora con mayúscula que todos los desesperados, todos los desheredados, todos los soñadores utópicos, todos los rebeldes adoran en sus imaginaciones. Este era en mitad y en apariencia Ricardo Fuente.

La otra mitad, la real, era la del caballero culto y estudioso, la del que ayudó a Benot a construir ese monumento que se denomina *Diccionario de las Ideas Afines*. Era el enamorado de su esposa y de sus hijos. Era el bibliófilo fanático — todos los bibliófilos lo son — que sin cansarse acariciaba el libro con las manos y con los ojos. Fuente, catedrático de una asignatura: la Vida, era sabio del vivir, pues daba más importancia a la amistad, al diálogo y a la cultura socrática que al dinero, la fama o el poder. Sincero, abierto por todas sus ventanas, se le veía por dentro, alma clara y sin esquinas ni rincones recatados.

Trabajaba, aunque presumía de no trabajar, y cotejaba obras de largo aliento para las que allegaba, paciente, notas y acotaciones extraídas de venerables infolios. Cumplidor de su obligación, como no le daba importancia a lo que hacía, despistaba al observador ligero, sospechando de que Fuente “no daba golpe”. Era fecundo en ideas creadoras, que no cultivaba después; era suave de trato, amable y de una cortesía de gran señor, que le aupaba sobre los interlocutores con sus maneras elegantes y llanas.

Y, en fin, ese hombre, esos dos hombres en un hombre, se hacía querer, nunca temer, admirar y, sobre todo, buscar. Su religión civil era la peripatética, tomar del brazo al amigo para conversar de lo a rasero humano. Y si el coloquio era en habitación acogedora, hundido en muelle sillón, al diálogo no le ponía fin, y lo que hubiera de resolverse interrumpiéndole, que lo rematara quien quisiera, a Fuente le daba igual: lo primero era lo primero, usar la inteligencia, la ciencia y el ingenio; que no

hay placer mayor ni ocupación más necesaria para el que posee la sabiduría del mucho conocer y del poco conceder a las ambiciones por las que los demás se despepitan.

Yo le llamaba fauno jovial y él se reía. Constante reidor porque los seres limpios se rien mucho y sonríen siempre, sobre todo si su carácter se mezcla al estoicismo; y Fuente pertenecía a la escuela de Epicteto. Había nacido el año 1866, en Madrid, y murió en 1925. Al extinguirse *El Radical*, que dirigía, probablemente Ruano le colocó en el Ayuntamiento, inventando para él un cargo de retumbante letrado: Jefe de Estudios Periódicos o algo así, camelo sin contenido. Fuente, que tenía el periodismo en la sangre —y el que no lo mezcla a su sangre no lo es, sino oficinista de periódico—, quizá por recuerdo de un propósito público de Julio Burell, o del proyecto de Amalio Jimeno, que no se realizó por existir en la Biblioteca Nacional un sección de periódicos; quizá por su propia idea al advertir la carencia, o por justificar su cargo, el caso es que Fuente pensó que en Madrid era necesaria una Hemeroteca. Lo que no fué, hay que hacerlo constar, un plagio. Pues Hemerotecas, entonces, no las había en parte alguna. Tan sólo colecciones en las Bibliotecas Nacionales de Roma y Washington, como en la de Madrid. Hemeroteca, nombre desconocido, que propuso, en 1911, un erudito francés, monsieur Martin, y que tan sólo en su pureza Madrid realizó. *Hemera*, día; *theka*, depósito, ligazón griega. El dato quizá lo aprendió en París Ricardo Fuente. En 1930 aún no había sino la de Madrid y otra en Europa.

Sea como fuere, se explica todo, como al final del acto tercero. Se explica por qué la Hemeroteca Municipal de Madrid apareció como la primavera sin poder descubrir nadie, ni los más sagaces, cómo había sido. La serie me parece que se encadenó así: Fuente, empleado en menesteres de libros; Fuente que le propone a Ruano la fundación; Ruano que tiene el hilo del laberinto municipal en la mano, calcula que va a ser imposible lograr créditos para una institución por todo lo alto, que considerarían

inexplicable. ¡Un almacén de periódicos! Ruano que propone en juntas reducidas abrir una cosa así como los sabrosos gabinetes de lectura del XIX, este del Ayuntamiento, y gratuito, en favor de los pobres. Aceptado con escepticismo, el alcalde, marqués de Almodóvar del Valle, le da paso. Por cierto que este alcalde, en 1916, confiesa en una entrevista a un periódico—acabo de leerlo—que no sabe cómo arreglar el horrible laberinto de la circulación, la cual no hay manera de encarrilar. Fijense en la fecha: 1916. Menos de dos mil automóviles en la calle.

Y pasan dos años. Y no se hace nada. Sospecha: que Ruano no tiene ni un céntimo para dedicarlo a la original propuesta que se coló por el tamiz de la indiferencia; que han de esperar las cosas de la cultura. Y llega a la Alcaldía Garrido Juaristi, abogado del Estado. Y Ruano puede mandar limpiar un salón de la Tercera Casa Consistorial, la Casa de la Carnicería, en la Plaza Mayor, y poner unos estantes y unas mesas y sillas viejas. Nadie le da importancia al asunto. ¡Cosas de Ruano! Y de la Prensa, con la que nadie quiere enfrentarse.

A los novecientos volúmenes que se llevan del Archivo y de la Biblioteca se agregan los regalos de Luca de Tena, el marqués de Santa Ana (el de *La Corres*), su yerno Serrán, Delgado Barreto, Oria, redactor de *El País*, el propio Ruano y la colección que poseía Ricardo Fuente.

Que no se asuste nadie, que no se entere nadie para evitar que se culpe al Ayuntamiento de dilapidar el dinero en absurdos. No se trata sino del desglose de parte de la Biblioteca Municipal, que se instala en otra dependencia. Es un trámite corriente. La primavera ha venido. Guardadla el secreto. Ha venido el 18 de octubre de 1918. Y espera a sus posibles cultivadores en un departamento novel pobremente instalado.

Por cuanto les refiero, no rebusquen ustedes en algún diario de aquellas fechas alusiones a la inauguración. Yo lo he hecho y puedo certificar que en ninguno de aquellos meses se ocupa del acontecimiento que a ese mismo periódico y a los demás

tanto interesaba: nada menos que la fundación de una Casa eterna para posar los periódicos y que se perpetúen viviendo. Nada. Ni una gacetilla. ¿Por qué? Por el misterio oficial de que Ruano rodeó la genial creación. Es un "Archivo de periódicos" del Instituto de Investigaciones Históricas, eso donde está metido Ricardo Fuente. ¿Fuente? Cuidado. A callar, consigna en la Casa de la Villa.

Sin embargo, tuvo suerte la Hemeroteca, pues además de su intencionante, Ricardo Fuente, y de su gran padrino, Francisco Ruano, irrumpió en su actividad, en calidad de motor acelerado, Antonio Asenjo.

Amable figura, pedacito de Madrid, indispensable personaje, si se quiere conocer la biografía castiza de este pueblo entre fines del XIX y casi mediados del XX, potente trabajador, encendido de entusiasmo por la institución que ahora se hace cincuentona.

Asenjo era un diminutivo, era Asenjito. Pequeño de estatura, gigantesco de voluntad, atacado también del virus periodístico y de ese otro microbio, antes inseparable de los mejores periodistas, que se conoce con el nombre de *bacillus bibliograficus*. Sus comienzos en la vida se desarrollan a orillas del Manzanares, quiere decirse que nació en familia humildísima. No va a más aula que al colegio. Es un autodidacto, un talento que se desarrolla por observación y estudio particular. Asenjo, admirable lección, se hace a sí mismo.

No sé qué fué en el Teatro de pequeñín (digo pequeñín de edad). Desde luego, no cómico; quizá secretario de algún actor, o algo así. Alegre y de una capacidad sorprendente para dominar por simpático el ámbito en que vive a los diecinueve años, entra en *El País*; Castrovido le ampara; hace las reseñas de los toros; firma *Niscuito*, y *Niscuito* le llamarán sus íntimos camaradas. En seguida estrena cositas ligeras, y asciende en el periódico, va a relatar los sucesos. En la plaza de las Salesas, junto a los Juzgados y Tribunales, alquilan, los que llamaba la gente "chicos

de la Prensa”, un entresuelito. En él, además de reunirse para facilitar su misión informativa, instalan un Museo. ¡Qué Museo! Todas las armas recogidas en los crímenes, todos los recuerdos materiales de los robos, asesinatos y atentados, ahorcamientos y pruebas materiales de delito. En el grupo de redactores de sucesos está, en representación de *La Época*, Angel Torres del Alamo. Entre Torres y *Niscuito* se enlaza una amistad que no rompió ni la muerte. Colaboran para el Teatro y para los cuadros de madrileñería barriobajera, que dan a los diarios—los mejores a *La Voz*—interesantes viñetas del Madrid de redichez manolesca. He registrado los ficheros de la Sociedad de Autores y he contado ciento veintidós obras estrenadas en los Madriles suyos, algunas con grande éxito, escritas como si dijéramos “a dos ingenios” por los popularísimos, entonces, saineteros. Añádase la labor en los diarios, agréguese la que Asenjo realizó en la Hemeroteca, donde volcó entera su vida, donde se metió a fondo, y se obtendrá la cantidad de valoración como talento, y de perseverancia, como de noble tesón, del enorme pequeño Antonio.

Pues si a Ruano se debe la realización de la Hemeroteca, a Fuente la idea y las primicias, a Antoñito, *Niscuito*, todos somos deudores a éste de lo que guarda ahora en su proporción más importante, que es la antigua. Asenjo se dedicó a registrar los fardos que iban al *papelote*, vocablo que califica el desecho, impreso o limpio, destinado al molino de las fábricas de hacer cartón. Asenjo iba a las traperías y compraba montones y resmas que página a página registraba. Asenjito se entendía con los libreros de lance y les daba unas monedas por los periódicos arrumbados, pues los libreros de viejo llamaban *clavos* a los paquetes de periódicos que no tenían entonces comprador, y por eso los medio regalaban a cualquier precio con tal que se los llevaran. Asenjito, amigo de los que son libreros, coleccionistas y bibliófilos, les interesó en el porvenir de la Hemeroteca. Y ellos le daban el soplo de dónde podía sorprender piezas importantes. De ese modo, por don Melchor García, de buena memoria, el

de la calle del Desengaño, supo de la existencia de un *Brusi* que hoy está en nuestros estantes. Esa colección del *Diario de Barcelona* tiene entre sus páginas un enchuleado de proclamas, avisos en octavillas, estampas, bandos, etc., que son, en realidad, la historia diaria de Barcelona y de Cataluña entera durante un siglo. Asenjo, al enterarse, acudió al Angel de la Guarda de la cultura madrileña. Ruano, como siempre, le atendió, y a Barcelona fué Asenjo para arrancar a un librero el famoso entero *Brusi*, decano de los diarios españoles después de la *Gaceta*, por una suma insignificante si se compara con su valor. Cuando le dijeron a don Francisco Cambó cómo era de curioso y completo ese ejemplar del *Diario de Barcelona*, y vino a comprobar su mérito, ofrecía por él tres millones.

A ese su vehemente afán de Asenjito se debió la otra hazaña de su ansia por enriquecer la Hemeroteca. Supo que el Congreso poseía cierta imponente suma de Prensa y se estuvo en su biblioteca, en la del Congreso, rebuscando, papeleteando, haciéndose "el longuis", como diría él, nada menos que dos años. A los dos años era amigo muy estimado de los jefes políticos y administrativos. El final de la honrosa intriga es que se llevó —no se asusten— diez mil quinientos volúmenes de un casón de la calle de Segovia, donde el excelentísimo señor Congreso de los Diputados amontonaba el periodismo de un siglo español, y del mismo siglo extranjero. ¿Por qué no hay laureadas para los soldados civiles?

Asenjo era también coleccionista de otros temas, tendencia de todo amante del Libro. Adquirió de otro famoso librero, Francisco Beltrán, el de la calle del Príncipe, una serie paremiológica que es la mejor de España. Está en la Biblioteca Municipal. Porque Asenjo no acaparaba para él, sino para su querido, su hondamente querido Madrid. Y Francisco Ruano buscaba un epígrafe de un apartado de un concepto de una sección de un capítulo para dotar con adquisiciones a su también amado Madrid, si se lo pedían Fuente y Asenjo. Y ahí está, dueño Madrid de

ello, el resultado de la combinación de Ruano, hábil administrador, y Fuente y Asenjo, bien adiestrados lebreles de caza de letra impresa.

También coleccionó Asenjo diccionarios. No sé adónde habrán ido a parar los que ya contaba. Escribió libros y folletos acerca de la Hemeroteca, llevó a la Exposición Iberoamericana de Sevilla un conjunto que causó admirativa sorpresa. Y a Colonia otro que fué memorable, al demostrar que la mejor Hemeroteca del mundo, entonces, era la de Madrid, sobre todo por sus fondos anteriores al xx. Asenjo se puso tan contento que no sé cómo no creció.

Había nacido el año 1879 y murió en 1940. Fué director, después de segundo de Fuente, por traslado a la Hemeroteca desde un empleílo, que de seguro le dió también Ruano, para ayudar a otros viejos empleados que asimismo Ruano condujo desde oscuras oficinas a la Tercera Casa Consistorial; cuando en una modesta habitación repasaban diarios los que tenían frío en la calle o les faltaba dinero. Que así, ya lo dije, empezó la Hemeroteca, con público de pobretes. Allí estaban Alejandro Larrubiera, Manolo Iglesias, también periodista; allí Víctor Espinós, que levantó ese otro monumento al Madrid culto ya aludido, el Museo y Archivo de la Música. Allí, en fin, estaba Manolo Rosón.

Asenjo, de aquellos fondos del Archivo y la Biblioteca Municipal, unos novecientos volúmenes, alcanzó a coleccionar completos o en parte más de diez mil periódicos madrileños y otros más, muchos, nacionales y de países extranjeros. Y eso lo hacía *Nisquito*, el gigante más pequeño del mundo, cuando dirigía *Comedias* y *Comediantes*, estupenda revista de teatros, que él fundó; cuando redactaba artículos, estrenaba cuatro comedias al año con su amigo del alma, y con él daba también a los diarios y revistas cuadros sainetescos dignos de don Ramón o de don Tomás, aquel de la Cruz, este Luceño, sus patriarcas. Caso memorable fué que cuando murió Ricardo Fuente, los escritores,

a una, solicitamos la dirección de la Hemeroteca para Asenjo, y el Ayuntamiento nos hizo caso, y los concejales, unánimes, le votaron. Descubro en este instante que cuando Antoñito deseaba una mejora, proponía una compra o necesitaba cosa difícil para "su" Hemeroteca, y no retiro el posesivo, acudía a sus amigos, que lo éramos de la Hemeroteca también. Y nosotros, sin aludirle, armábamos un timbirimbi en nuestros periódicos acerca de lo que Asenjito pretendía, éramos lo que se denomina ahora "grupo de presión" en favor de un centro ya trascendental. Y ahí está la obra, y no nos arrepentimos; yo desde luego, no, de haberla apoyado. La Hemeroteca a mí solo me debe quizá diez o más acometidas de catapulta.

Los ficheros que Asenjo preparó, comenzó, hizo; como los catálogos, separaciones de estampas, biografías y mil detalles, ignoro si se habrán extraviado, seguirán allí, o si se proseguirán. Son muestra del cuidadoso interés por servir, lema de su vida, servir a los compañeros, servir a los periódicos, servir al Municipio, servir a la cultura, servir al pueblo.

No os extrañará, por la ligerísima evocación de su espíritu de trabajo y de servicio que, cuando la Cruzada, Asenjo sufriera un trauma en la medula de su ser íntimo. Estaba por ahí, en rebusca de alguna buena compra, cuando comenzó la lucha. Yo fui un día a Salamanca, en 1937, y en seguida le busqué hasta encontrarle, al enterarme de que era allí un refugiado. Vi que seguía siendo el Asenjo hemerotecario infatigable del Madrid en sus alegrías, fatigas entonces. En cuanto pudo llegar a la prócer capital castellana, no sé cómo ligó con Millán Astray, nombrado por el Generalísimo Jefe de Prensa y Propaganda. Le convenció de que era urgente, preciso, indispensable, hacer una Hemeroteca. A Millán parecióle de perlas la idea, y en Salamanca se quedó Asenjo reuniendo los periódicos de la zona. ¿Feliz? No. Lloroso. Lloraba, le he visto llorar, y le he consolado, pensando qué pasaría con la Hemeroteca de la plaza de la Villa. Su único consuelo era: "¡Allí está Rosón!" Y al pensar en Rosón secaba sus lágrimas.

Era justa la esperanza, y se realizó. Por lo que vamos a hablar un poquito del cuarto de la Hemeroteca.

Manolo Rosón, hijo de periodista, era periodista. Como verán ustedes, en esto de la Hemeroteca entre periodista madrileños anda el juego. Manolo Rosón era redactor de *El Liberal* al comenzar el Alzamiento, al final era su director. Y así como Asenjito había figurado de segundo de Fuente, Rosón era el segundo de Asenjo. Su obra, que merece nuestra gratitud emocionada, fué defender la Hemeroteca a riesgo mortal. Los que recuerden cómo fué la agonía de Madrid de 1936 a 1939, apreciarán que la frase es exacta. Se jugaba cualquiera la vida al oponerse a los *ukases* de los mandones sin ley y sin freno. La fuga de todos los que podían escaparse, la ausencia de los que pudieron esconderse, dejó a Manolo Rosón solo ante la responsabilidad. Iba tirando, iba escondiendo, pues temía que el edificio acabara en incendio o hundimiento si la guerra lo mordía con su furia. Rescataba en cajas lo mejor del tesoro, metía las cajas en el sótano. Caían proyectiles alrededor, había saqueos... Rosón vigilaba, apuntalándose en su puesto de director de *El Liberal*, invulnerable por su cargo de periodista de nota, encarado a las patrullas de magnates de la hoz, la coz y el martillo. Pasaban rápidos, más rápidos aún que en la Monarquía, los alcaldes. Le dejaban en paz. Coleccionaba Rosón, eso sí, con celo ardoroso los periódicos de la zona escarlata, como Asenjo, por su parte, coleccionaba los de la zona azulosa. ¿No es admirable la conducta de los dos, los dos pensando por su lado en el beneficio y acrecimiento de su Hemeroteca entrañable? Un día del año 37 le llegó a Rosón la orden fatal: enviar fuera de España las piezas maestras de la ya universalmente famosa colección. Era el pretexto. Manolo, el cuarto de la Hemeroteca, aleccionado en la conducta de Ruano, de Fuente y de Asenjo, puso a cara y cruz su propia existencia. Era testigo de que con orden oficial se habían llevado de España el oro y la plata del Banco, el contenido de las cajas particulares de éste y de los otros Bancos, los depósitos

de los Montes de Piedad, el Museo del Prado, el monetario del Arqueológico, crímenes contra España; como querer sacar parte de la Biblioteca Nacional, lo más valioso, el tristemente célebre comunista Jesús Hernández, ministro de Instrucción Pública, que mandaba empaquetarlo y enviarlo a Rusia, delicado obsequio. Salían de España también las riquezas de las iglesias... La lista de despojos sería interminable. Un grupo de verdaderos artistas, de intelectuales, formaron la Junta del Tesoro Artístico para rebuscar en los saqueos de edificios oficiales y de casas particulares obras plásticas o libros bellos, y almacenarlos en el Museo del Prado y en la Biblioteca Nacional en espera de la solución de la guerra. Madrid, víctima de una locura de destrucción, de incendio, de nihilismo... y de "expropiaciones"; así llamaban a los expolios. En este caos—no se olviden los asesinatos—negarse a los ordenos de los patrulleros de fusil ametrallador era supinamente heroico.

Y Manolo Rosón lo fué. Julián Besteiro, su apoyo. No es de extrañar que Besteiro ayudara a burlar el robo de personas y entidades. Hay un antecedente elocuentísimo. Cuando presidía una tarde las Cortes Constituyentes, como el calor agobiase, uno de los diputados le interrogó:

—Señor presidente, ¿podemos quitarnos las chaquetas?

—Cada uno la suya, sí—respondió, rápido, Besteiro.

Tal era su concepto de ciertos jerifaltes... y del ambiente general. Besteiro, al que se debe tanta estimación, era enemigo, pues, de aquella barbarie desatada.

—¡Resista usted! ¡Dé largas!—aconsejaba en sus repetidas cuitas a Rosón.

Pues fueron cuitas, en plural. Primero colocó un cartelón ostentoso en la Hemeroteca: "Este edificio es del pueblo y está en nuestro tesoro nacional." En seguida ayudó como pudo a las pobres "Carboneras" a salir de estampía y a vestirlas como mujeres no religiosas. Después pidió doce cajas o armarios de hierro. "¿Para qué las quieres?", le preguntaban los ayunta-

menteros. “Por si hay un incendio—les respondía—. Ya han caído obuses en la fachada.” Abría la Hemeroteca por la mañana. Después acopiaba en los sótanos las piezas importantes. Se defendía, los periódicos le llegaban o los compraba. Ayudáronle en eso los alcaldes con órdenes de envío. ¡Y se publicaban tan pocos!

Aquella primera orden, fatal para la Hemeroteca, indicaba: “Hay que mandar a la Exposición de París (que lo era en 1937, si recordáis bien, de Artes Decorativas), lo más granado de las colecciones, lo más importante.” Rosón acudió a Besteiro, Besteiro al que era alcalde. Rosón se negó con razones que no eran razones para la desobediencia. Salió del paso. El año 38, otra vez la exigencia. Debían ir a Londres nuestras preciosidades. Un señor Redondo, que no sé lo que era, quizá alcalde del alcalde, su comisario político, algo supinísimo en rango, le llamó en vista de sus oficios disculpatorios. En su cara le dijo Rosón que no, que la Hemeroteca no podía viajar en aquellos años sin garantías. De nuevo Besteiro se interpuso. Y llegó el año 39. Los soldados rescatadores dejaban para lo último a Madrid. Le llamó Henche, alcalde a la sazón, y le dijo que había recibido una orden de Wenceslao Roces, ministro de Instrucción Pública, para que sin excusa alguna hiciera el paquete de lo más codiciado e importante de la Hemeroteca, que era preciso, sin remisión ni dilaciones, enviarlo a un sitio ignorado. Rosón se fué a Valencia a ver al tal Roces; no recibió a Rosón, y el director forzoso de la Hemeroteca le transmitió un oficio más, negándose. Su argumento era inocente y “apto” para la cárcel: “Esto no es nuestro.”

En Madrid, de nuevo le llama Henche. Avanzaba el año 39. Henche le dice que ahora la orden es del ministro de la Gobernación, y que la negativa es jugárselo. Se refería al pescuezo. El tal ministro se llamaba Paulino Martínez. ¿Les suena a ustedes? Besteiro aconsejó a Rosón en su habitual consulta de terrores lo de siempre, más justificado: “Esto se acaba. Resista como pueda. Es cosa de poco. Aguante. Escúrrase. Resista.”

Henche, la verdad sea dicha, en las dos ocasiones en que intervino también ayudó a Rosón a enmascarar la rotunda negativa. Pero la verdad es que hasta el 30 de marzo circulaban por Madrid los mismos pelotones de ejecución, y esperaban carnaza las mismas checas que en noviembre del 36, el mes más fatídico de Madrid, incluido mayo del 1808.

Por tal arrojado mérito Rosón es el cuarto de la Hemeroteca en mi sentir. Pues sin él, hoy la Hemeroteca sería depósito de periódicos, pero también joyero sin joyas: las que no hay en ninguna parte ni podrá haberlas nunca. Las que lucimos nosotros gracias a Ruano, a Fuente, a Asenjo, a Rosón, el superviviente. A los acreedores de nuestra deuda, pues nos han engrandecido.

* * *

Para terminar, quiero decirles a ustedes que estas notas alusivas a la Hemeroteca hubieran sido o neblinosas o refritadas sin la coincidencia de haber presenciado yo, en persona, el desarrollo de la historilla. Pues el mismo Asenjo, y luego, al cumplirse el cuarto de siglo de la fundación, su director de entonces, señor Varela Hervías, el erudito y acrecentador de la misma, y el hoy jefe en el cincuentenario, el maestro de todos, Federico Carlos Sainz de Robles, han publicado interesantísimas páginas contando el suceso y describiendo el catálogo y la situación al día. Por lo que sin aportar algún dato nuevo, como ha sido mi propósito, pareciera esta conferencia reiteración ociosa. No lo será, en manera alguna, contarles a ustedes que en la Hemeroteca, desde la muerte de Asenjito, por obra de Varela y su valedor en el Concejo, Tomás Gistáu, que fué su Ruano, el edificio acogió los sepulcros de Ramírez de Madrid y de su esposa, doña Beatriz, la *Latina*, así como la escalera del en mal hora destruído convento de la calle de Toledo, y el despacho del "setentón". Y después, en esa mansión encantadora, último vestigio de la

casa toledana en Madrid, que uno envidia, rincón que enamora, el microfilm, los frescos pompeyanos de Guijo, los cuidados ordenadores, la perfección del servicio, la simpatía acogedora, hacen de la Hemeroteca lugar que sale en lenguas de alabanza de los extranjeros que la visitan, al consultar a Sainz de Robles, virgilio de aquel círculo de la investigación. Hay que señalar que en los últimos tiempos la concurrencia ha cambiado. De aquellos que se metían en la Hemeroteca para pedir los diarios de la fecha, amparándose en la calefacción o distraendo así sus ocios, se ha pasado no a lectores, que no los hay ya, sino a investigadores. Da placer asomarse a la sala donde cientos de personas, muchachas letradas incluidas, trabajan afanosas, cómoda y familiarmente acogidas; y orgullo da que de la Hemeroteca salgan las tesinas y las tesis universitarias, y los datos para las biografías, y las Historias solemnes, así como las comprobaciones de la polémica, o el dato aclarador seguro. El aficionado ha desaparecido de la Hemeroteca, queda el profesional del libro, del periódico y de la ciencia histórica y literaria.

Hay en este momento tres Hemerotecas en Madrid. Que en todo somos si no diferentes, como dicen los carteles de propaganda, sí bastante raritos. Este es un asunto excesivo que liquidará el porvenir. Y el porvenir quizá resida en los trabajos del quinto de la Hemeroteca. ¿Quién es el que sucede a los cuatro anteriores, pues los dos que dirigen desde el año 40, Varela y Sainz de Robles, no han visto ante sí coyuntura para cambiar el rumbo de la institución? El quinto de la Hemeroteca puede ser don Carlos Arias Navarro. Lo será. Que Dios no me desmienta. Sabéis que entre sus iniciativas, pues de un capitán de contiendas por Madrid se trata, una de ellas es el rescate del cuartel del Conde Duque. Cosa justa, pues lo pagó en solar y en ducados, buen dinero, el pueblo, el Ayuntamiento. Nuestro Alcalde desea que nos sea restituído el cuartel del Conde Duque, con su sorprendente portada barroca, una de las mejores muestras de ese estilo, para allí instalar todos los centros culturales

de esta Casa: Archivo, Biblioteca, Museo, Hemeroteca. El proyecto es sensacional. Si lo saco a colación es para pedir a San Isidro y a su ángel logrador que Madrid, que tiene su protección especial, sea auxiliada en la iniciativa de nuestro Alcalde. Y que don Carlos Arias Navarro sea, por ello, el quinto de la Hemeroteca. Asimismo, sin miedo y sin tacha, como los cuatro anteriores, y con tanta fortuna. Sucesores de los de la isla del Gallo en el empuje para una empresa: ésta, la de la Hemeroteca. A la que calificó Roberto Castrovido, insigne madrileñista —ahí va el piropo—, de “honra y espejo de Madrid”.

APENDICE

BREVE HISTORIA

LA HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID

(1918 - 1968)

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

1916 Era alcalde de Madrid el excelentísimo señor don Martín Rosales, duque de Almodóvar del Valle; secretario general del Concejo don Francisco Ruano Carriedo y director de la Biblioteca Municipal don Ricardo Fuente Asensio. El 25 de agosto de 1916 dicho señor alcalde presidente presentó al Concejo pleno del Ayuntamiento una moción para la fundación de la Hemeroteca Municipal. La moción quedó aprobada por unanimidad. ¡Ah!, y algo más raro: sin discusión.

Durante dos años, de octubre de 1916 a octubre de 1918, fueron realizadas las obras necesarias en varias salas de la Tercera Casa Consistorial o de la Carnicería —en la Plaza Mayor—, para que en ellas pudieran aposentarse con decoro los primeros fondos periodísticos, todos ellos importantísimos, que procedían de la Biblioteca Municipal (entonces en la plaza del Dos de Mayo) y del Archivo de Villa (en la Segunda Casa Consistorial, o de la Panadería), de la Plaza Mayor. En total, 900 volúmenes repartidos en doscientos títulos, españoles y extranjeros.

1918 Era alcalde de Madrid don Luis Garrido Juaristi, secretario general del Ayuntamiento don Francisco Ruano Carriedo y director de la Biblioteca Municipal y de la flamante Hemeroteca el notable periodista don Ricardo Fuente Asensio.

Sin la menor solemnidad, la Hemeroteca quedó inaugurada el 18 de octubre de 1918. La mayor parte de los diarios madrileños ni dieron la noticia de tan admirable acto, precisamente legítimo y máximo orgullo de la profesión periodística. Sólo diez días después, el 28 de octubre, el gran poeta sevillano y archivero bibliotecario don Manuel Machado—que se haría cargo poco después de la dirección de la Biblioteca Municipal— escribió en *El Liberal*, de Madrid, un artículo laudatorio de la Hemeroteca (luego recogido en su libro *Día por día de mi calendario*), del que copio algunos párrafos: “Se inauguró el sábado la Hemeroteca Municipal. Periódicos, diarios, semanarios, revistas, diccionarios, libros, manuales, guías... Se abrió el sábado, y hoy lunes me dice Ricardo Fuente, el docto bibliotecario municipal, que el público de lectores llena el amplio local de bote en bote y que hay que echar gente fuera por falta de espacio.

”Y eso —añade alegremente— que algunos están leyendo de pie.

”Todo lo que se dice de la indiferencia de nuestro pueblo, de su falta de lectura, de su desamor al estudio, es una mentira más o menos ingenua. Lo que aquí se advierte por todas partes es un ansia, una verdadera sed de cultura. Hay, pues, que alabar las nobles iniciativas de nuestro Ayuntamiento para favorecerlas. Y que el ejemplo cunda. Ya es algo eso de ver a España en pie y leyendo.”

En aquel año de su apertura al público lector, la Hemeroteca recibía setenta y cinco diarios y revistas en curso. Pero don Ricardo Fuente Asensio, auxiliado por el inagotable entusiasmo y el celo ejemplar de otros periodistas ya ilustres, Antonio Asensio y Manuel Rosón, bien pronto consiguieron quintuplicar el número de las publicaciones recibidas. Tal éxito pareció conmover a los

sucesivos Concejos municipales; los cuales, estimulados, además, por la decisiva protección a la Hemeroteca de don Francisco Ruano, votaron cantidades modestas, aun para aquellos tiempos, en pro del enriquecimiento de aquélla, tanto en sus fondos como en sus instalaciones. Y no mucho después éstas ya eran insuficientes para aquéllas. En la primavera de 1922 quedó instalada —la parte histórica y más valiosa de la Hemeroteca— en la nobilísima y bella casa del siglo xvii, con detalles aún más remotos, de la plaza de la Villa, 3.

1922 Se reorganizó, en su ampliación, la Hemeroteca, que comprendía varias Secciones independientes entre sí: Dirección, Publicaciones madrileñas, Publicaciones de provincias y Publicaciones del extranjero. El público lector quedó atendido en dos salones, el más amplio, para la lectura de los periódicos en curso de publicación, en la Plaza Mayor; el más recogido y recoleto, para los investigadores, en la plaza de la Villa. Este último salón con balcones a un seductor patio ajardinado, hermano menor del jardincillo de la casa de Lope. Varias compras importantes a particulares y libreros de lance aumentaron el *valor histórico* de la Hemeroteca.

1925-1936 A la muerte de don Ricardo Fuente Asensio, acaecida en 1925, le sustituyó en la dirección de la Hemeroteca el también gran periodista y excelente sainetero de costumbres matritenses don Antonio Asenjo. Cuya labor, entre 1924 y 1940, resultó, en verdad, impresionante. Hasta el punto de serle adjudicado con justicia el título de gran impulsor, ordenador y divulgador de los valores extraordinarios —y crecientes año tras año— de esta dependencia municipal, orgullo de la cultura de Madrid. Antonio Asenjo llevó —1928— a la Exposición de la Prensa, celebrada en Colonia, setecientos un títulos (fechas, 1661-1906), casi todas las publicaciones madrileñas, causando viva admiración entre expositores, eruditos y curiosos de

cuantos países concurrieron a dicha Exposición. Las vicisitudes de esta efemérides las narró Antonio Asenjo en su *Memoria y Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas presentadas por la Hemeroteca Municipal de Madrid en la Exposición de Prensa de Colonia*. Por esta publicación se sabe que, en 1928, en la Hemeroteca se guardaban 36.650 volúmenes correspondientes a 5.023 publicaciones. En 1929 Antonio Asenjo organizó, en Sevilla, una nueva exhibición de los más ricos y curiosos periódicos de la Hemeroteca. Y la crónica de esta efemérides quedó impresa en *Índice de las publicaciones periódicas, antiguas y modernas, editadas en lenguas ibéricas, que figuran en el Pabellón de Prensa Iberoamericana de la Exposición de Sevilla* (1929). Quedaron expuestos ciento setenta y nueve títulos aparecidos entre 1661-1875. Y el *Índice* tuvo como complemento precioso una *Memoria publicada con motivo de la presentación, en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, de algunas publicaciones hispanoamericanas que se conservan actualmente en la Hemeroteca de Madrid*. Una novedad en esta Memoria: el primer intento, muy interesante y digno, de presentar una bibliografía de la Prensa española. En 1926 Antonio Asenjo se había apuntado otro éxito: la adquisición de la serie completa del *Diario de Barcelona* (el famoso *Brusi*), fundado el 2 de octubre de 1792. De esta colección ha escrito don Eulogio Varela, tercer director de la Hemeroteca: "Si la serie en sí es preciosa, esta que poseemos viene realizada con una colección—del más alto valor histórico—de papeles varios políticos e impresos diversos sobre las circunstancias del momento presente, que, como complemento documental, la convierte en periódico-archivo." Antonio Asenjo escribió el folleto *Diario de Barcelona (1792-1929), Monografía bibliográfica del decano actual de la Prensa periódica española*.

Tal fama alcanzó, dentro y fuera de España, la Hemeroteca de Madrid entre los años 1925-1936, que sobre ella llovieron los donativos de particulares y las suscripciones gratuitas de diarios

y revistas. Para el periodismo español es un orgullo que sus órganos de expresión se coleccionen y mimen en este centro de cultura modelo.

Varela Hervías señala el crecimiento de sus fondos:

1929	40.000 volúmenes, 6.000 títulos
1930 (abril)	41.000 — 6.000 —
1931 (enero)	42.000 — 6.000 —
1933 (diciembre) ...	50.000 — 9.000 —
1935	60.000 — 9.500 —

Y como el inmueble de la plaza de la Villa quedó insuficiente como depósito, en 1933, pegado a la espalda de la noble casa del siglo XVII, fué levantado un edificio de seis plantas con cara a la calle del Codo. Mas como en 1933 y en 1934 llegaron a la Hemeroteca "numerosas series procedentes del Congreso de los Diputados (10.620 volúmenes), a finales del segundo de aquellos años quedaron habilitados como depósitos enormes los sótanos de la llamada Casa de Cisneros, separada de la Hemeroteca por la calleja del Cordón. Esta enorme adquisición y su colocación en los enormes depósitos quedó reseñada por Antonio Asenjo en su *Relación de las publicaciones periódicas propiedad del Congreso de los Diputados que se custodian en depósito en la Hemeroteca Municipal de Madrid* (1935). La preocupación obsesiva del excelente periodista director fué que la Hemeroteca alcanzase el rango científico que sus fondos merecían, preocupación que quedó reflejada en otros interesantes e importantes trabajos suyos: *Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas existentes en la Hemeroteca Municipal de Madrid (1661-1930)* y *La Prensa madrileña a través de los siglos (Apuntes para su historia desde el año 1661 al año 1935)*. La organización primitiva de este centro no tuvo modificaciones de importancia en estos años; pero fueron iniciados trabajos muy eficaces acerca de la iconografía nacional, de la iconografía extranjera

y de las informaciones sobre Madrid. Todos estos materiales extraídos de la Prensa y pasado a sendos ficheros.

En 1932 y en 1935 fueron impresas por las Artes Gráficas Municipales las dos ediciones del *Reglamento para el Servicio de la Hemeroteca*, aprobada la última edición en diciembre de 1934. Consta de doce páginas y de veinticinco artículos. Y por él nos enteramos de la noticia dada: que los lectores de diarios y revistas en curso eran atendidos en la... ¡plaza de la Constitución! Que con este nombre había confirmado el Ayuntamiento republicano a la Plaza Mayor en 1931. (Aclaro: que el de "Constitución" no era nombre extraño para la hermosa plaza, pues que lo había llevado durante los efervescentes años liberales de 1820-1823, y cuando nuestra primera República, en 1872.)

1936-1939 Una feliz casualidad hizo que Antonio Asenjo estuviese en Salamanca al estallar la guerra civil española (1936-1939). Y escribo feliz casualidad, porque así Asenjo, siempre obsesionado con los fondos de su querida Hemeroteca, se dedicó plenamente—por estar muy por encima de la última edad militar—a recoger y coleccionar toda la Prensa publicada en la llamada zona nacional, y a establecer en Burgos, tras arduas gestiones, una Hemeroteca dependiente del Ministerio del Interior, pero, desde muy poco después, ya en relación sostenida con el Ayuntamiento de Madrid reunido en la España del Generalísimo Franco.

Y otra casualidad, no menos feliz, valió para que a Manuel Rosón, periodista inteligentísimo y aún muy joven, secretario de la Hemeroteca Municipal de Madrid, colaborador incansable y eficientísimo de Antonio Asenjo, le cogiese la guerra en Madrid. Donde, con no menor entusiasmo que Asenjo en zona nacional, se dedicó a seguir recogiendo y coleccionando toda la Prensa aparecida en la llamada zona roja, y preparando de ella un minucioso catálogo que aún permanece inédito. Pero para Manuel

Rosón la empresa resultó más difícil que para Antonio Asenjo; aun cuando Rosón, justo es consignarlo, encontró todas las posibles protección y colaboración en los Ayuntamientos madrileños que se sucedieron en aquellos calamitosos años.

Para plantear el tema con claridad y en sus precisos límites, quiero reproducir algunos párrafos de la carta a mí dirigida, fecha 22 de enero de 1968, por el querido amigo Rosón, único superviviente hoy de la memorable y hermosa empresa que fué —y sigue siendo— la fundación, prehistoria, edad antigua y edad media de nuestra Hemeroteca. He aquí tales párrafos: “Pero tal vez, lo que para mí tiene más valor —entrañable valor— es la copia de la documentación relativa a la defensa que hice de determinados fondos, los más valiosos, de la Hemeroteca para que no fueran enviados a la Exposición Internacional de Nueva York, en 1939. Se da el caso curioso de que me negué dos veces a la salida de dicho material, sin que fueran atendidas las razones que entonces expuse para que no saliera un solo ejemplar de Madrid. Anteriormente había guardado en cajas de madera, protegidas por sacos terreros, el fabuloso tesoro periodístico que contenían los armarios blindados. Todo ello quedó convenientemente depositado en los sótanos. Creo que sabes que cayeron siete obuses en la casa nueva y la techumbre de la vieja, en su fachada de la plaza de la Villa... Ya en las Exposiciones de París (1937) y Londres (1938) intentaron llevar a esos certámenes muestras periodísticas de nuestra querida Hemeroteca, y salí del paso, verbalmente, ante los alcaldes señor Talanquer, que sustituyó a don Pedro Rico, accidentalmente, y don Cayetano Redondo. En 1938 era alcalde el señor Henche de la Plata, que se portó muy bien cuando el determinado traslado de nuestros fondos a Nueva York, en 1939. Pero en esta ocasión los tiros eran muy certeros, y tanto Paulino Martín, ministro de la Gobernación, como Wenceslao Roces, que lo era de Instrucción Pública, acabaron por imponer su criterio. De todos modos, y siguiendo los consejos de don Julián Besteiro, a quien consulté el caso, estuve

remoloneando desde los dos últimos meses de 1938 hasta enero de 1939. Y el propio Roces había nombrado a un amigo suyo comunista para que me atosigara en la preparación del envío..."

Cuanto me escribe Manuel Rosón es toda la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad, según he podido comprobar con documentos irrefutables. Empezaré por demostrar el interés especial por conservar y acrecentar los fondos de la Hemeroteca. La primera defensa de sus fabulosos fondos y el reconocimiento oficial de su valor impar apareció el sábado 6 de marzo de 1937 en el *Boletín Oficial de la Junta de Defensa de Madrid*, que paso a copiar :

"Es gala y orgullo de la capital de la República la Hemeroteca Municipal, organismo admirable que, dirigido por personal competísimos, presta excelentes servicios a la cultura. Cuidar de instituciones de esta clase es deber elemental de quien gobierne Madrid, y considerando el gran valor que tiene la Prensa, como material para el cultivo de la Historia y lo conveniente que para ésta es que no se pierdan ninguna de las múltiples publicaciones periódicas que han visto la luz durante el período revolucionario y que han de ser fuentes históricas el día de mañana; en uso de las facultades que tengo conferidas como presidente de la Junta Delegada de Defensa de Madrid, y a propuesta del delegado de Propaganda y Prensa, vengo a disponer lo siguiente :

Primero. Todos los periódicos y revistas que se editen en la capital de la República están obligados a remitir dos ejemplares a la Hemeroteca Municipal para nutrir las colecciones de la misma.

Segundo. Las publicaciones de las clases indicadas que hayan visto la luz a partir del 18 de julio de 1936 remitirán también dos ejemplares de cada uno de los números publicados.

Madrid, a 5 de marzo de 1937.—El Presidente de la Junta, *José Miaja*.

El Delegado de Propaganda y Prensa, *J. Carreño España*."

El segundo reconocimiento oficial de la España republicana al valor de los fondos de la Hemeroteca apareció en el número 284, del 11 de octubre de 1937, de la *Gaceta de la República*, y dice así:

“Siendo la Hemeroteca Municipal de Madrid la primera colección de publicaciones periódicas de España y una de las más importantes del mundo; atendiendo, asimismo, al gran interés social e histórico que entraña el conservar un testimonio de todas las publicaciones que están viendo la luz en la España republicana,

Este Ministerio dispone lo siguiente:

Todos los periódicos y revistas que se publiquen en territorio republicano deberán remitir dos ejemplares de cada uno de los números que aparezcan a la Hemeroteca Municipal de Madrid. Asimismo deberán ser enviados a esta Hemeroteca dos ejemplares de cuantas publicaciones vean la luz en forma de hojas, proclamas, manifiestos, folletos, etc., relacionados con la lucha del pueblo español, salvo aquellos que entren en la categoría específica del libro.

Valencia, 8 de octubre de 1937.—P. D., *W. Rocés.*”

Estas dos disposiciones oficiales valieron para que Manuel Rosón *remolonease sabiamente*, para así evitar el envío de los más importantes ejemplares de la Hemeroteca a la Exposición Internacional de París, celebrada a fines de 1937. El Gobierno republicano, tajante, dispuso la participación de la Hemeroteca en aquella Exposición. Le urgía demostrar que la cultura era uno de los deberes de honor cumplidos con mayor eficacia. En la Hemeroteca se conserva copia de la advertencia declarada por Manuel Rosón: “Los periódicos guardados en las cajas lo fueron en previsión de posibles accidentes de guerra. Antes se

encontraban en armarios de hierro; pero se creyó más seguro bajarlos a los sótanos, todo ello mientras esta zona era bombardeada. Se hace esta advertencia porque al recibirse la orden de Instrucción Pública en el sentido de enviar a París los más raros ejemplares, se aprovechó lo que ya estaba en las cajas y a cubierto de cualquier riesgo. Así, pues, aparecerán publicaciones duplicadas; otras —poquísimas— sin sellar, algunas con papeletas entre sus páginas, y que no pudieron distribuirse por la urgencia que imponían las circunstancias. Hay también varias que no son periódicos, pero que se guardan por su rareza. Todo ello consta de modo exacto en la relación redactada como inventario. Relación que deberá estar guardada en lugar seguro por ser el único documento que registra el contenido de las cajas.”

En efecto, la mentada relación de las publicaciones que iban a ser enviadas a París se conserva en la Hemeroteca: en total, trece grandes cajas con 2.144 títulos de diarios y revistas impresas entre 1661 y 1900, y otras tres cajas con ejemplares sueltos de periódicos, igualmente muy raros y valiosos.

Las incidencias bélicas, incrementadas por aquellas fechas, hicieron que las autoridades gubernamentales olvidaran sus órdenes. Manuel Rosón aprovechó aquel olvido para detener el envío y preparar la coartada por si surgían más tarde reprimendas a capítulo cerrado. Que no surgieron. Y algo semejante aconteció en 1938, con motivo de la Exposición de Prensa en Londres. Casi calcadas las disposiciones oficiales y las suaves y disfrazadas resistencias de la dirección de la Hemeroteca Municipal.

Pero “la cosa” pintó peor cuando se trató de llevar nuestro tesoro a la Exposición de Nueva York, que iba a celebrarse a primeros de 1939. El 6 de diciembre de 1938 el alcalde de Madrid, señor Henche de la Plata, recibió la terminante comunicación del ministro de la Gobernación, que era don Paulino Martín:

“Hay un sello en seco, que dice: Ministerio de la Gobernación.—Orden Público.—Número 2.373.

Excmo. Sr.: Habiendo acordado la Comisión interministerial nombrada para organizar la instalación de España en la Exposición Universal de Nueva York 1939 la conveniencia de que en ella figure una selección de los ejemplares más interesantes de los periódicos coloniales y de los relacionados con América, ruego a V. E. tenga a bien autorizar el envío, dando para ello orden al Director de la Hemeroteca Municipal de Madrid, para que, de acuerdo con don Angel Ferrán procedan a dicha selección. Barcelona, 2 de diciembre de 1938.—El ministro de la Gobernación (firma ilegible).—Excmo. Sr. Alcalde de Madrid.

Madrid, 6 de diciembre de 1938.—Pase a informe del Jefe de la Hemeroteca Municipal.—Firmado: *J. Marcos.*”

Y el jefe de la Hemeroteca —que lo era Manuel Rosón— informó así:

“En cumplimiento del anterior decreto, el que suscribe tiene el honor de manifestar a V. I. que en esta Hemeroteca existen efectivamente raros ejemplares de publicaciones de América y Filipinas, algunas de las cuales deben considerarse como las primeras muestras del periodismo en aquellos países. En la actualidad todas ellas, en previsión de accidentes que pudieran derivarse de los bombardeos que sufre Madrid (en el edificio de la Hemeroteca han estallado siete proyectiles de artillería) se encuentran, en cumplimiento de lo ordenado, a cubierto de cualquier contingencia en lugar que S. E. el señor alcalde y V. I. no ignoran. Ello hace materialmente impracticable cualquier manipulación que afectaría forzosamente a otras muchas publicaciones valiosísimas también, que fueron salvadas en su día. Aun en el caso de que para la concurrencia de esta Hemeroteca a la Exposición Internacional de Nueva York se dieran garantías sobre el

transporte, permanencia y devolución de este tesoro periodístico, el que suscribe considera aventurada la remisión de cualquier ejemplar de los que se interesan, varios de los cuales pueden ser considerados como únicos.

Por todo lo expuesto, estimo que aun reconociendo y agradeciendo el alto honor que para el Consejo Municipal y para esta Institución de cultura representa tan grata invitación, *debe declinarse ésta, desistiéndose, por tanto, de efectuar envío al certamen mencionado.* [Lo subrayado cárguese a mi cuenta.]

V. I., como siempre, resolverá lo más conveniente.

Madrid, 7 de diciembre de 1938.”

Con fecha 9 de diciembre la Alcaldía de Madrid envió al ministro de la Gobernación copia del dictamen del jefe de la Hemeroteca. (La comunicación se guarda en esta dependencia. Y no la copio por no alargar esta breve reseña.) Pero el 31 de diciembre del mismo año, el ministro de la Gobernación insistió en su deseo comunicándolo al señor alcalde. De esta comunicación recojo la parte más importante:

“...Al presentarnos en este concurso, contamos con elementos suficientes para que nuestra concurrencia sea lucida... Fácil es a V. I. comprender todo el valor que había de tener a tal objeto la exposición de una manifestación tan importante como la de la creación de la Prensa en América. Ya se contaba al hacer esta solicitud a ese Ayuntamiento conque habría dificultades para realizar la selección que se sugiere; pero el objetivo es de tal interés que bien merece un sacrificio. En cuanto al riesgo que las obras puedan correr, del mismo Madrid van a expedirse otras de valor inestimable, tomándose para su envío, conservación en el certamen y reintegración a sus lugares de origen, las garantías más absolutas...”

De esta comunicación pasó razón la Alcaldía, para el informe

correspondiente, a la Jefatura de la Hemeroteca... ¡13 de enero de 1939! Tres días después, el jefe de la Hemeroteca vuelve a informar con igual firmeza:

“...Nuevamente y consciente del valor que para esta institución cultural representan esos periódicos, me permito expresar respetuosamente a la Superioridad de su remisión en las presentes circunstancias... el indudable riesgo...”

El mismo día, Manuel Rosón mantuvo una conversación con el señor alcalde, de la que copio los fundamentales párrafos:

“En vista de la nueva comunicación del señor ministro, sólo podría aducirse como razón insuperable la de que con motivo de las presentes circunstancias sería muy peligroso ensayar el envío a Barcelona, Valencia u otro puerto de embarque.

Otra solución: demorar las respuestas y confeccionar un minucioso catálogo.

Otra: que Manuel Rosón se desplazase a Barcelona para tratar directamente con el Comité de la Exposición.

Otra, la más efectiva: manifestar al Gobierno que la Hemeroteca concurriría a Nueva York sólo a base de que su tesoro fuera personalmente vigilado por su actual director, única persona que en estos momentos puede expresar el valor y la significación de los materiales.

En caso doloroso de que la guerra adquiriese rumbos alarmantes, ¿qué garantías podría ofrecer la persona que tuviera en su poder los libros, sin estar allegado a la Hemeroteca ni conocer sus fondos? Es preciso insistir: los alcaldes pasan, los funcionarios quedan y éstos pueden ser en su día responsables de cualquier debilidad de aquéllos.”

Así, Manuel Rosón sólo admitiría *la orden por escrito* (¡gran valor le echó Rosón, en aquel momento, a su decisión tajante!), quien insistió en que el traslado debería hacerse en buque extranjero, y, a ser posible, de guerra. Y que una vez terminado el

certamen, los libros tendrían que quedar depositados en nuestra Embajada en Washington.

El alcalde estuvo conforme con las soluciones del señor Rosón. Al día siguiente —17 de enero— se reunió la Comisión de Gobernación, siendo aprobado por seis votos contra seis el envío de los periódicos a Nueva York. El representante de la minoría sindicalista, don Angel Alvarez, defendió el punto de vista de la Jefatura de la Hemeroteca. Votaron a favor del envío: socialistas, U. G. T. y comunistas; y en contra: C. N. T., F. A. I. y republicanos.

El viernes 20 de enero, don Manuel Rosón se entrevistó con don Julián Besteiro, que siempre tuvo para la Hemeroteca singulares deferencias, y de la que fué muy asiduo lector. Se mostró apesadumbrado del acuerdo municipal de envío, y recomendó al señor Rosón “que en lo posible siguiera defendiendo los periódicos”.

El 21 de enero los representantes de la Unión Republicana en el Concejo enviaron al presidente del Consejo de Ministros, ministros de Comunicaciones, de Instrucción Pública y de Gobernación y presidente de las Cortes el siguiente telegrama:

“Ante acuerdo Consejo municipal sesión de hoy, adoptado por dieciocho votos contra quince, envío valiosísimos ejemplares de la Hemeroteca Municipal, protestamos enérgicamente de no existir seguridades absolutas retorno de los mismos.”

Al telegrama se adhirieron la Izquierda Republicana y el Partido Sindicalista. El casi inmediato desenlace de la guerra de España determinó la salvación de los tesoros de esta Hemeroteca.

1939-1968 A la muerte de don Antonio Asenjo, la Hemeroteca pasó al Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios Municipales. Y entre el 28 de marzo de 1939 y el miércoles 13 de octubre de 1943, los servicios de la Hemeroteca quedaron inte-

rrumpidos. Del diario *Madrid*, miércoles 13 de octubre de 1943, copiamos esta breve nota :

“La Comisión de Cultura ha ordenado que la Hemeroteca reanude sus servicios públicos. Las horas de lectura serán durante los días laborables, de nueve y media a trece y media.”

La Dirección de la Hemeroteca fué encomendada a don Eulogio Varela Hervías, quien, además, desde 1945 asumió la Jefatura del Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios Municipales. En este período los donativos fueron muchos y muy importantes. Con motivo del CL aniversario del *Diario de Barcelona* (2 de octubre de 1792) se celebró en noviembre una amplia Exposición, que recogió el panorama general de la Prensa española (1700-1942). El Ayuntamiento de Madrid y la Delegación Nacional de Prensa prestaron su colaboración generosamente. También se debatió el interés de fundar el Museo del Periodismo Español. La organización y el funcionamiento de la Hemeroteca quedaron sujetos al siguiente esquema :



La dirección de don Eulogio Varela ha sido larga. Durante ella realizó obras importantes. Entre ellas : instalación del Museo Mesonero Romanos, instalación del Servicio de Microfilm, instalación, luego de restaurados, de la escalera y de los sepulcros

magníficos que pertenecieron al hospital de la Latina; ordenación del depósito de la Casa de Cisneros, copia y nueva redacción del fichero central, exposiciones de la Prensa en Valencia (1947), bibliográfica de *Azorín* (1947), aportación al Congreso Internacional de Bibliotecarios Hispanoamericanos, Exposición general de la Prensa Española (1941). Adquisiciones artísticas: retrato de Mesonero Romanos, de Revilla; mascarilla de don Manuel Machado—obra de Juan Cristóbal—y varios bodegones, un tema religioso de Lucas Jordán, un cuadro de Bassano, todos ellos procedentes del Servicio Nacional de Recuperación; relaciones, para el Servicio de Microfilm, con los centros de Información y Documentación en el extranjero...

Durante la larga dirección del señor Varela Hervías, un cuarto de siglo, se adquirieron colecciones importantísimas: *Acta Eruditorum* (Leipzig, 1682-1739), *Nova Acta Eruditorum* (Leipzig, 1732-1761), *Athenian Gazette* (Londres, 1691-1692), *Fraser Magazine* (Londres, 1839-1848), *Galleria di Minerva* (Venecia, 1696-1700), *Journal de Savans* (París, 1665-1741), *Mercurio Histórico Político* (Madrid, 1740-1821), *Noticias recibidas de Europa por el Correo de Europa y por vía del Janeyro* (Buenos Aires, 1781), *Extracto de las noticias recibidas de Europa por vía de Portugal* (Buenos Aires, 1781), *Mercurio Veloz y verídico de los sucesos principales de Europa por medio del Correo de Flandes* (Zaragoza, 1696-1697), *Redactor General* (Cádiz, 1811-1814), *Nouvelles de Amsterdam* (1725-1728)...

El señor Varela celebró el XXV aniversario de la Hemeroteca, y en la conmemoración intervinieron *Azorín* y Gregorio Marañón. Esta efemérides se recoge en el folleto *Hemeroteca Municipal de Madrid* (Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1945), en el que se recogen los artículos de aquellos dos notables escritores, una breve *Historia de la Hemeroteca* (silenciados los años 1936-1939 en la zona roja de Madrid), por Eulogio Varela; *Materiales para una Bibliografía de la Historia de la Prensa Hispánica*, y como apéndices curiosos: *Relación o Gazeta de*

algunos sucesos particulares assi políticos como militares (Madrid, 1661); Feijoo: *Fábulas Gacetales* (del tomo II del *Theatro Crítico Universal*, Madrid, 1726-1740); *Breve historia del periodismo literario* (prólogo del *Diario de los literatos de España...*, Madrid, Antonio Marín, 1737).

El 4 de mayo de 1967 fué jubilado don Eulogio Varela Hervías. Y le sustituyó como director (IV) de la Hemeroteca Municipal quien redacta esta brevisima historia de aquel extraordinario centro de cultura. Y me importa declarar que apenas tomé posesión de mi cargo se me presentaron urgentísimos problemas que resolver. Los principales de ellos: la limpieza, las luces, el control de lectura, la falta de personal subalterno y de becarios... La Hemeroteca era una joya inverosímil metida en un estuche pobreton y sucio. En los sótanos y salas depósitos se acumulaban miles de kilos de papelote polvoriento, roído, peligro inminente de fuego voraz. Los lectores habían de leer los difíciles tipos de imprenta periodística a la luz central de unas lámparas con muchas de sus bombillas fundidas y sentados en unos sillones con los muelles rotos y los asientos hundidos. Los ficheros eran consultados por centenares de lectores sin el carnet exigido, cuyas firmas ilegibles impedían la averiguación de cualquier infracción cometida con los periódicos. La instalación eléctrica de algunos de los depósitos estaba "montada al aire", en cables viejos y con las llaves más viejas, igualmente peligro terrible de ignición súbita y catastrófica. Fueron eliminados más de veinte mil kilos de papelote inmundo. Los depósitos y salas tienen la instalación eléctrica en condiciones que descartan el riesgo de fuego, y sobre las mesas de lectura hay instalados flexos individuales que permiten al lector colocarse la luz propicia a su gusto. Ha sido comprado nuevo fichero metálico para sustituir las viejimas cajas de cartón en que estaba instalado el utilizado por los funcionarios. Han sido pintados el portal, el vestíbulo, la escalera principal, el zaguán alto. De la sala pompeyana han sido eliminadas la chimenea absurda y una puerta inútil, quedando armo-

nizada la pintura total. Todos los suelos han sido barnizados. En el lienzo mayor de la gran escalera ha sido colocada la gran pintura del admirable pintor tinerfeño José Aguiar, *La Apocalipsis*, que estuvo antes colocada en la escalera principal de la Primera Casa Consistorial. Han sido colocados anchos pasos de alfombra en las salas de lectura y pompeyana. Todas las carpetas de los periódicos incompletos fueron rotuladas de nuevo, de modo correcto, para mayor facilidad de su servicio. Habiendo sido puesta al servicio de la Hemeroteca una brigadilla de limpieza, los numerosos depósitos de la calle del Codo y de la plaza de la Villa presentan un constante estado de pulcritud. Los sillones de los lectores han sido tapizados de nuevo. Limpieza. Luz. Orden. Y ya, lo demás, irá llegando "por añadidura".

Con la autorización debida, decidí que, a partir del 1 de enero de 1968, la Hemeroteca Municipal se dedicara—como es su misión lógica— a coleccionar los diarios y revistas publicados en Madrid; eso sí, en un coleccionismo exhaustivo que antes no se cuidaba con tanto celo, hasta el punto de haberse iniciado el ingreso de cuarenta y seis revistas, antes no recibidas, y de media docena de nuevos diarios. Pero para que la Hemeroteca no pierda su extraordinario valor histórico, también seguirán ingresando en ella aquellos diarios—no más de quince— que tienen decisiva influencia provincial y una magnífica solera periodística. Así: *Diario de Barcelona* y *La Vanguardia*, *A B C*, de Sevilla; *Diario de Cádiz*, *Las Provincias*, de Valencia; *El Norte de Castilla*, de Valladolid; *Heraldo de Aragón*, *El Pensamiento Navarro*, *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián; *El Correo Español*, de Bilbao; *El Pueblo Gallego* y *El Faro de Vigo*; *El Comercio*, de Gijón... Piensa esta dirección que corresponde a la Hemeroteca Nacional recibir y coleccionar los restantes diarios, revistas, boletines, en número de varios centenares, que antes se recibían en la Hemeroteca Municipal, y para los que ya, en ésta, no hay espacio material.

Desde que tomé posesión de esta dirección, en mayo de 1967,

hasta octubre de 1968, han sido encuadernados doce mil volúmenes de los más importantes diarios y revistas. Para esta enorme labor he contado con la colaboración incondicional y el denodado esfuerzo de don Francisco Matallanos, gerente de Artes Gráficas Municipales y decidido entusiasta de la Hemeroteca. A quien deseo manifestar mi gratitud grande en letra impresa.

Pero, sinceridad obliga: con todo mi tesón, con todo mi esforzado esfuerzo, bien poco hubiera logrado “abandonado a mis propias iniciativas y fuerzas”. Mi suerte ha sido haber encontrado tantos y —dos o tres de ellos— tan decisivos colaboradores. Por ello quiero dejar constancia, por justicia, aquí, de algunos de ellos, “con vistas” a los posibles olvidos del futuro. Y que me sirva la mención para unirse a la correspondiente acción de gracias.

El primero de estos nombres, el del excelentísimo señor don Carlos Arias Navarro, alcalde de Madrid, conscientísimo admirador de la Hemeroteca, que constantemente me animó en mis esfuerzos y que jamás me negó petición alguna que beneficiase a tan fabuloso archivo impreso de la cultura. El segundo nombre, el del ilustrísimo señor don Juan José Fernández-Villa y Dorbe, secretario general del Ayuntamiento, siempre dispuesto a dar la aprobación a mis innumerables demandas.

Luego, los nombres de don Luis Sánchez Agesta, concejal delegado de Cultura; de don Antonio Aparisi Mocholí, delegado de Educación, mis estupendos amigos, de cuyos labios, siempre con la sonrisa para mí, jamás me llegó un no, y sí muchas frases de aliento y acciones de auténtica practicidad.

Luego, el nombre de don Pedro Hurtado, el aparejador artista, que se convirtió en inmejorable escenógrafo de una Hemeroteca “a escala actual y de arte”. Luego, los nombres de don Manuel Cabranes, conserje mayor, y don Antonio Gago, subconserje, quienes, por estar “más encima del toro de mi lidia”, me evitaron muchos percances y me proporcionaron muchos motivos de lucimiento.

Luego, los nombres de cuantos funcionarios y subalternos están adscritos a la Hemeroteca, desde su secretario hasta los mozos de la limpieza, pasando por los becarios y contratados. En todos ellos encontré lealtad y esfuerzo no regateado, caras alegres.

A todos, a todos, quiero dejar constancia de mi profundo afecto y agradecimiento. Porque el hombre pasa y la obra ahí queda. Y el hombre que pasa, con emoción soy yo, y la obra que queda es la Hemeroteca Municipal, legítimo orgullo del Ayuntamiento de Madrid, una de las mejores, si no la mejor, de sus joyas.

Madrid, octubre de 1968.

